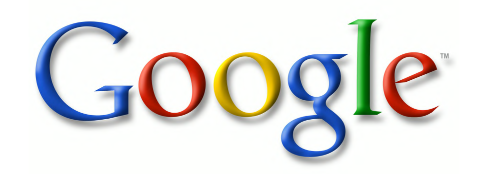
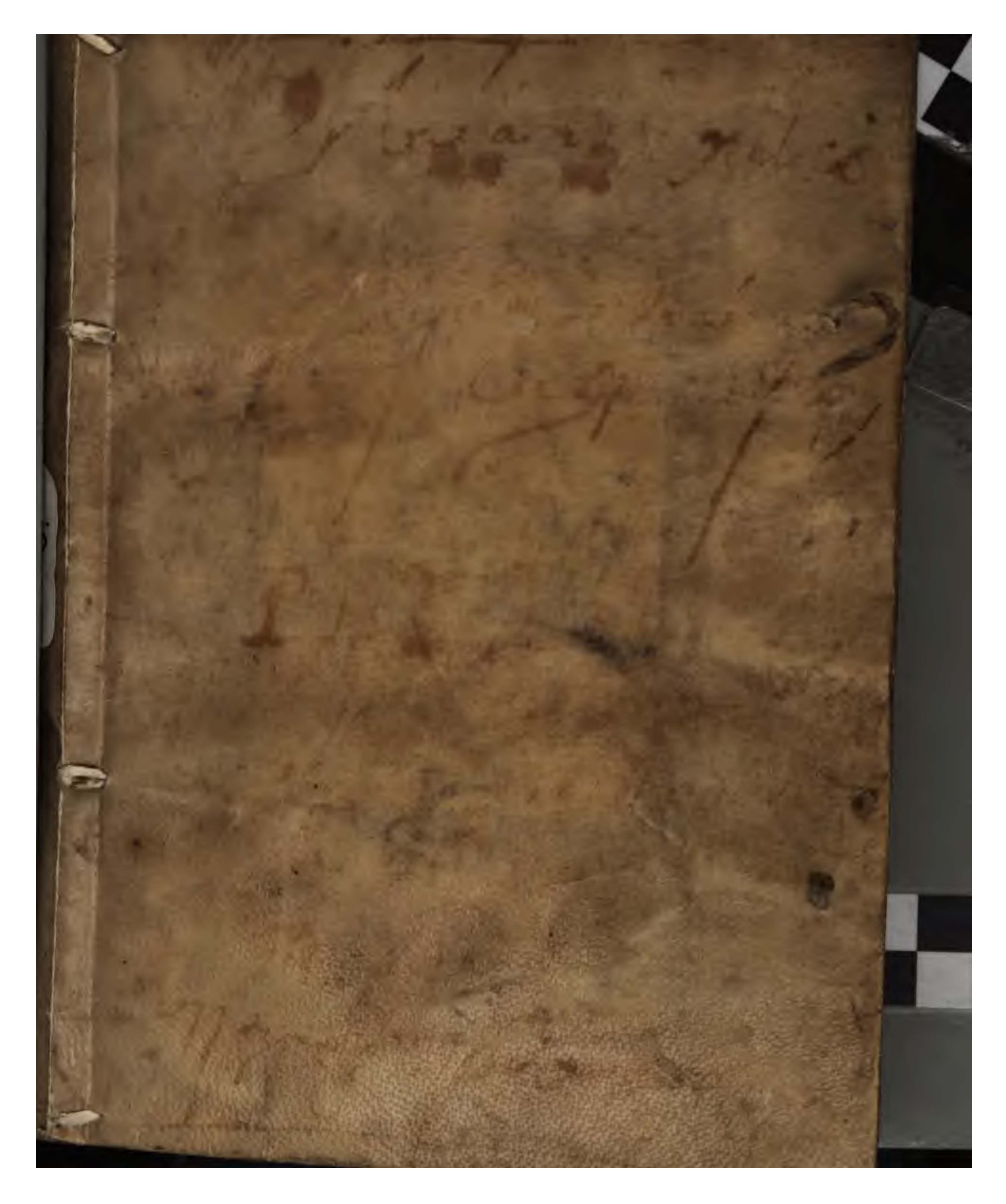
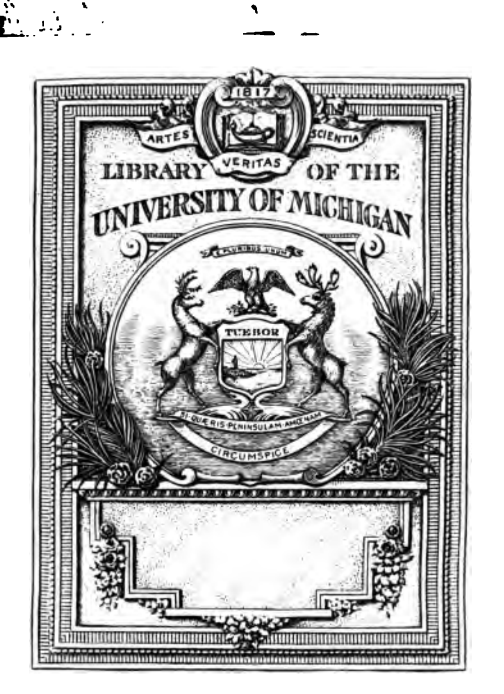





1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

VIDA
DEL ILUSTRISSIMO,
Y
VENERABLE SEÑOR
D. RAIMUNDO
DE MARYMON, Y DE CORBERA,
OBISPO DE VIQUE, &c.

DEDICAD

A SU ILUST CASA.

CR

POR EL T CO NIU
de pa d e fue
dor

II,
tí viuda,

AL

SEÑOR

D. JOSEPH ANTONIO DE MARYMON,

Boil de Arenòs, Fernandez de Velaſco, Figuerola, y Blanes, &c. Marquès de Serdañola, Conde de la Revilla, &c. y à toda ſu Nobiliſſima Caſa.

MUI ILUSTRE SEÑOR.

LOS doctos, atentos, y reſpetables Curas, que me mandaron eſcribir eſta Vida, quieren que ſe dedi-

que à la esclarecida Casa de V. S. como un publico testimonio de las importantissimas instrucciones, y singular positiva benevolencia, que debieron, y confiessan deber al Venerable Prelado, que ella diò à luz. La piedad, y modestia de la Señora Marquesa, digna Madre de V. S. pretende que se dedique, ò à Jesus, y Maria, ò al gloriosissimo Cardenal San Raimundo Nonat, lucidissima estrella del Orden de la Merced, Patron del mismo Venerable, y de su Nobilissima Casa, ò al dulce, y discreto à maravilla San Francisco de Sales, cuyo soberano espiritu imitò en su Pastoral Minis-

terio

terio el Iluſtriſſimo Marymon.
Es verdad que una, y otra parte (ſin duda por lo que reſpectivamente le acuerda ſu caracter) procede en el caſo ſin empeño, dexando la deciſiva à mi libre eleccion. Y yo, por uſar bien de lo que tan gracioſamente ſe me permite, quiſiera complacer à entrambas partes, dedicando à guſto de una, y otra eſta deſeada Vida.

La dedico pues à la Iluſtre Caſa de V. S. como inſigne exemplo de la reconocida, y fina memoria de tan honrados Sacerdotes, inacceſſibles al vulgarizado refran, que en la practica, no ſolo del vulgo, ſino de lo que

està mas arriba del vulgo, es demasiado comun: *A muertos, y à idos no hay amigos.* No son ellos de los que mienten obsequios à la mano, puesta la mira unicamente en el dòn. Recibieron, y estimaron con accion de gracias el dòn, pero dando siempre la preferencia à lo justo, y sagrado de la mano. Cursaron en la escuela del que fue norma de Obispos, y salieron dignos discipulos de tal Maestro. Sirvieronle en vida con invariable fidelidad; lloraronle en su muerte con efectiva caridad; y le reconocen en la dichosa Casa, que le diò el sèr, con esta demonstracion de su gratitud, impressa en

el

el Libro, pero mucho mas impressa en su corazon.

La dedico tambien à Jesus, y Maria, y à los mencionados Santos, presentandola à toda essa Ilustre Casa como un espejo, en el qual, y à proporcion, cada uno de ella se mire, y resuelva como ha de imitar el exemplo, que mas la ilustra: pues claro està, que no se puede dar igual blason, como tener una Familia un Varon santo.

Yo ya sè, que es tan regulada la Casa de Marÿmon, como es notorio à los que la frequentan. Todo se dispone en ella con el orden de la equidad, se gobierna al compàs de la pru-

dencia,

dencia, y ſe obſerva con reli-
gioſa exactitud; ineſtimable be-
neficio, que debe à la infinita
piedad de Jesus, y Maria, y à la
poderoſa interceſſion de ſus San-
tos, y beneficos Abogados. Pe-
ro como eſtà eſcrito, que el ſan-
to ſe haga mas ſanto, y el juſto
mas juſto; quien puede dudar,
que à viſta, y con la licion de
eſta Vida crecerà en el fervor, y
ſe diſpondrà à recibir de la miſ-
ma divina Dignacion beneficios
mucho mayores? Pudiera eſtor-
var eſtas piedras lo inculto de
mi eſtilo, mas à la piedra pre-
cioſa no es capaz de quitarle ſu
eſtimacion, y brillantez el en-
gaſte de barro.

Aſſi

Assi que, (tomando mis canas la licencia de explicar esto mismo con alguna individuacion) en la invariable serenidad de animo de su amado, y venerado Tio, derivada del familiar trato, y comunicacion con Dios; ancora de seguridad, que le mantuvo sin zozobra en tantos, y tan dificiles acontecimientos; aprenderà la Señora Marquesa nuevas liciones de paciencia en los trabajos, pension irredimible de las verdaderas Viudas, aunque no padezcan otra falta, que la del amante Esposo, con quien Dios las uniò. Nada menos del recurso à la oracion, y aplicacion continua à las obras

de misericordia del mismo devotissimo Prelado, deducirà con mayor eficacia, que à estos santos exercicios està vinculada la luz, y acierto en la crianza, y direccion de su lucida, y numerosa Familia. Y aunque es positivo, que dicha Señora lo hace assi, tambien lo es, que se moverà mas, y mas, à vista de un exemplar tan persuasivo, como domestico.

V. S. aunque enseñado por su buen Padre el Señor Marquès Don Juan Antonio, bueno, y cabal, y que tan felizmente supo enlazar lo Christiano con lo Caballero: mas ay! que le faltò mui aprisa: de lo que no puedo

acor-

acordarme, sin renovar el sentimiento. V. S. pues, tendrà el consuelo de suplir, y aun mejorar aquella falta con las prudentissimas leyes de gobierno, que practicaba el que tan tiernamente amò à su Padre, porque este amaba mui de veras à Dios. Ellas se reducen à tener la correspondiente providencia de todos los que estan à su cargo, desde sus queridos Hermanos hasta el ultimo de sus vasallos, y criados: à todos los quales debe V. S. tratar con semejantes entrañas de caridad, que su Venerable Tio à todos sus feligreses. Nada digo de la veneracion, y cariño à la Señora Marquesa su amada Ma-

dre, pues claro está, que nunca se olvidarà V. S. del amor, y respeto, que su santo Tio tuvo siempre à su Iglesia, sirviendola como fiel Esposo hasta el ultimo instante de su vida. Y nadie estrañe, que yo proponga à V. S. un Obispo por exemplar de gobierno, si tiene noticia de que quando Probo, Ministro de Corte, despachò para el Gobierno de Milan à San Ambrosio, entonces hombre seglar, y politico, aunque de politica mui sana, le dixo con tan breve, como cuerda prevencion: *Vade age ut Episcopus.*

Que dirè del Caballero Canonigo de la magestuosa Cathe-

dral

dral de Barcelona Don Juan, cuyas acciones concuerdan con el significado de su nombre? Que primores de observancia eclesiastica, que exemplo de santas obras, y zelo de la Casa de Dios, no puede tomar, y tomarà en efecto, de tan edificante vida? Pues que fervores de piedad, y delicadeza en el recato, corona del honor, gala, y custodia de la hermosura, no athesoraràn en la vida de tan circunspecto Obispo, y de modestia verdaderamente virginal, las Señoritas Doncellas? A las quales como no tienen Padre, debe V. S. acùdir con igual ternura, que si fuessen sus Hijas.

Por

Por fin, que dirè de los demàs Caballeros sus Hermanos, que si deben acatar à V. S. como cabeza de la Familia, tambien se deben prometer los influxos, que reciben los miembros de la cabeza, como los recibieron con abundancia los que lograron tener por cabeza à su Venerable Tio? Veràn todos sin excepcion, que si el nacimiento hizo noble al Ilustrissimo Don Raimundo, mucho mas noble le hizo la virtud, eternizando su nombre, y fama delante de Dios, y de los hombres: infiriendo de esta natural reflexion, que el alto origen no es licencia para levantarse à mayores, como pien-

san.

san los inconsiderados, sino obligacion de mirar à lo mas alto, esto es, à Dios, que se dignò de distinguirles en este Mundo; y luego al proximo, aunque sea el mas pobre, y desvalido, como lo hace el mismo Dios. Y que no hacerlo assi, suenen los titulos lo que suenen, no es nobleza, sino baxeza, cuerpo sin alma, sangre sin espiritu, blason sin substancia, y gravissima deuda sin alguna satisfaccion.

De suerte, que toda essa ilustre Casa tomarà de esta exemplarissima Vida, que con tanta razon se le dedica, la regla de bien vivir, como si à todos los que la componen, les dixesse el

Gran-

Grande Obiſpo San Ambroſio: *Hinc ſumatis licet exempla vivendi, ubi tamquam in exemplari magiſteria impreſſa probitatis, quid corrigere, quid effugere, quid tenere debeatis oſtendunt.*

Mas no es juſto, ya que no ſe me veda, que yo no entre tambien en la parte de eſte debido obſequio, hallandome obligado de no menos poderoſos motivos, que los atentos inſinuados Sacerdotes. Porque omitiendo aqui lo mucho que me favoreciò, y enſeñò eſte Prelado eximio, y de que hago alguna mencion en el diſcurſo de ſu Vida; me cupo la fortuna de tener por condiſcipulo en la Gra-

matica

matica al modestissimo Padre Joseph de Marymon, Tio tambien de V. S. y que dexò el Mundo por la humilde sotana de la Compañia de Jesus, y la pingue renta eclesiastica, que podia desfrutar en èl, *para adornos de nuestro Templo de Barcelona*; diciendo con las obras lo que el Real Propheta con la voz: *Domine dilexi decorem domûs tuæ.* Debì no poco al Padre Francisco de Marymon, insigne en virtudes, y que siento mucho no poderme dilatar en ellas. Tratè mui de cerca à los Señores Marqueses Avuelo, y Padre de V. S. (Esta memoria me avisa, que mi salida de este Mundo no es-

tarà lexos) y à entrambos debì notables honras. Nada digo de la Señora Marquesa Madre de V. S. porque su discrecion, y modestia se afligen de oir sus alabanzas.

Siendo todo esto assi, como lo es en realidad, porque no he de significar tambien mi agradecimiento à essa ilustre Casa, en la parte, que me toca de esta Dedicatoria? Ojala me assistiesse para ello la proporcionada eloquencia! Pero ya que mi pluma, siempre destituìda de caudal, y ahora exausta, y sin brio, no es capaz de cumplir con tan elevado assumpto: buelvome à Dios, y como à Padre de las misericordias,

afec-

afectuosamente le suplico, las derrame sobre essa su amada Casa, como las derramò sobre el Venerable Don Raimundo. De manera, que todos los que en ella viven, y los que vendràn despues, las canten eternamente à su divina Magestad en la celestial Jerusalen: que es lo mas, y mejor, que como Religioso, y agradecido puedo desear à V. S. y à toda su Nobilissima Casa. Nuestro Señor guarde à V. S. como le suplico. Gerona, y Mayo 30 de 1763.

MUY ILE. SEÑOR.

B. L. M. de V. S.

Su mas obligado servidor, y Capellan

Antonio Codorniu de la Compañia de JESUS.

JUICIO DE LA OBRA, QUE HACE el Padre Balthasar Durán de la Compañia de Jesus, por comission del Muy Ilustre Señor Doctor Don Damián Sumalla, Vicario General del Ilustrissimo Señor Don Assensio Sales, Obispo de Barcelona, del Consejo de su Magestad, &c. &c.

LA vida del Ilustrissimo, y Venerable Señor Don Raimundo de Marymon, y de Corbera, Obispo que fue de Vique, del Consejo de su Magestád, &c. estuvo tan altamente impressa en la admiracion, y veneracion de toda España, que seria por demás la Historia de sus virtudes, y exemplos si huviessen de ser inmortales acá baxo los que tuvieron la dicha de vivir à la sombra de su baculo pastoral. Pero es assi que se le desquadernan las hojas à este Libro de memoria, y se las lleva el viento de la mortalidad, con daño casi irreparable de la edificacion comun. Por esso el Padre Antonio Codorniu de nuestra Compañia ha tomado el trabajo de reunir estas mismas hojas en un volumen, y tengo para mi, que con tanto acierto, que la venera-

ble

ble memoria del Señor Marymon ha de quedar vindicada del olvido, todo lo que se conserve el gusto por los assumptos graves, tratados con la correspondiente destreza.

En consequencia de lo qual, y porque nada he hallado en todo el Libro, que no esté de acuerdo con la pureza de nuestra santa Fé, con las buenas costumbres, y regalías de su Magestad, soy de parecer que se le puede dar la licencia que solicíta de imprimirle, y publicarle. Salvo siempre. De este Colegio de Belen de Barcelona en 16 de Septiembre de 1762.

Balthasar Durán
de la Compañia de JESUS.

Barcelona, y Septiembre 22 de 1762.

Por lo que à Nos toca, imprimase.

Sumalla, V. G. y Of.

LICEN-

LICENCIA DE LA RELIGION.

YO Pedro Navarro, Preposito Provincial de la Compañia de Jesus en la Provincia de Aragon, por particular comission que tengo de nuestro Padre General Lorenzo Ricci, doy licencia paraque se imprima un Libro intitulado: *Vida del Ilustrissimo Señor Don Raimundo de Marymon Obispo de Vique*, que ha compuesto el Padre Antonio Codorniu Religioso de la dicha Compañia; el qual ha sido visto, examinado, y aprobado por Personas graves, y doctas de nuestra Religion, en testimonio de lo qual doy esta firmada de mi mano, y sellada con el Sello de mi Oficio, en este Colegio de Zaragoza à 12. de Agosto de 1762.

Pedro Navarro.

Lugar del Se ✠ llo.

LICEN-

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Juan de Peñuelas Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Govierno del Consejo, por lo tocante à los Reinos de la Corona de Aragon. Certifico, que por los Señores de él, se ha concedido licencia à Maria Angela Martí, Impressora en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda imprimir, y vender el Libro intitulado: *Vida del Ilustrissimo Señor Don Raimundo de Marymon, Obispo de Vique*, escrito por el Padre Antonio Codorniu de la Compañia de Jesus; con tal de que la impression se haga en papel fino, y buena estampa por el original que está firmado, y rubricado de mi mano, y hecha que sea dicha impression, mandaron que el Impressor no la entregue hasta que por el Consejo se dé la licencia para su publicacion, despues de corregida la Obra por el Corrector General, guardando en ello lo dispuesto por leyes, y pragmaticas de estos Reinos. Y paraque conste doy esta certificacion en Madrid à siete de Enero de mil setecientos sesenta y tres.

Don Juan de Peñuelas.

DON

DON Juan de Peñuelas Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Govierno del Consejo, por lo tocante à los Reinos de la Corona de Aragon. Certifico, que por Maria Angela Martí, Impressora en la Ciudad de Barcelona, se ha representado à los Señores de el Consejo, que con su licencia ha impresso la *Vida de Don Raimundo de Marymon, Obispo que fue de Vique*; y para poderle vender sin incurrir en pena alguna, pidió se le diesse la licencia correspondiente; Y visto por dichos Señores del Consejo, por decreto que proveyeron en primero de este mes mandaron, que la referida Maria Angela Martí use de su derecho, conforme à lo ultimamente resuelto por S. Mag. Y para que conste doy esta certificacion en Madrid à cinco de Octubre de mil setecientos sesenta y tres.

Don Juan de Peñuelas.

PRO-

PROLOGO.

PIadoso Letor: si por los años de 1744, siendo morador de este país, te habia ya amanecido el uso de la razon, nada será menester paraque te persuadas à la verdad de esta Historia, siendo bien notorio, que su Heroe mereció general aclamacion à toda España. Antes por esso mismo, por lo que viste, ù oíste entonces, puedes ser testigo de su verdad à los que vinieron despues: de los quales ni uno encontré hasta ahora, que pusiesse la menor excepcion en la substancia de lo que en ella se dice. Es mui cierto, que este humildissimo Prelado hacia los mayores esfuerzos para no ser tenido, y estimado de los hombres, porque tenia mui fixa en su corazon la maxima de aquel Santo: *Ama nesciri, & pro nihilo reputari.* Pero le sucedió lo mismo, que à la Ciudad edificada sobre el monte, y al que anduviesse vestido de luz, que por mas que pretendan esconderse, y de ninguna manera ser vistos, ni conocidos, no pueden menos de estar patentes à la vista de todos.

Sin embargo, porque los Prologos no solo sirven para informar en breve de la Obra, sino tambien, por lo menos en algun caso, del Autor, à ti, Letor mio, y à los que fuere necessario, no puedo dexar de prevenir; aunque con mucho sentimiento mio, y menoscabo de la comun edificacion, que es mui poco lo que he podido saber en particular del Venerable Don Raimundo hasta que llegó à los treinta

ta años, poco mas, ò menos, que es ignorar casi la mitad de su vida; por mas que para salir de esta ignorancia apliqué las mas vivas, y solícitas diligencias. Y es que años antes, que se tomasse la resolucion de escribirla, (en nada se da mas prisa la muerte, que en quitarnos lo bueno de la vista, y de la memoria) murieron los que todavia pudieran vivir, y llenar este vacío con la cierta noticia de sus edificantes acciones, por haber sido sus coetaneos, è individuos compañeros. Los que aun viven, y le conocieron en su puericia, y juventud, ò porque le trataron poco, ò porque no les assiste una memoria feliz, apenas saben decir otra cosa, sino que niño, y mozo, siempre fue tenido por exemplar; generalidad, que dice mucho, y enseña poco.

En el modo de escribir, salva la verdad de los sucessos, tuve mas cuenta con la piedad, que con la observancia de aquellas leyes historicas, que cada dia se ponen en question, sin otro emolumento, que las disputas, y tortura de los ingenios. No trato yo aqui un assumpto entretenido, sino edificante. No escribo la vida de un Varon politico, ò militar, sino de un Prelado eclesiastico, que solo atendió à la gloria de Dios, y bien de sus feligreses; y uno, y otro tan lexos de la ostentacion, y jactancia, como ceñido à los preciosos limites de la sinceridad, y modestia. Conque si la escribo de manera, que pueda servir al divino obsequio, y utilidad de los proximos, me conformo con la principal idéa, que el Venerable se propuso, y coopero, con lo que alcanzo, à su mas deseado fin. Si lo he conseguido, ò no? Lo dexo à la

cen-

censura de los discretos con sobriedad; que yo solo puedo asegurar, que lo he procurado conseguir.

Quizá estrañarás lo primero, algunas cosas de grande exemplo, y admiracion, que callo en esta Historia. A lo qual respondo, que si te haces cargo de que en todo ha de mediar la prudencia, no menos aprobarás lo que callo, que lo que digo, como lo abonarán los que estuvieren instruídos en el punto.

Lo segundo, el tal qual uso, que hago de autoridades, y textos, aunque los mas de ellos precisamente insinuados. Digo, que en esto seguí à los que escribieron las vidas de los Santos Ambrosio, Gregorio el Magno, y otros Padres de la Iglesia: exemplares, que para nuestro caso, juzgo no son menos dignos de imitacion, que los del corriente siglo. Pues que, si me absoquelo con San Bernardo en la vida del admirable Obispo San Malaquías, en la qual apenas hay periodo sin texto de la sagrada Escritura? Tan suya se la habia hecho el santo Doctor, meditando en ella dias, y noches. Que en las mencionadas vidas no siempre se citen los lugares de dichos textos, pudo ser omission, ò economía de los Impressores; mas que acá se haga lo contrario, no veo que traiga algun perjuicio à los Letores: antes discurro, que à muchos les servirá de no poca satisfaccion, viendo quan conforme es à los divinos Oraculos la vida de nuestro Venerable Obispo. Con todo, no reñiré con el Letor, que fuere de contrario parecer, porque nunca me imaginé capaz de escribir à gusto de todos.

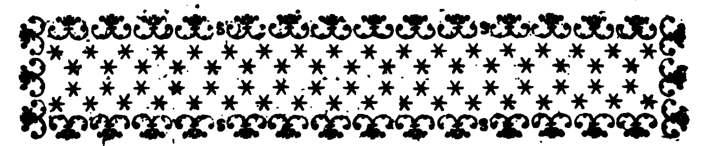
Escusado es hablarte de los que realmente serán

rán aquí defectos mios: porque si los cometí en gran número en las demás Obrillas, que dí à luz, quanto mas en esta, que es mi primer ensayo historial, y que mui probablemente no podré emendar, porque no pienso tener vida para escribir otra Historia? Soy hombre, y conozco la pobreza de mi caudal. Solo quisiera, que ni à mi, ni à ti, Letor mio, se nos passasse por alto al leer esta vida, aquella advertencia del citado San Bernardo: *Obsecro proinde, & plurimum rogo, fratres, non patiamini sine causâ tàm pretiosum exemplar vobis exhibitum esse, sed conformamini illi, & renovamini spiritu mentis vestræ. Studete humilitati, quæ fundamentum est, custosque virtutum. Sectamini illam, quæ sola potest salvare animas vestras. In Nat. Dom. serm.* 1. Este, Letor mio, es el unico vale que da buen despido à nuestra vida, y por lo tanto debe ser tu mas deseado vale.

PROTESTA DEL AUTOR.

SUjeto enteramente este Escrito à la correccion de la santa Madre Iglesia, sin pretender otro assenso à quanto digo en él, que el que se suele dar à la fé, y diligencia humana, conformandome en todo con los Decretos de nuestro santissimo Padre Urbano VIII. de feliz memoria.

VIDA



VIDA

DEL IL.MO, Y VEN.BLE SEÑOR

DON RAIMUNDO

DE MARYMON, Y DE CORBERA, OBISPO DE VIQUE.

CAPITULO I.

NACIMIENTO, PATRIA, Y CRIANZA del Venerable Don Raimundo de Marymon.

ALABEMOS, dice el Sabio, à los Eccli. 44.
Varones iluſtres, que fueron nueſtros Padres en el eſpiritu, porque en la pureza, y exemplo de ſu vida reſplandeció mucho la gloria del Señor.

Conſervemos ſu memoria, que bien merecido lo tienen las riquezas de ſu virtud, y prudencia, por cuya aclamacion fueron dignos de anunciar à los hombres la palabra de Dios, gobernar gran numero de almas, dirigir por el camino de la divina Ley muchos Pueblos, pacificar las familias, y ſocorrer con mano liberal à los pobres: por todo lo qual ſe hicieron acreedores al blaſon, y pregon de immortales alabanzas.

Uno de eſtos Varones iluſtres, ſanto, docto, y zeloſo; Varon verdaderamente de miſericordia, y que nunca puſo limites à ſu piedad, fue el Iluſtriſſimo, y Venerable Señor Don Raimundo de Marymon, y de Corbera, Obiſpo de Vique, y eſpejo de Obiſpos: cuya vida emprendo, à repetidas inſtancias de un reſpetable agradecido Cura, que fue ſiete años ſu Mayordomo, y correſponde à ſu amantiſſimo Padre, y Paſtor con eſte reconocido obſequio, encargandome no ſolo, que eſcriba una vida tan exemplar, ſino tambien coſteando la Impreſſion.

Sir-

Sirvole de buena gana, pero siento, que no haya acertado en la eleccion de la pluma, porque no soy capáz de desempeñar su idéa: ya porque nunca escribí Historia alguna, ya porque en la presente concurren mui arduas, y dificiles circunstancias. Con todo, fiado en la assistencia de Dios, asseguro lo primero, que religiosamente me esforzaré à observar sus delicados fueros al Decoro. Lo segundo, que no solo no pondré cosa substancial, que no la tenga mui averiguada, sino que pondré muchas, de las quales yo mismo soy testigo.

Nació pues este siervo de Dios en la Ciudad de Barcelona, año de 1679, à 15. de Febrero, dia consagrado à los Santos Martires Faustino, y Jovita. Y pudo ser fausto anuncio de la jovialidad de su genio, pues en todo obró con gracia; de su valor Episcopal, dispuesto à derramar la sangre por la causa de Dios; y del júbilo de corazon, con que habia de ser liberal, y casi prodigo con los pobres. Fue bautizado en la magnifica

nerosos ascendientes, sirviendo con mucho esmero de fidelidad, y valor en las Armas, y en la Toga, à los Serenissimos Reyes de Aragon, y de España, como lo authenticaron con sus Reales Cedulas Don Juan el II. Rey de Aragon, y los Augustos Monarcas Phelipe III, y Carlos II. de gloriosa memoria. El primero, dando publico testimonio *de los buenos, y agradables servicios, que esta Casa habia hecho, y no cessaba de hacer à su Real Persona.* El segundo afirmando, *que estaba plenamente cerciorado de los muchos, y varios servicios, que en lo Militar, y Politico ha hecho esta Casa à los mencionados Reyes.* Y el tercero declarando, que el apellido de Marymon se cuenta ya de tiempo antiguo entre las principales Familias de Cataluña; y que los Heroes de esta gran Casà habian servido en Paz, y Guerra, con entera satisfaccion à sus Reyes: señalando, entre otros, à Romeo de Marymon, que fue Camarero del Serenissimo Señor Don Jaime el II. y Bailío General del Principado de Cataluña. Y à

Ber-

Bernardo de Marymon, que fue General de la Caballeria del Rey Don Juan, y Camarero del Rey Don Martin. Por todo lo qual en recompensa, y como para corona de tan benemerita, y esplendorosa Prosapia, hizo merced del titulo de Marqués de Serdañola à Don Felix de Marymon para sí, y para todos sus descendientes, y de la Plaza de Ministro de Capa, y Espada en el Supremo Consejo de Aragon, como arriba diximos.

La Marquesa Doña Geronima de Corbera, igual en sangre, y prendas à su Marido, le añadió la inestimable nobleza de la numerosà, y privilegiada succession de doce hijos, que fueron Don Joseph el primogenito, y mayorazgo, Marqués de Serdañola, del Consejo de su Magestad en el Supremo de Italia, y Aragon, y Superintendente de la Real Fabrica de Galeras. Conocí, y traté à este Caballero en sus ultimos años, y advertí, que era de vivo ingenio, sólida piedad, garboso porte, y entereza Catalana. Doña Maria, que casó con el Conde

se de Guara, aquel celebrado Aragonés, que supo ilustrar el oro puro de su excelentissima nobleza, con el precioso, y bello esmalte de la piedad, y literatura. Don Juan, Caballero de San Juan de Jerusalen, y Maestre de Campo del famoso Tercio de la Deputacion, y que tanto se distinguió en la defensa de Barcelona su Patria, el año de 1697, con aplauso, y aclamacion, no solo de los suyos, sino tambien de sus proprios enemigos. Don Francisco, que bolviendo las espaldas al Mundo, para sujetarlas à la Cruz de Christo, se entró en la Compañia de Jesus, à la qual ilustró en cathedras, y gobiernos, pero mucho mas en virtudes, singularmente en la caridad, y paciencia, siendo benefico con todos, y sufriendo mas de un año la penosa enfermedad, que le acabó, sin dar quexa alguna, ni muestra de sentimiento, antes bien diciendose cada dia, como si entonces huviera de morir, la recomendacion del alma. Movido de su amor al culto divino concluyó, y dedicó con solemnissima

procession, y tres dias de lucidissima fiesta, el magestuoso, y bello Templo, que tiene la Compañia en Barcelona. Don Pedro, Caballero del Habito de San Juan. Don Miguel, Archipreste de Ager, y electo Obispo de Solsona. Doña Francisca, y Doña Leonor, que murieron en la primavera de su edad. Don Felix Coronel, alma, y espiritu de aquellos bravos Catalanes, que con el renombre de *Dragones de Marymon*, ganaron con sus proezas el amor, y confianza de nuestro Animoso Rey Phelipe V. Don Antonio, Dean de la Santa Iglesia de Gerona, y Auditor de la Sagrada Rota, el qual ascendiera sin duda à puestos mas elevados, si no lo huviera estorvado su temprana muerte. Don Bernardino, Teniente General de los Reales Exercitos, Capitan Teniente de la Real Compañia de Granaderos à caballo, que hizo maravillas de valor en la guerra de Italia, y conquista del Reino de Napoles.

Nuestro Don Raimundo fue el nono, y pudo ser el primero, y la corona de sus

ſus hermanos, porque compendizó en sí lo bueno, y mejor de cada uno de ellos, ſi no les hizo à todos notabiliſſimas ventajas. Criaronle ſus Padres con aquel zelo, y diligencia, que es prenda natural de la Caſa de Marymon, inſtruyendole à ſu tiempo en las leyes de Caballero, pero mucho mas en las de Chriſtiano, cuya nobleza procede de la ſangre de Jeſu-Chriſto. El niño era docil, y como de cera en recibir las inſtrucciones, pero de bronce en retenerlas. Apenas le amaneció la clara luz de la razon, ſe moſtró tan inclinado à las coſas de piedad, como averſo à toda traveſſura. Y era eſto de manera, que el Marqués ſu Padre no permitia, que los demás hijos ſalieſſen de caſa para alguna honeſta recreacion, ſi demás del Maeſtro, que era un Sacerdote docto, y exemplar, no iba tambien Don Raimundo. Tanta era la gravedad, y prudencia, que prometia ya en aquellos primeros años; y tantas las bendiciones de dulzura, con que le previno el Señor. Digno por cierto de que ſe le aplicaſſe

aquel elogio, que dan las ſagradas Le-
Tob. 1. tras al joven Tobías, de que ſiendo ni-
v. 4. ño, no hizo coſa pueril.

No ſolo guſtaba de ayudar Miſſas, ſino que ponia gran cuidado en ſervirlas con mucho aſſeò. Y porque una vez ſe le cayó un poco vino ſobre el Altar, no ſolo lloró amargamente, ſino que arrebatado de un indiſcreto, aunque inocente fervor, echó deſpues la vinagera en el ſuelo: como ſi quiſiera caſtigarla por complice en aquel deſcuido, que entonces imaginaba gran delito. Quizá eſte deſmán inculpable fue pronoſtico de lo mucho que à ſu tiempo habia de zelar el decoro de la Caſa de Dios, ſegun el diſcurſo de San Aguſtin: el qual de el vicioſo zelo de Saulo, por la ley de Moyſes, deduce el que habia de tener, quando Apoſtol, por la ley, y Evangelio del Salvador.

CAPI-

CAPITULO II.

DE SUS ESTUDIOS.

COmo nueſtro Don Raimundo era de vivo ingenio, y dado à la devocion, diſpuſo el Marqués ſu Padre, que emprendieſſe luego la carrera de los eſtudios, y aſſi reſolvió enviarle al Colegio de Cordellas; antigua, y nobiliſſima Caſa, que lo erigió baxo la auguſta proteccion del Rey de Eſpaña, y Emperador de Alemania Carlos V., y le confió del todo al gobierno, y direccion de la Compañia. Alli pues oyó la Gramatica, y Retorica: y como eſtudiaba por obediencia, venerando en el orden de ſu Padre, y enſeñanza del Maeſtro la voz de Dios, hizo grandes progreſſos, ſaliendo aventajado en la Latinidad, y tan ſuficiente en la Oratoria, como ſufren los tiernos años. Porque es mucho deſacuerdo pretender que ſean dieſtros los niños en lo que no ſon habiles, ſino mui pocos hombres. Llenóſe el vaſo, pe-

ro ſegun ſu capacidad, y la induſtria del magiſterio.

En lo que ſin duda hizo mayores progreſſos, fue en el ſanto temor de Dios; motivo principal, porque regenta eſtas, y demás Aulas la Compañia. Nunca ſe le huvo de aviſar que no faltaſſe à la Miſſa, que oyen cada dia los Eſtudiantes de nueſtras Aulas inferiores; ni à la Comunion, que todos tienen de regla cada mes; ni à las demás obſervancias, y acciones pias, que preſcribe la Congregacion de la Anunciada, à que ſe aliſtan todos. Por conſiguiente tampoco ſe le huvo de advertir, que eſtudiaſſe, porque la ſéria, y conſtante aplicacion al eſtudio es una de las principales liciones, que dicta el temor de Dios à los que andan eſta carrera. Y aſſi medraba en él, ſiguiendo exactamente la diſtribucion del tiempo, dando el que era neceſſario, à las letras, y el que convenia, à la piedad; pero al juego preciſamente aquel, que ſeñala la prudencia, como forzoſo deſahogo de la primera edad, è indiſ-

Prov. 27. v. 11.

penſable reſpiracion de la vida.

Por uno de aquellos contratiempos, que trahen conſigo la miſeria, y viciſſitud de las coſas humanas, ſe vió obligado el Marqués Don Felix à partirſe de Barcelona ſu Patria con toda ſu Familia: y como llevaba la idéa de que ſu hijo Don Raimundo continuaſſe la carrera de los eſtudios, logró la ocaſion de enviarle à curſar la Philoſofia en Calatayud, donde la eſtaba leyendo el Padre Miguel Toro, docto, y exemplar Jeſuita. Concluído el curſo, le mandó eſtudiar Leyes, y Canones en la célebre Univerſidad de Salamanca. El conato, y aplicacion à tan arduas, y ſeveras Facultades, no le entibió el fervor del eſpiritu, como acontece à muchos, antes le ſirvió de deſpertador, y eſtimulo para acercarſe con nuevas anſias al Dios, y Señor de las Ciencias. Apenas ſabía mas, que dos calles, la que iba al General, y la que guiaba al Templo, como lo dice de sí, y de ſu intimo amigo el Gran Baſilio, San Gregorio Nazianzeno. La frequen-

cia de Sacramentos, que habia aprendido en nueſtras Aulas, ſe le habia hecho ſanta coſtumbre. Amaba el retiro, preſervativo grande de lazos, y tropiezos. Contentabaſe con el Criado compañero de ſus eſtudios, y aſſi eſtaba mui lexos de malas compañias, que ſuelen ſer nueſtra primera perdicion. Eſtudiaba por ſaber, y no para parecer; torpe lunar, con que muchos afean ſu literatura. De eſta ſuerte, no ſolo conſiguió que el eſtudio fueſſe perpetuo aliado de la piedad, ſino que navegando un mar tan proceloſo, y mal ſeguro, (que tal ſuele ſer el vario, y numeroſo concurſo de mozos eſtudiantes) nunca perdió de viſta el norte de la virtud, ni dexó de encaminar la proa al puerto de la eterna felicidad.

Satisfecho el tiempo, y la inteligencia, que piden eſtas graviſſimas Facultades, ſe graduó en ambos Derechos con entera aprobacion de los que le dieron la Borla: y pudiera graduarſe tambien en la ciencia de los Santos, que prefirió ſiempre à la ciencia de las Eſcuelas, à

imi-

imitacion de Santo Thomás de Villanueva. Porque no fue Literato de ſolas luces, ſino tambien de puriſſimos ardores; perfeccion que requiere San Bernardo en los que han de ſer Miniſtros de la Igleſia.

No tengo mas averiguadas noticias de aquella era, porque la muerte ſe llevó demaſiado apriſſa à los que pudieran ſer calificados teſtigos de otras muchas edificantes acciones de Don Raimundo; eſpecialmente à ſu grande amigo, y mio Don Joſeph de Rocabertí, Marqués de Argenſola, mui erudito, prudente, y chriſtiano Caballero, que me las huviera dado mui ciertas, è individuales. Pero ſi regularmente ſomos en la vejéz lo que fuimos en la varonil edad, y en eſta lo que en la juventud, y puericia: de lo que diremos adelante, ſobre lo que tenemos dicho, por fundada, y legitima conſequencia ſe deduce lo que nos falta que decir aqui.

CAPI-

CAPITULO III.

PASSA A LA CORTE, RECIBE LOS Sagrados Ordenes, nombrale el Rey Canonigo, y Arcediano Mayor de Tarragona, y el Papa Vicario General Apostolico del Arzobispado.

DE Salamanca passó Don Raimundo à Madrid, donde su Padre el Marqués, como Consejero del Supremo de Aragon, habia ya puesto casa. Mas como estaba bien persuadido de que Dios es el mismo en la Corte, que en el hiermo, vivió en ella, como pudiera en la soledad. Que la del corazon en todo lugar se encuentra, si de veras se busca. Confirmado en la resolucion de dedicarse al Estado Eclesiastico, à el qual le llamaba Dios desde niño, se ordenó de Subdiacono en Zamora, de Diacono, y Sacerdote en Sevilla, y Toledo. Es mui notable la distancia de los lugares, y por mas que he procurado saber el motivo, no lo he podido averiguar. Pero los tiem-

pos

pos eran tan rebueltos, como de guerra, y assi no hay que estrañar novedad alguna.

Constituido Ministro de Jesu-Christo, y continuo de su divina Mesa en el Altar, renunció para siempre todas las acciones de hombre del Mundo. Por mas que moraba en Madrid, y en compañia de su Padre, el aire cortesano nunca le tomó. Cumplia con las atenciones de Caballero, pero sin queja de la modestia, circunspeccion, y gravedad, que, sin excepcion de lugares, manda à todos los Eclesiasticos el sagrado Concilio de Trento. Que la virtud, y urbanidad no son contrarias, sino hermanas, que se quieren mucho, y tienen una grande union entre sí. Y si huviere espiritu tan rustico, que pretendiesse lo contrario, viva enhorabuena entre las breñas, mas no entre los hombres. Sess. 22. de Refor. cap. 1.

La luz en puesto elevado no se puede esconder, ni el merito de Don Raimundo pudo ocultarse à la vigilancia del Gobierno. Y assi informado nuestro

Gran Rey Phelipe V. de la mucha doctrina, alta prudencia, y vida exemplar de tan venerable Sacerdote, y atento al mismo tiempo à los señalados servicios, y probada fidelidad de la Casa de Marymon, tuvo por bien de nombrarle Canonigo, y Arcediano Mayor de la Santa Iglesia Primada de Tarragona. Acceptó el Promovido la merced con accion de gracias; pero añadió con desinteresado corazon, que supuesto le sobraba ya para vivir con decencia, suplicaba encarecidamente à la Corte, no se acordasse mas de él para ulteriores ascensos. Y mostró que decia la verdad, porque ni entonces, ni en toda su vida cultivó aquellos arboles, que le podian dar mas pingue fruto.

Partió luego à su Iglesia, y esta en el porte edificante de cabeza tan digna recibió una nueva luz, que la llenó de resplandor. Porque era puntual en la residencia, modesto en el Coro, devoto en el canto de las divinas alabanzas, grave, y fervoroso en el santo Sacrifi-

cio de la Missa. Sobrio en la mesa, moderado en la familia, circumspecto en el trage, negado à toda visita del otro sexo, y tan metido en el recogimiento, y estudio, (digo lo que ví) que no salia sino alguna vez al campo, ò à negocios de indispensable obligacion; siendo como un compendio de la regla, que escribió San Geronimo al Sacerdote Nepociano. Y para que no se diga de nulidad à mi vista, siempre corta, y mas en el estado de Novicio, en que me hallaba entonces: añado, que esta era la voz comun de toda la Ciudad, y lo es todavia de los que viven, y entonces le conocieron; todos los quales miraban à Don Raimundo de Marymon como un espejo, y norma de Eclesiasticos preeminentes.

Por consequencia fatal de los insinuados tiempos se hallaba à la sazon aquella Primada Iglesia sin la presencia de su Pastor: y el Sumo Pontifice Clemente XI, à piadosas instancias del alabado Catholico Monarca, le eligió Go-

bernador, y Vicario General Apostolico: y aqui fue donde su zelo, y prudencia dieron claras muestras de lo que habia de ser quando Obispo. No hizo novedad alguna en el tratamiento de su Persona. No puso coche, ni lacayo, ni juego, ni aparato alguno, que diesse la menor seña de soberanía: dexandose ver el mismo que habiamos visto antes. Solo añadió à la estrechéz de la observancia antigua la sobrecarga del nuevo empleo. Velaba con pausada reflexion, corregia con paterna suavidad, y provehia las vacantes con inflexible rectitud.

Enteróse de los reditos de la Mitra, para saber à punto fixo quanto podia socorrer à los pobres. Y para no exponerse à desperdiciar la limosna, se valió de Personas compassivas, y cuerdas, que supiessen discernir, y pesar las necessidades, para aliviarlas con la correspondiente misericordia. Una de ellas, y de quien mas se valió, fue el Padre Antonio Palou, exemplarissimo Jesuita, y tan zeloso del bien de las almas, que entre el

Em-

Empurdán, Campo de Tarragona, Reino de Valencia, y otras partes, en el espacio de treinta años, predicó mas de quinientas Missiones, y en ellas mas de cinco mil Sermones, llevando mientras predicaba, ceñidos los brazos, y musclos de asperos cilicios. Este Apostolico Varon fue la mano derecha de las lismosnas ocultas de nuestro Vicario General Apostolico. Mano tan cerrada à la curiosidad, que ni los de casa, excepto el Superior, sin cuyo beneplacito, ni esto nos es licito, pudimos rastrear jamás à favor de quien se abria. Tanta era la reserva, y cautela, con que procedian el sabio Procurador de los pobres, y su misericordioso Principal; y tanto era lo que uno, y otro se conformaban con la divina prevencion del Salvador. Matth. 6. v. 3.

Ni aun de los Derechos de la Curia, y otros que le pertenecian de justicia, tomó el piadosissimo Don Raimundo una blanca para sí. Todo lo que de ellos, y de las rentas de la Mitra entraba en su mano, salia luego para ponerse

se en la de los pobres, por la limpia, y discreta mano de sus ocultos Limosneros; sin que por esso cessassen las limosnas, que antes hacia, quando solo era Canonigo, y Arcediano Mayor; porque sabía mui bien, que no le eximia de ellas el nuevo cargo, y dignidad.

CAPITULO IV.

EL MISMO CATHOLICO REY LE NOMbra Obispo de Vique.

QUando el Siervo de Dios estaba tan metido en el cumplimiento de su obligacion, como olvidado de sus ascensos: el Rey, que para promover à los benemeritos tuvo siempre insigne memoria, se acordó, y le nombró Obispo de Vique. Sorprendióle al humilde Don Raimundo esta no esperada, y mucho menos deseada noticia. Tuvola mucho tiempo secreta, discurriendo entre tanto medios, y trazas para huir de una carga, que consideraba superior, y formidable

midable à las fuerzas angelicas. Mas como queriendolas aplicar, hallasse cerradas todas las puertas à la renuncia, y se le hiciesse entender, que por ningun caso sería admitida: porque Phelipe V. era tan firme en mantener sus resoluciones, como remirado en tomarlas. Por otra parte habiendolo consultado largamente con Dios, y con Personas doctas, y prudentes, viesse que à una le decian todos ser esta la divina voluntad: baxó la cabeza, y se abrazó con aquella Cruz, fiandose todo à la amorosa providencia del Señor.

Consagróse en Barcelona su Patria el 1 de Mayo, año de 1721, y luego partió à Vique, sin bolver mas à ella en toda su vida. Como si Dios le huviera repetido el orden, que intimó al Patriarca Abrahan: *Egredere de terra tua, & de cognatione tua, & de domo Patris tui, & veni in terram, quam monstrabo tibi.* No hizo prevencion de colgaduras, adornos, ni otras halajas, que las que ya tenia quando Arcediano Mayor. Essas

Genes. 12. v. 1.

se

se llevó, persuadido à que su casa no habia de tener de Palacio, sino el nombre. Ni aun de coche se acordó, y de ninguna manera lo llevára, à no haberselo regalado la bizarría de su hermano el Marqués con dos pares de mulas. Bien que de estas, llegado à Vique, reformó un par, diciendo, que aun las otras dos estaban de sobras.

Pero en lo rico, y hermoso de los Pontificales mostró su amor, y veneracion al culto divino, mandandolos hacer bellos, graves, y costosos, como quien los contemplaba ornamento de la Dignidad Episcopal, y no gala, y ostentacion de la persona. La Familia fue moderada, pero mui selecta, à diligencias de un previo, y seguro informe. No la tomó à gusto ageno, porque ni tenia empeños contrahidos, ni los queria contraher. Siguió el mismo estilo, que quando Vicario General Apostolico, buscando Personas, que sirviessen à la Iglesia, y no que se sirviessen de la Iglesia; que mereciessen su pan, y no que lo arrebatassen.

tassen. Assi lo hizo entonces, y assi invariablemente todo el resto de su vida.

Con esta preparacion, y concierto verdaderamente eclesiastico, se puso en camino, y llegó à su Iglesia, que le recibió con las ceremonias acostumbradas, pero con la singular expectacion de lo mucho, que habia adelantado la fama en elogio del nuevo Obispo, y que no solo acreditó, sino que superó la experiencia. Tomó personalmente possession de la Sede, ò à fines de Mayo, ò à primeros de Junio, que el dia fixo no consta en aquella Curia, como me lo aseguran las muchas diligencias, que hice para llegarlo à saber, sin haberlo podido sacar. Ni me atrevo à culpar la omission, porque tal vez arrebatada del gozo la voluntad, en la vista de un Prelado, que entraba robando los corazones, embarazó este oficio à la regular providencia. Lo cierto es, que si Vique huviera previsto entonces, quan sensible le habia de ser la salida, fuera mas diligente en notar el ingresso de un Obispo tan

venerable. Mas lo que se le passó à la Curia, lo encontré, despues de escrito esto, cuidadosamente notado en el Archivo del Clero, atentissimo con su buen Obispo desde el principio hasta el fin, como veremos en su lugar. Consta pues alli, que el Venerable Don Raimundo, despues de consagrado, entró en Vique, y tomó possession de su Sede à 20. de Mayo, año de 1721, dia dedicado al culto de San Bernardino de Sena: cuya predicacion Apostolica pudo ser feliz anuncio del zelo, y fervor, con que nuestro Prelado declaró la Palabra de Dios en sus utilissimas, y celebradas Doctrinas. Consta tambien, que no quiso pompa alguna en su ingresso, y que no solo en Tona, Lugar donde comió, sino tambien, despues de su arribo, en Palacio recibió al mismo Clero con singulares muestras de benignidad, y agrado, amabilissima circunstancia, que le acompañó toda la vida.

CAPITULO V.

DA PRINCIPIO AL GOBIERNO DE LA Diocesi por la regulacion de su Palacio.

QUien no sabe gobernar su casa, dice el Apostol, tratando de las calidades de un buen Obispo, como gobernará bien la Iglesia de Dios? Por esso el Venerable Obispo Don Raimundo de Marymon comenzó por el orden, y regulacion de la suya, siendo su exemplar vida el primero, y mas eficáz de sus preceptos. Sabía mui bien lo que dice el Doctor Maximo, que si la Casa Episcopal se levanta por su dignidad sobre todas las del Pueblo, tambien está patente à la vista del mismo Pueblo: y por lo tanto debe ser como un espejo, en que todos se miren, y como una escuela en que todos aprendan. Pues como para lograr, que lo sea, el principal medio es acudir à Dios con la continua, y fervorosa oracion, la oracion era en su Palacio la primera obra de cada dia.

1. Tim. 3. v. 5.

Los Pages por ſu turno todo el año à las cinco de la mañana deſpertaban al reſto de la Familia, comenzàndo por el Obiſpo. Luego de eſtar veſtidos, acudian à la Capilla, en la qual ſobre el punto, que ſe leía entonces, tenian ſeguidamente media hora de oracion, precediendo el Paſtor. Eſte ſe retiraba deſpues à ſolas à prepararſe otra media hora para el Santo Sacrificio de la Miſſa, la qual, eſtando bueno, nunca dexó de celebrar: pero ſiempre con tal pauſa, gravedad, obſervancia de rubricas, y devocion tan ſenſible, que la comunicaba à todos los aſſiſtentes. Oía deſpues otra Miſſa, ſi la tenia à mano; pero la tuvieſſe, ò no la tuvieſſe, daba conſtantemente las gracias à medida de la preparacion, que ſuele ſer antecedente de aquella conſequencia. Immediatamente rezaba Horas con la atencion, y reverencia, que ſe dirá en otro lugar.

Habiendo cumplido con Dios, y ofrecidole las primicias del dia, tomaba el comun deſayuno con un bocado de

pan,

pan, del qual se abstenia del todo los dias de vigilia eclesiastica. Luego con la mas profunda veneracion leía un capitulo de la sagrada Biblia, *Libro Sacerdotal* que la intituló San Ambrosio, y ahora tan olvidada de los Sacerdotes. Pero escogiendo siempre, ò el mas conforme à su gravissima obligacion, ò el mas necessario, y proprio para las medidas, que debia tomar sobre la ocurrente dificultad, ò dependencia.

De la Biblia sacra passaba al estudio de otros libros: de los quales, para el Moral, en cuya ciencia fue eminente, los mas frequentados eran Castropalao, y La Croix, y para el buen regimen de su espiritu, y de sus Feligreses el Santo Thomás de Kempis, el Cardenal Belarmino *de Gemitu columbæ*, *de Arte bene moriendi*, *de Septem Verbis Christi in Cruce prolatis*, *Hortus Pastorum*, el Venerable La Puente, los Exercicios de Rodriguez, los Trabajos de Jesus, y el Padre Gaspar de la Figuera, pequeño en el volumen, pero

gran-

grande en la bondad, y alteza de la doctrina, y que llena à satisfaccion el titulo de *Medula espiritual.* Este librito era el que apenas dexaba de la mano en tiempo de la Visita, y sentia mucho, que no fuesse conocido, y leído de todos los Sacerdotes. De tales flores sacaba el jugo, como aveja solícita, y labraba los panales, que eran el sustento, y regalo de su alma.

Hecho esto, daba audiencia, sin negarla à nadie, fuesse quien fuesse, considerando à Dios, en cuyo soberano
Rom. 10. v. 12. acatamiento no hay distincion de personas, y oye de buena gana à quantos claman à su misericordia. Es verdad, que si eran mugeres, las oía siempre con los ojos baxos, y nunca sin testigos de vista, como el citado San Geronimo aconseja à Nepociano; y las despedia con buen modo tan presto, como sufre la caridad.

No queria que le hablassen por memoriales. A todos oía con paciencia, mostrandose mas benigno, y afable con los

los mas pobres, y de menos luces. No ignoraba que el buen Paſtor no ſolo ha de conocer ſus ovejas, ſino que ha de ſer conocido de ellas, y que ſe alegran mucho de oir la voz de ſu Paſtor. Por eſſo quando era dable, todo lo queria oir, y ver por sí miſmo. Si la gracia que le pedian era conceſſible, no ſe hacia de rogar. Si no lo era, de tal ſuerte endulzaba el no, que el poſtulante no ſalia amargo de ſu preſencia. Oía à todos con ſoſiego, ſin interrumpirles; diſimulaba las groſſerias del trato, y reſpondia ſiempre con ſinceridad, y blandura. Que en un genio vivo, y entendimiento velóz, como era el ſuyo, habiendo de aguantar tanta, y tan indigeſta variedad de negocios, es coſa que pone admiracion.

Nunca prometió lo que ſegun Dios no habia de cumplir, ni en ſu práctica tuvo lugar aquello que llaman *Dar buenas palabras*; paliado engaño, y mui parecido al trato doble. Su sí era realmente sí, y ſu no realmente no, como nos

Matth. 5. v. 37. lo manda el Salvador en ſu Evangelio. Profeſſaba ſer diſcipulo del Señor, que Apoc. 19. v. 11. ſe intitula *Fiel*, y *verdaz*, y nunca degeneró de tan divina Eſcuela.

Lo que ſe ſervia à la meſa, era comun à la Familia, y Prelado: el qual comia ſolo, ſin mas aſſiſtencia, que la de un Page. Y porque el Comprador le previno una vez un plato particular, ſe lo afeó de manera, que no ſe atrevió à repetir la diligencia. *Porque yo*, dixo, reprobando la accion, *tengo buena gana de comer, ſin neceſſitar de apetitillos; y lo que ſe compra mas allá de lo comun, ſe hurta à los pobres.* La comida era ſobria, ſin pecar en menguada; y el guiſo unico la ſazon, ſin complacer la goloſina; inſaciable exactor, que quanto mas le dan, tanto mas pide.

Acabada la meſa, tenia un rato de converſacion ſobre algun punto del gobierno de la Dioceſi, ò algun otro de utilidad, con un Capellan de la Familia, y ſe retiraba à deſcanſar haſta las dos. Que el hombre no es de bronce,

ſino

ſino de carne; y ſi trabaja, no neceſſita menos del deſcanſo, que de la comida. Rezaba Viſperas, y Completas, y luego el Santo Roſario con todos los Capellanes, y Pages. Concluido el qual, ſin moverſe nadie de ſu lugar, ſe leía un buen rato con voz clara, y detenida el *Flos Sanctorum* del Padre Ribadeneira.

Por mas que padecia un grande incendio en la ſangre, rara vez bebia por la tarde, y nunca agua compueſta, ſino quando habia de agaſajar alguna Perſona de diſtincion. Eſto no procedia de mezquindad, porque en mi vida he viſto hombre mas deſpreciador del dinero, que el Venerable Marymon. Tampoco de auſteridad de eſpiritu, porque decia, que el ſer ſanto no conſiſte en la abſtinencia de la comida, y maceracion del cuerpo, aunque à ſus tiempos ſon honeſtas, y laudables; ſino en el exacto cumplimiento de la propria obligacion, y continua mortificacion de las paſſiones: pues claro eſtá, que hay abſtinentes ſoberbios; y otros de cuerpo mortificado, y

ambiciosos de corazon. Procedia pues unicamente de la moderacion, y decencia, que segun el Doctor Maximo, debe resplandecer en las casas de los Obispos, para luz, y exemplo de los de fuera.

Su cena no era mas de un par de huevos, exceptuando los sabados, que para disimular el ayuno en obsequio de la Santissima Virgen, devocion que se enseña en nuestras Aulas, los dexaba siempre, pretextando, que no estaban à su gusto. La cena de la Familia, à la qual tambien daba de almorzar, era correspondiente à la comida; que la devocion del Prelado ni les quitaba la libertad, ni les imponia la obligacion de dexar la cena. Y nadie estrañe, que yo haga mencion de estas que parecen menudencias; porque Posidio, en la vida de San Agustin, refiere quantas veces el Santo Doctor daba vino à su Familia en cada comida, y quantas veces, y porque causas se lo quitaba. Fuera de que, un Prelado no solo ha de cumplir con su

Familia delante de Dios, ſino tambien delante de los hombres, ſegun aquello del Apoſtol: *Providemus enim bona non ſolum coram Deo, ſed etiam coram hominibus.* 2. Cor. 8. v. 21.

Todos los que le ſervian debian acudir cada Domingo al apoſento del Maeſtro de Pages, para oir la explicacion de la Doctrina Chriſtiana. Debian tambien confeſſar, y comulgar una vez al mes, y en las fieſtas principales recibir la ſagrada Comunion de mano del miſmo Obiſpo en ſu Capilla. A todos les daba cumplidamente de veſtir, pero al miſmo tiempo tenia ſeveramente prohibido à los Capellanes, que pidieſſen, ò recibieſſen limoſna para Miſſas; y à los Pages, que acceptaſſen, y mucho menos pidieſſen coſa alguna, ni aùn los que ſe llaman *Aguilandos*. À todos les viſitaba, y conſolaba quando enfermos, moſtrandoles entrañas tan compaſſivas, como pudiera la Madre mas cariñoſa.

Era reſpectivamente igual con todos, cerrando de eſta manera la puerta

à los zelos, y consiguientemente à la embidia. Con que nadie en su linea temia ser pospuesto à otro, antes bien quedaba persuadido de que gozaba sin embarazo de la estimacion de su Amo. Tampoco se metia en oficio ageno, atento solamente al suyo; cumplido con el qual, empleaba en el estudio lo que le quedaba de tiempo, sin perderlo vagueando por la casa, ni hacerselo perder à los demás. Este es un excelente medio para mantener la paz en las Familias, y como tal lo puso mi Padre San Ignacio en su Regla.

En su Palacio nunca permitió musica, juego, ni diversion alguna. Pero el concierto, y buen orden, que reinaba en todo él, al compás de la prudencia, y caridad de su Dueño, era una perpetua, y agradable harmonía, que serenaba los corazones de todos: viviendo unidos, y contentos, y sirviendo con gusto, y fidelidad. Tanto bien influye en el cuerpo de su Familia la cabeza, que es digna de este gran nombre. El credi-

to, que ganó para toda ella con esta regulacion el Venerable Don Raimundo, lo confirmó el Comissario de la Camara Apostolica, pues muerto el Siervo de Dios, dexó à cada uno de Palacio las llaves, que antes tenia, con las mismas cosas, de que cuidaba; haciendo igual confianza de los Capellanes, y Pages del difunto, que de sí proprio. *Siendo assi*, dice con festiva humildad uno de ellos, *que no descendiamos de los Godos, quiero decir, que eramos pobres.* Y dice muchas veces bien: porque la fidelidad es prenda del alma, y no del nacimiento; fruto de la buena educacion, y no de la bolsa.

CAPITULO VI.

EMPRENDE EN GENERAL EL GObierno de su Obispado.

ORdenada su casa, passó el Venerable Don Raimundo al buen gobierno de la Diocesi, instancia, y solicitud

citud quotidiana de todas ſus Igleſias,
2.Cor.11. que dice el Apoſtol. Y como para acer-
v. 28. tar en ello fueſſe neceſſario un previo, y exacto conocimiento de todos ſus Feligreſes, ſegun la ſentencia del Principe de los Paſtores, Chriſto Jeſus, que
Joan. 10. dice: *Yo ſoy buen Paſtor, y conozco mis*
v. 14. *ovejas*, es increible quanto trabajó el fervoroſo Obiſpo para adquirir el debido conocimiento de las ſuyas. Para eſto no perdonó diligencia, induſtria, ni fatiga, averiguando, y obſervando por sí miſmo, y por medio de Perſonas zeloſas, y prudentes, quien era cada uno de los Ecleſiaſticos; y ſobre todo, de los Curas, que ſon los Coadjutores, y como los pies, y manos de los Obiſpos.

Eſte cuidado no lo confió à uno, ù otro, ſino à varios, à cuya diſcrecion, y ſinceridad habia tomado el pulſo: à fin de que nadie ſe alzaſſe con la privativa del informe, y conſiguientemente con el gobierno; reſervandoſe para sí el derecho de aprobar, y reprobar à los inſinuados, ſegun los meritos, ò deme-

ritos

ritos de cada uno. Tampoco indagaba aprissa, ni con ruido, sino à la callada, y de espacio, y como quien tal no hace; porque es mui delicada la fama del proximo, y cuesta mucho sacar en limpio, quien es cada qual. Por esso no se detenia en las primeras especies, ni en la apariencia, sino que repetia una, y otra vez el examen, hasta quedar al fin, quanto se sufre en esta vida, assegurado de la verdad, y formar de cada uno el correspondiente juicio. Esta previa luz, despues de la luz de Dios, era su guia, y como el dedo indice, que le señalaba de quien se podia fiar, y de quien no; quien necessitaba de freno, quien de espuela, y quien daba esperanzas de ser con el tiempo un habil, y provechoso Ministro.

Para la cabal inteligencia, y prueba de lo que digo, es decisivo el caso, que ya refiero. Movido de instancias importunas su amado sobrino Don Juan Antonio, que sucedió à su Padre el Marqués Don Joseph, le pidió Dimissorias

para

para ordenarse en Roma un Diocesano de Vique. Y como sabía, que el Obispo su Tio no hacia estas, ni semejantes gracias por mediaciones, sino por meritos, añadió en la carta, que daba aquel passo con mucha repugnancia, y à pura fuerza, porque temia, que habia de quedar mal. Pero respondióle su Venerable Tio: *No quedarás mal, sino bien, y quando quieras, te enviaré las Dimissorias, hechas las Proclamas, como manda el Concilio. Porque el Sugeto, por quien me las pides, es mui buen mozo. Estuvo algunos años con cierto Cardenal, y despues se fue à un Hospital para servir à los pobres, obra de misericordia, que exercita de presente con mucha edificacion.* Hasta aqui la respuesta. Pues quien estaba tan menudamente informado de un Feligrés, que moraba tan lexos, quanto mas lo estaria de los que vivian en su Obispado? Ocasion huvo, que para assegurarse de quien era uno de ellos, mandó escribir mas de treinta cartas.

Del conocimiento de los Eclesiasti-

cos passaba à formarle de los Pueblos: porque si bien estos regularmente corresponden al zelo, y exemplo de los Parrocos, es mui cierta verdad, que muchas veces reproprian, y degeneran, arrebatados de su passion, ò capricho. Por esso quiso tambien informarse, y llegó à saber del todo, quales eran los Pueblos dociles, y quales los contumaces. Donde reinaban abusos con el titulo de costumbres; y donde funciones irreligiosas con el sobrescrito de piedad. Averiguado pues à fondo, y de raiz todo lo que era vicioso, se abrió facil, y ancho camino para aplicar à su tiempo el conveniente remedio.

Como su zelo nacia de pura caridad, y no de bastardo, ò depravado afecto, estendió tambien la solicitud de esta inspeccion à los Regulares. Que en fin todos somos hombres, y de todos respectivamente debe dar cuenta à Dios el Obispo, como Prelado unico de toda la Diocesi. Si encontraba cosas dignas de enmienda, avisaba con mucha urbani-

dad, y cautela à los Superiores immediatos; y si no conseguia el deseado fin, escribia à los Provinciales. Estos, considerando como cuerdos, que el Obispo amaba en el Señor à sus Familias, y que solo pretendia la limpieza, y honor de la Casa de Dios, no se negaban à providencia alguna, y le quedaban cordialmente agradecidos. Aqui no puedo callar, sin ser ingrato, la grande estima, que hizo de la Compañia de Jesus, lo mucho que la distinguió, los bienes, que dixo de ella, y el valor, con que la defendió contra sus emulos, y perseguidores. Mas como soy parte, la modestia no me permite descender à casos particulares. Bastará esta generalidad, sin provocar la envidia, ni dexar quejosa la gratitud.

Con la sobredicha diligencia, indagacion, y examen llegó à quedar tan instruído del genio, y dolencias de su Obispado, como suele estarlo el sabio Medico de la complexion, y achaques del enfermo, que ordinariamente visita. Y

esta

esta era la idéa, que mantenia mas viva en su memoria; este el Libro de su mas frequente repasso: bien que estaba siempre dispuesto à borrar, ò añadir en èl todo lo bueno, y malo, que trahe consigo la mutabilidad del hombre. Porque claro está, que assi como Saulo se puede convertir en Pablo, assi tambien puede vender à Christo el que antes era su Apostol. A beneficio de esta adelantada instruccion, es indecible el tiempo que ganó para el despacho de los negocios, y discurso de providencias: hallando oportuno, y pronto expediente en todo genero de sucessos.

CAPITULO VII.

SU CIRCUNSPECCION, Y ENTEREZA en la colacion de los sagrados Ordenes.

SI en la Milicia, dicen los entendidos en el Arte, que no se han de admitir las heces del Pueblo, sino hombres de honra, quanto menos para el Sacer-

docio, y Ordenes, que le preceden; ſiendo eſta claſſe tan ſuperior à las demás, como el Cielo à la tierra, y no debiendo entrar en ella, ſi fueſſe dable, ſino gente ſanta, y tan eſcogida, que repreſentaſſe al vivo las virtudes, y perfecciones del Salvador? En buſca de eſtos iba la ſolicitud de nueſtro Venerable Obiſpo, y no es facil decir, quanto ſe deſveló, y trabajó para dar con ellos.

A nadie admitió à Ordenes, que no le conſtaſſe de ſu vocacion al eſtado ecleſiaſtico, y con mucha razon. Porque ſi aun de los llamados ſon pocos los eſcogidos, que ſe puede eſperar de los que ni ſon llamados? A nadie, que no dieſſe pruebas poſitivas de eſta ſu vocacion con la bondad de la vida. Y como eſto no lo podia ſaber ni averiguar por sí ſolo, tenia dentro, y fuera del Obiſpado varias Perſonas de ciencia, y conciencia, que le informaban de eſto quando ſe lo pedia, no una, ſino muchas veces; y no ſolo de las coſas grandes, y notables, ſino tambien de las pequeñas,

ñas, y menudas. Porque es mui verdadera, y acreditada en la práctica aquella sentencia de San Geronimo: *No son pequeñas las cosas, sin las quales no se pueden mantener en pie las grandes.* Y nadie censure esto de nimiedad, que no fue sino primor del zelo, el qual à semejanza de la santa ley de Dios, no se da por satisfecho, sino quando parece nimio. Psal. 118. v. 4.

Siempre que se atravessaba alguna duda sobre la habilidad, ò bondad del Pretendiente, ya era cosa sentada que se le habia de dar la exclusiva; porque en tal caso decia el Gran Prelado, *Standum est pro Ecclesia Dei.* Que à esta no la cultiva, y consuela la muchedumbre, como predixo el Profeta Isaías, sino la aptitud, y selecto de los Ministros. Y no hay que estrañarlo: porque si todavia de los habiles, y bien probados se vician algunos con el tiempo, que será de los que no se tiene entera satisfaccion? Cap. 9. v. 3.

Por bueno que fuesse el Candidato no

le

le ordenaba luego, atento à lo que mandó el Apoſtol à ſu diſcipulo el Obiſpo San Timothéo, y en él à todos los Obiſpos: *Manus citò nemini impoſueris.* Y nada menos à la eſpantoſa reſpueſta, que de parte de Dios dió el Apoſtol San Pedro à San Leon Magno, el qual con muchos ayunos, larga oracion, y copioſas lagrimas, habia pedido al Señor el perdon de ſus culpas, por la poderoſa mediacion del Santo Apoſtol: *Perdonados*, le dixo, *ſon tus pecados, menos los que haſta ahora cometiſte en la colacion de los Ordenes.* Reſpueſta, que recibió aquel Santiſſimo Pontifice con mucha humildad, y accion de gracias, y con vehemente reſolucion de proceder de alli adelante con mas quedo, y reflexion en tan delicado aſſumpto.

1.Tim. 5. v. 22.

En cierta ocaſion le eſcribió el Cardenal Vicario de ſu Santidad, que à buelta de correo le enviaſſe las Dimiſſorias para ordenarſe en Roma un Dioceſano de Vique, que con fé *de vita, & moribus* del Señor Marymon, habia admitido el dicho Cardenal en ſu Familia, y deſ-

despues le hizo dar un Canonicato. Hizolo, aunque con mucha repugnancia, y no dudó añadir en la respuesta, que se asegurassen antes de la ciencia, y costumbres del Ordenando, cuyas Proclamas habia omitido mui contra su voluntad, por ser contra lo dispuesto, y mandado por el santo Concilio de Trento. Hombre verdaderamente justo, y magnanimo, y tan independiente de los respetos humanos, como enteramente sacrificado à los divinos.

Habia intimado la ley de que no sería admitido à quarto examen, el que saliesse reprobado de los tres; que hasta tres veces les admitia el benigno Prelado, para averiguar si la falta de satisfaccion nacia de turbacion de animo, ò de insuficiencia de letras. Uno de los muchos, à quienes alcanzó esta desgracia, resolvió meterse à Escribano de la Curia Episcopal. Pero al cabo de tiempo, passando por alli nuestro Obispo, y pensando el buen Escribano coger la ocasion de los cabellos, se le postró à

los pies, y le pidió con lagrimas, que dispensasse con él en aquella ley, admitiendole à quarto examen. Pero el constante Prelado le respondió con gracia: *Audivi vocem de Cælo dicentem mihi: Scribe*, y se fue. A los corazones afeminados podrá parecer esto mucho rigor, y no fue sino entereza, pues no habia motivo justo para abrir herida en una ley, que con este importuno exemplar quedaba expuesta à innumerables heridas.

Un Capellan de Familia reparando en cierta ocasion, que de un gran numero de Pretendientes de Ordenes habian sido mui pocos los aprobados, y admitidos, le dixo con santa libertad: Temo Ilustrissimo Señor, que nos han de tener por mui austéros, à vista de lo estrechos que andamos en las aprobaciones, y admissiones. Y le respondió el Obispo con mucha paz: *No ha notado v. m. que en la entrada de los cementerios se pone ordinariamente una reja, que acá llamamos* Trenca pas, (quiebra, ò buelve el passo à otra parte) *para que no entren*

las

las bestias, y lo pisen? Pues semejante embarazo debemos poner nosotros, para que hombres necios, ò de malas costumbres no se introduzcan en el estado eclesiastico, y le profanen, ni rebajen de la debida estimacion.

Admitió à uno, que era habil, y parecia de honestas costumbres, y le dió el Subdiaconato. Pero como no correspondiesse à la santidad del Orden, le dilató despues el Diaconato diez y siete años. Mas como todavia bolviesse à recaer, y con todo esso se animasse à pedirle el Sacerdocio; le respondió el Santo Obispo: *Buelva v. m. de aqui à otros diez y siete años, y si entonces me constáre de su mudanza de vida, le admitiré al Orden Sacerdotal.* Conoció que el vicio, de que el triste estaba dominado, habia echado hondas raíces; y no era prudencia, sino temeridad, exponerse à dar à la santa Iglesia un Sacerdote escandaloso.

El fruto de esta justissima severidad, que à los inconsiderados parece rigor cruel, fue enriquecer su Obispado de

manera, que apenas se veían, sino Sacerdotes exemplares, dignos del Altar, alegria de los Angeles, luz del Pueblo, honor, y no afrenta, de la Esposa de Jesu-Christo. De lo qual se seguia, que los Seculares no les mirassen con desprecio, sino con veneracion, respetando en cada uno de ellos un Ministro de la divina Magestad, y dispensador de sus soberanos Misterios, y Sacramentos. Y nadie piense, que siendo tales, viviessen como asombrados, ù oprimidos, que no vivian, como bien lo reparé, sino tan contentos, como limpios de corazon, y tan agradecidos à su zeloso, y virtuoso Obispo, como veremos al fin.

Semejante examen, circunspeccion, y diligencia observó con las que querian ser Monjas, jardin del eterno Rey, y que requiere mucho mas cuidado, y atencion, que el cultivo de las mas delicadas flores. Cinco de estos Conventos hay en el Obispado de Vique, y todos sujetos al Ordinario. Mas ninguna entró en su tiempo, que no la exa-

minasse

minasse por sí mismo en la vocacion, y en la salud. Y todo con mucha razon, porque algunas no trahen mas que el cuerpo à la Religion, y otras la convierten en enfermería, como lo he visto mas de una vez: consiguiendose uno, y otro perjuicio de la omission de este examen, tan recomendado del sagrado Concilio de Trento. El modo que guardaba en estos, se dirá quando tratemos de su castidad. Sess. 25. cap. 17.

CAPITULO VIII.

SU RECTITUD EN LA PROVISION de los Curatos.

EN lo que es práctico, y de execucion, nada sirve el dictamen de la cabeza, si son mancas, ò estan ociosas las manos. Estas, respecto del Obispo, son los Curas: y para que los suyos fuessen limpios, activos, y diligentes, no es facil decir quanto trabajó nuestro Obispo. Su regla, y pauta, como en todo lo de-

demás, era el citado Concilio, à cuyos Decretos, y Estatutos guardó siempre una inviolable fidelidad: eligiendo los mas dignos, es à saber, los que con la ciencia necessaria juntan el debido exemplo de vida, y están dotados del correspondiente juicio. Porque assi como el Cura virtuoso sin letras es inutil, assi el docto sin virtud peligra mucho de soberbio, como dice San Isidoro.

De esta santa resolucion no era capáz de apartarle mediacion, ni ruego alguno. Por mas que lloviessen cartas, fuessen de la pluma que fuessen, ninguna abria, hasta quedar hecha la provision. Y si por lance abria antes alguna, ella no hacia ningun papel. Con esso, desengañados los mediadores de que con la entereza del Señor Marymon no habia otra recomendacion, ni empeño, que el merito de los concurrentes, le dexaron en paz, ahorrando mucho trabajo à su Secretario. De los que trahian estos mendigados abonos, solia decir con gracia: *De muleta necessitas? Coxo eres.* Y à la

ver-

verdad, de que sirviera el concurso, y quan inutilmente lo huviera establecido el Concilio, si lo que de justicia se debe à los meritos, se lo llevasse la recomendacion? Los desvalídos habiles pudieran arrimarse para siempre, y entrar solos los recomendados, por mas que fuessen necios, omissos, ò ruines. Sess. 24. de Refor. c. 18.

De esta inflexible rectitud habia dado ya insignes pruebas, quando Vicario General Apostolico en Tarragona. Las Señoras Doña Eleonor, y Doña Narcissa de Farnés, Primas de Don Raimundo, y Monjas Benedictinas del Convento de San Daniel de Gerona, del qual es hoy la primera dignissima Abadessa, le escribieron apretadamente, que despachasse luego cierto negocio pendiente en aquella Curia. Militaban aqui el parentesco, y lo que es mas, el estado, la calidad, el sexo, y la edad florida: escollo en que tanto quiebra la fragilidad humana, y alguna vez, como en este caso, à titulo de piedad con las Virgenes consagradas à Dios. Pero estuvo tan en sí este

rectissimo Juez, que cumpliendo caballerosamente con todos los primores de la atencion, urbanidad, y policía, concluyó la respuesta diciendo: *Que el dicho negocio se despacharía quando le tocasse por su turno, porque de ninguna manera podria perjudicar à los que llevaban la precedencia.*

Vacó un pingue Curato de aquel Arzobispado: y pareciendole al Marqués Don Joseph, que se le proporcionaba el medio de acomodar al Maestro de su Casa, que era, como siempre, un docto, y grave Theologo, circunstancia, que no ignoraba su hermano, se lo envió con carta comendaticia. Por respeto, y atencion à la Casa de donde venia, solo concurrió uno de aquella Diocesi. Mas Don Raimundo previno à los Examinadores, que en fuerza del examen graduassen con todo rigor à los dos concurrentes, enterado ya de sus buenas costumbres. Hicieronlo assi, y le respondieron, que entrambos eran iguales. *Iguales? Pues demos*, dixo, *el Curato al concurrente del Arzobispado. Con esso nadie podrá decir, mi* pen-

pensar, que la carne, y sangre intervinieron en la provision. O Varon de espiritu verdaderamente evangelico! Sin ofender à la justicia, podia atravessarse la natural complacencia, proveyendo al recomendado de su Casa; y supo reprimir esta carnal complacencia, que pudiera viciar lo recto de la eleccion. Assi lo hizo entonces, y assi invariablemente quando Obispo, sin que se pueda alegar un solo exemplo en contrario. Pero este es un primor de virtud, que solo lo llegan à divisar los que tienen mui limpia la vista del alma.

A la pública voz, y fama de tan divina imparcialidad acudian à los concursos de Vique los Mozos mas habiles de Cataluña; y muchos encontraron alli la ventura por sus meritos, quando en otras partes habian tenido mas meritos, que ventura. Por este camino llenó su Obispado, à imitacion del grande Obispo San Nicolás, de Rectores doctos, diestros, y de exemplar vida. Eran devotos en el Altar, continuos en el Confesso-

nario,

nario, expeditos en la explicacion del Cathecismo, retirados sin ofension de los Feligreses, humanos sin vulgaridad, y liberales en dar limosna à los pobres. Que todo venia à ser consequencia de la rectitud en las provisiones.

A proporcion de los que elegia para Curas procedia en dar licencia para oir Confessiones, negocio mucho mas importante de lo que comunmente se piensa. A ninguno la dió, de quien no tuviesse positiva esperanza de que llenaria bien los oficios de Juez, Director, y Maestro en el Tribunal de la Penitencia, asegurado ya del exemplo de vida. Y esta es una verdad tan notoria, que los demás Señores Obispos del Principado concedian sin examen las licencias, que presentaba, el que ya las tenia del Señor Marymon. Entre ellos el Señor Mezquia, que todavia vive, dignissimo Obispo de Solsona, siendo, como es justo, tan mirado, y prudente en este assumpto, como en todos los demás, en viendo licencias de nuestro Venerable, nada se

de-

detiene; persuadido à que no se concedieron sin el concurso de las debidas circunstancias. Tanto es el credito, que se merece aquel zelo, à quien aníma la ciencia, y pureza de intencion.

A sus Capellanes, y Pages libraba de las congojosas ansias de su acomodo, porque à su tiempo, y sazon, si eran los que debian, él mismo les avisaba que ya podian salir à las vacantes correspondientes, sin perjuicio, ni queja de los que de afuera concurrian. Que es mui justo, sean tambien atendidos, y tanto por tanto, preferidos los que immediatamente sirven à la cabeza, como lo hizo el Gran Pontifice San Pio V. acomodando à todos los que le habian servido quando Cardenal, que no tenia que dar, y diciendoles con el Salvador: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis.* Luc. 22. v. 28. Es verdad, que antes de entrar en el examen sinodal, les tanteaba por sí mismo, y por las Personas de satisfaccion, que tenia en su Palacio: y con su visto bueno entraban en el concurso.

Solas dos excepciones tuvo esta ley, y ellas mismas confirman su puntual observancia. La primera fue de su primer Vicario General, que sirviendole en este oficio desde Tarragona, donde le conocí, y temiendo por su avanzada edad, que si esperaba el aviso de su Amo, tal vez llegaria tarde su conveniencia, le pidió la venia para salir à una vacante de importancia. Concedióselas el buen Obispo, pero añadiendo: *No piense v.m. que porque es mi Vicario, se ha de llevar el Curato. Se le dará sin falta, si habida razon de todo, fuere el mas digno.* Fuelo sin duda, y por esso se lo llevó.

La segunda fue mui gravosa al Venerable Prelado, è hizo bastante prueba de su paciencia. Uno de los Pages, que tenia entonces, mui lexos de conocer su corta literatura, y mal domado natural, vino à creer, que adelantarsele los demás en los respectivos ascensos, consistia en los siniestros informes de su Maestro. Arrebatado pues de esta engañada imaginacion, cierto dia de Invierno,

quan-

quando su Amo bolvia de la Cathedral, cayó en el arrojo de hablarle assi: Ilustrissimo Señor, como se entiende, que V. S. no me dé cosa alguna, llenando de beneficios à Fulano? (era otro Page, y mui otro en letras, y modestia) Yo soy la fabula de mi Lugar, diciendo todos, ò que no soy para cosa, ò que debo de servir mal à V. S. Ilma. Yo pienso tenerle tanta voluntad como otro alguno, y quisiera, que me atendiesse. Deme pues alguna significacion de su afecto. Tantos años de servicios, y todavia ninguna recompensa? No sea assi de aqui adelante, y hagame V. S. Ilma. merced, siquiera por librarme de la infamia, que estoy padeciendo. Tan largo, y descomedido habló aquel Page, mostrando en el mismo desconcierto del tono, y voces, quan falsa era la opinion, que tenia de su bondad, y juicio.

Sin embargo le oyó el pacientissimo Obispo sin interrumpirle, ni darle otra muestra de enojo, que despedirle con algun enfado. Mas apenas estuvo en su re-

tiro, quando mandó llamar al insolente, que se habia buelto à atizar el fuego despues de haber arrojado por la boca el de su cólera, y con mucha paz, y dulzura le dixo: *Mira muchacho yo no me moriré tan aprissa, y desde ahora te destino à la admission de tal Comunidad* (Iglesia propria del Lugar de donde era el Page) *no caviles, ni te enojes tan voluntariamente.* No le dixo mas, y ni entonces, ni despues le hizo el menor cargo de su loca osadia: imitando en parte la incomparable mansedumbre del maravilloso Obispo San Martin con el desmandado Bricio. Y no solo le cumplió à la letra, lo que le habia prometido, sino que le añadió mucho mas: no dexandose vencer del mal, sino venciendole con la superior fuerza de la beneficencia,
Rom.12. v.21. como aconseja el Apostol.

Y nadie se admire, que en una Familia tan escogida se hallasse tal vez un monstruo; que sin apelar à lo que dicen los Philosofos, que esto conviene para la variedad, y hermosura del Universo,

mu-

mucho mas escogida era la de la primitiva Iglesia, y huvo, no obstante, en ella envidias, murmuraciones, y quejas, que solo dexará de haberlas, donde no huviere hombres. No hay país tan bueno, que no lleve alguna planta ruin; como tampoco lo hay tan ruin, que no se halle en él alguna planta saludable. Act. 6. v. 1.

CAPITULO IX.

COMO VELABA, Y CORREGIA à los subditos.

SI el hombre fuesse como la piedra, que despues de labrada, y sentada en su lugar, no se mueve, ni varía de figura, bastaria instruirle una vez, sin velar despues sobre su porte, ni acudirle con mas avisos. Pero como de suyo es mudable, y expuesto à degenerar de su obligacion, è instruccion, es tambien forzoso, que se tenga de él casi continuo cuidado, y providencia. Assi lo hace Dios con las criaturas, aunque todas salieron bue-

[illegible] ; y assi tam-
bien [illegible] Obispo,
en quanto con el favor de la divina gra-
cia supo imitar la providencia del Cria-
dor. No le acusaba la conciencia de ha-
ber ordenado a los que no eran llama-
dos, ni a proposito para la Iglesia. Tam-
poco de haber provisto, sino a los que
tuvo por mas dignos; pero no por esso
descuidaba de ellos. Velaba como buen
Pastor, sosteniendo, y fortaleciendo to-
do lo que amenazaba ruína. Porque sabía,
que la flaqueza humana antes declina à
lo malo, que à lo bueno, y à la tibieza,
que al fervor; y que es semejante al hier-
ro, el qual por mas ardiente que salga
de la fragua, si no buelve à ella, pierde
poco à poco la blandura, y calor, que
tenia, y torna à su frialdad, y dureza
natural. En una palabra sabía mui bien,
que el caracter del que gobierna es *la*
Rom. 12. v. 8. *solicitud*, segun el Apostol; y esta solici-
tud era su mas continua, y urgente ocu-
pacion.

No tengo grave castigo que referir,

y

y me alegro, porque esto mismo prueba quan circumspectas habian sido sus elecciones. Correctivo, y amonestacion eficàz, para los que ya encontró establecidos en el gremio, y que nada menos convence, quan prevenida era su medicina, pues no daba lugar à que se agravassen las dolencias. Prueba tambien quanto era el ingenio de su caridad, corrigiendo con blandura, lo que otros exasperan con la acrimonia. Del estilo que en esta parte guardaba con la Familia, cuyas faltas son mas sensibles, por mas immediatas à la Persona, se podrá colegir el que usaba con los demás subditos omissos, ò delinquentes. En el largo espacio de casi veinte y tres años, por mas que se les obligasse à vivir con el orden, que diximos en el cap. 5. no podian menos de caer en muchos, y diferentes descuidos, no siendo Angeles, sino hombres, y cada uno de su genio. Con todo esso, por el uniforme testimonio de los que hoy viven, que le sirvieron en dicho tiempo, ya de Cape-

llanes,

llanes, ya de Páges, me consta de las circunstancias siguientes, y que se hacen sobre manera creíbles, à vista de su tolerancia con el insolente Page del capitulo passado.

La primera, que nunca dixo à ninguno de ellos palabra disonante, ni ofensiva. La segunda, que rarissima vez se sabía entre la Familia quien habia llevado la correccion; cumpliendo en esto el discreto, y caritativo Prelado con aquella noble sentencia de San Agustin: *Intendens correctioni, parcens pudori.* La tercera, que su comun modo de corregir era representar al vivo la falta à quien la habia cometido, y hacerle cargo de ella, à vista de su obligacion: y esto con tono, y voz natural, con palabras medidas, y un semblante lleno de paz. Con esta gravedad, y moderacion conseguia, que el reo saliesse de su presencia tan corrido de sí mismo, como prendado de la bondad de su Prelado, y por lo tanto mucho mas resuelto à la enmienda de sus costumbres.

Quan-

Quando el qûe delinquia moraba lexos, entonces por la primera persona de su Lugar, que encontraba, ò le venia à ver, le enviaba cumplidos recados, añadiendo, que lo estimaba mucho, fuesse Sacerdote, ò fuesse Cura, y que le tenia en gran concepto, y assi que le asegurassen de su verdadera voluntad. Esta aguda flecha de caridad tan ingeniosa penetraba el corazon del culpado, si no estaba destituído de sensibilidad, y le movia al cumplimiento de su deber, y à besar la mano, que con tan bello modo se la disparó. Despues quando le tenia en su presencia, habiendole oído con mucha serenidad, y dadole el conveniente despacho, ò instruccion, le hablaba de sus obligaciones, como quien las suponia mui satisfechas: y exhortandole eficazmente à la perseverancia, le enviaba en paz. Este modo de corregir es admirable, y de gran fruto; pero como es mas costoso al que corrige, que al que recibe la correccion, por esso tiene mui pocos imitadores.

Quiero concluir este capitulo con un caso, que no muestra menos la anchura de su pecho, que la urbanidad de su estilo agraciado en todo. Hallabase acaso cierto Cura en una casa, en la qual, no sé porque motivo, se armó un sarao. Instaronle que bailasse tambien, y resistióse, porque el modestissimo Obispo no solo les habia vedado el bailar, sino tambien el assistir en semejantes funciones. Redoblaron la instancia los del festin, asegurandole de que no llegaria la cosa à noticia del Prelado; y fueron tan importunos, que le hicieron consentir en que bailasse por lo menos un minué. Era de humor el dicho Cura, aunque esta vez de humor pecante, y vencido de la molesta tentacion, de la qual se librára, si luego que conoció el aparato, se despidiera, dixo con donaire: Vaya pues un minué à la salud de Raymundillo, y no bailó mas.

Supo el caso nuestro Venerable, por floxedad de lengua de los concurrentes, pero disimuló, como solia, esperando opor-

oportuna ocasion: la qual se le vino presto à la mano visitandole el Cura. Tratóse del negocio, porque habia ido, y concluido ya, se bolvia mui contento de que su pecadillo estuviesse oculto à su Obispo. Pero engañóse, porque al tomar la puerta, le dixo este: *Quando v. m. se vaya, passese por la Curia, y dexe en ella diez libras à la salud de Raymundillo*, y luego se retiró. Cumplió el buen Cura con el mandato de su Obispo, quedó escarmentado, y se alegraron los pobres, à cuyo alivio estaba destinado este, y semejante dinero.

CAPITULO X.

DE SU APLICACION, Y MODERACION en la Visita del Obispado.

COmo estar presente en todo lugar es prerogativa de solo Dios, se hace indispensable, que los Obispos de quando en quando dexen su Sede, y passen à la inspeccion, y revista de la Dio-

cesi del modo, y forma, que les ordena el Sagrado Concilio Tridentino. Esta obligacion la cumplió tan à la letra el zeloso Don Raimundo, que el mas destemplado tiempo no era capáz de estorvarle la salida el dia aplazado. Habiendo sabido la Oficialidad aquartelada en cierto Lugar, que habia de ir allá la Visita, resolvió salir al encuentro del Prelado, y hacerle un recibimiento tan garboso, como proprio de la bizarría militar. Mas reparando en que nevaba aquel dia lo dexó, creyendo, que si en tal tiempo ni aun la Tropa se pone en marcha, menos en caso el mas perentorio, mucho menos se pondria un Obispo. Pero sucedió mui al contrario, porque à la hora correspondiente tuvieron la noticia de que el Obispo acababa de llegar. Partieron al punto à rendirle sus obsequios, y preguntandole con estrañeza: como habia tenido valor para viajar en estacion tan rigurosa? Respondió con discreto chiste: *La Tropa del Papa no se ha de criar con delicadeza.*

Sess. 24. de Refor. cap. 3.

En

En todas las Visitas se costeaba el viaje, y prevenia severamente à la Familia, que no se metiesse en cosa alguna de los Curas, Iglesias, ni Feligreses; que nada recibiessen de nadie por ningun titulo; que se contentassen con la comida, y bebida, que les diessen, sin queja, ni murmuracion, como lo hacia el modesto Obispo, atento siempre à la frugalidad. Que ni por sombra tratassen con muger alguna: en lo qual les daba continuo exemplo el castissimo Prelado no tratandolas, sino en lo que tocaba à su ministerio, como lo hacia Santo Thomás de Villanueva. Finalmente, que se portassen en todo, como conviene à la Familia de un Obispo, que debe ser à los demás vivo exemplo de buenas obras.

Se alojaba siempre en la casa del Cura, por incomodada, que fuesse, sin ser parte para lo contrario las muchas, y decentes posadas, que varios le ofrecian à porfia, y con verdadera voluntad. En cierto Lugar populoso estando ausen-

te el Cura proprio por justa causa, se hospedó en casa del Vicario, que ya angustiada en extremo. Y como un atento Capellan, que la tenia mui buena; compadecido, y aun corrido de que su Obispo tuviesse una posada tan ruin, no cessasse de importunarle, para que tomasse la suya. El humilde Prelado le atajó diciendo: *Yo tengo mal genio. Di palabra de alojarme en casa del Vicario, y no pudiera sufrir la querella de que no se la cumpli.* O sabiduria de la virtud, y necedad del vicio! El soberbio, y regalón finge preceptos para entregarse à las delicias, y pompas; y el humilde, y mortificado halla verdaderas salidas para negarse à la ostentacion, y comodidad.

Reconocia por sí mismo, no solo el Sacrario, Iglesia, Sacristia, y Ornamentos, sino tambien todos los libros parroquiales, y los demás de las Administraciones de las Iglesias, para enmendar yerros, obviar inconvenientes, y ordenar decentes economías. Las Missas atrasadas las repartia por entero, è imparcial-

cialmente entre los Religiosos, que por ellas toman limosna, subviniendo à los vivos con esta piedad, y à los difuntos con no retardarles mas los sufragios. Se informaba con rara sagacidad, si el Cura cumplia con su obligacion, sin que él lo entendiesse, ni entrassen en sospecha aquellos, de quien tomaba los informes. Se informaba tambien, si en la Parroquia habia escandalos, dissensiones, ò pleitos, ya enconados, ya impertinentes. Y el Señor le habia dado tal gracia, que ordinariamente lo dexaba todo compuesto, y en buen orden; pudiendose decir de cada una de sus Visitas: *Ponam visitationem tuam pacem, & præpositos tuos iustitiam.* Isai. 60. v. 17.

Dilataba su inspeccion à las Ermitas, y Capillas, por distantes que fuessen, y no se pudiesse ir à ellas, sino por sendas asperas, y fragosas: teniendo presente el exemplo heroico, que dió en esta parte el grande Arzobispo de Milán San Carlos Borromeo. Esta trabajosa solicitud, y diligencia, solo podrá digna-

mente

mente valuarla, el que supiere el gran numero, que tiene de estas Ermitas, y Capillas solitarias la antigua, y sólida Religion del Principado de Cataluña: pues en algunos Obispados, y nada menos en el de Vique, si no exceden, casi compiten con el numero de las Parroquias.

Todas las rentas del Obispado entraban en poder del Mayordomo, pero lo que frutan los derechos de Visita, entraba immediatamente en su mano, de la qual passaba luego à la de los pobres de la misma Parroquia; de los quales, à imitacion de San Gregorio el Magno, tenia una exacta lista; y si por ventura no los habia en ella, à los del primer Lugar, que los tuviesse. Esta misericordia enternecia los animos, y les movia maravillosamente à reformar sus costumbres. En los Curatos de cortos reditos, no solo corrian à cuenta suya sus alimentos, y los de la Familia, y comida del bagage, sino que les condonaba por entero los derechos, que licitamente pu-

diera cobrar. No le sufrian las entrañas, que él, ni la comitiva se comiessen, lo que despues ayunarián los pobres, ò haria falta à los adornos de la Iglesia, ya precisos, ya conducentes, y siempre decorosos à la magestad del culto divino.

Fuera de las privadas exhortaciones, que hacia à los Feligreses, predicaba infalliblemente en todos los Pueblos, insistiendo siempre en los puntos mas essenciales, y utiles à la salvacion de las almas. Y esto lo hacia con tanta claridad, y eficacia, que todos quedaban enseñados, y compungidos. Para estos sermones regularmente le hacian la costa las Obras del Padre Vieira, y decia el Venerable con discrecion como suya: *Quien pensàra, que para predicar à gente ruda, me valgo yo de semejante Autor?* Y decia grandemente bien, porque son mui pocos los que reparan en la singular destreza, con que aquel admirable Predicador sabe unir los mas elevados pensamientos con la divina evangelica simplicidad, lo sutil con lo util, y lo sólido,

do, y práctico con lo brillante, y especioso.

Concluida felizmente la Visita con la diligencia, y brevedad, que manda el sagrado Concilio; (anda mucho en poco tiempo, quien sabe correr, sin tropezar) passaba luego al Lugar immediato, sin que le detuviessen destemplanza de tiempos, ni aspereza de caminos. Parecia una de aquellas misteriosas nubes, que al mismo tiempo que buelan, fecundan toda la tierra por donde passan. Con semejante velocidad, y provecho despachaba el Siervo de Dios las Visitas, movido de su espiritu, como corren aquellas nubes, movidas del aire, que las impele.

Este rico agregado de circunstancias hacia tan amable su Visita, que los Curas, y Feligreses suspiraban por ella: hasta darle amorosas quejas de que no la repitiesse aun fuera de tiempo: y no lo admiro, porque les estaba à poca costa, y mucha ganancia. Tenian el consuelo de ver à un Pastor, que les admitia

con entrañas de Padre, y les hacia justicia como recto Juez. Ilustraba sus entendimientos, socorria sus miserias, pacificaba las discordias, desterraba los abusos, restituía el orden, y todo lo llenaba de bendicion. Que mucho pues, que atrahidos de tan sabrosas experiencias, tuviessen tan gran deseo de que les repitiesse la Visita? Y cierto que les huviera complacido el buen Prelado, à no mandarle residir en su Sede, el mismo Concilio, que à sus tiempos le mandaba visitar la Diocesi.

CAPITULO XI.

DEL ZELO, Y VOLUNTARIEDAD, con que administraba el Sacramento de la Confirmacion.

ESte Sacramento corroborativo de la fé, valiente escudo, que rebate las tentaciones, y previa disposicion para recibir la Tonsura, y sagradas Ordenes, tenia una mui alta, y singular estimacion

en nuestro Venerable Obispo. Porque, no solo lo administraba con gusto en el tiempo de la Visita, y los dias acostumbrados en la Capilla de su Palacio, sino tambien en todos los demás dias, y à todas horas sin excepcion, si la criatura estaba enferma de peligro: en lo qual le sucedieron tres casos dignos de nota, que tengo bien averiguados, y que descubren mucho su zelo, la simplicidad del vulgo, y la verdad de lo que acabo de decir. Hallandose de Visita en la Villa de Centellas fueron tan diligentes, y compassivas las de su pastoral solicitud, que para que las criaturas, que padecian viruelas, ni por un breve rato se expusiessen al aire anduvo de casa en casa, administrandoles este Sacramento.

Tenia dado estrecho orden à su Familia, que à qualquiera hora, que le llamassen, fuesse quien fuesse, le dieran pronto, y puntual aviso. Vino pues una Muger para que le confirmasse una criatura, mientras el Obispo estaba en mesa, el qual mandó la preguntassen si estaba

enferma? Y que sino, bolviesse à las tres de la tarde, porque aquella era hora intempestiva. Pero la simple Muger, con aire demasiado libre, replicó: Pues porque se alquilaba à ello? Vengame à confirmar la criatura, por buena que esté. Dióseſele parte de esta réplica al pie de la letra, y el Siervo de Dios estuvo tan lejos de enojarse, que con simplicidad mas entendida, respondió: *Tiene razon la pobre Muger.* Y levantandose luego de la mesa se fue à la Capilla, y con buena gracia confirmó la criatura.

Otra Muger no menos libre, que la primera, acudió à deshora para lo mismo. Y, como le dixessen, que bolviesse à hora proporcionada, supuesto, que no estaba enferma la criatura; repuso con excessivo desenfado: Venga ahora à confirmarla; aunque no esté enferma, pues por esso le pagan. Y como si tan atrevida instancia huviera sido obligatorio precepto, fue luego el santo Prelado, y confirmó la criatura, sin dar queja alguna, antes, ni despues, ni mostrar en el semblante

blante la menor displicencia. O quan bien ordenado estaba el relox de aquel mortificado espiritu, que no le podia descomponer ni la rudeza de tales golpes!

A los mezquinos con Dios, y el proximo, por mui indulgentes consigo mismos, les parecerá, que esta nimia tolerancia de nuestro Obispo era injuriosa à su dignidad, y que en cierto modo daba ocasion à que el infimo vulgo se le atreviesse, y pisasse los fueros del respeto. Pero si los tales quisieren levantar ácia arriba el corazon, y considerar quan paciente, y benigna es la caridad; y que nunca da muestras de serlo tanto, como quando sufre de buena gana la rusticidad, y grossería de los necios. Que el
1. Cor. 9. v. 19. Apostol San Pablo siendo libre, se hizo esclavo de todos; y que en este sentido decia San Antonino, Arzobispo de Florencia, *Que los Prelados no han de ser suyos, sino de sus ovejas, atendiendo à su bien, y consuelo en todo tiempo, y à todas horas.* Que San Agustin dexaba muchas

ve-

veces la comida, por complacer en cosas de menos monta à sus Feligreses. Pues si consideráren todo esto delante de Dios, necessariamente habrán de concluir, que lo que en el Venerable Don Raimundo de Marymon parecia sobrada tolerancia, con algunos visos de abatimiento, no era sino grandeza de animo, humildad excelsa, y paciencia heroica: la qual de tal suerte le fue subiendo à la cumbre de la perfeccion, que le mereció el credito, y aclamacion de Obispo santo, como veremos al fin.

Y si algun docto replicáre, que ni el Concilio de Trento, ni otra ley impone tanta obligacion à los Obispos, respecto de este Sacramento: respondo, que es mucha verdad, pero que la caridad la persuade, y hace que voluntariamente se obliguen, los que se dexan obligar de tan atractiva, y generosa virtud; Philosofia que solo entienden los que pueden decir con el Apostol: *Charitas Christi urget nos.* 2. Cor. 5. v. 14.

Fuera de que, no le faltaban exem-

plos

plos à nuestro Venerable Obispo que imitar en esse assumpto. Porque el Venerable Jesuita Andrés de Oviedo, Patriarca que fue de Etiopia, y glorioso emulo de los antiguos Padres de la Iglesia, como se puede ver en su Vida. Pues este admirable Varon, visitando el Obispado de Evora à peticion del Infante Cardenal Don Henrique, que despues fue Rey de Portugal, habiendo sabido en el viaje, que en el Pueblo, que acababa de visitar, se habia quedado un niño sin el Sacramento de la Confirmacion: por mas que este podia facilmente acudir al cercano Lugar, y recibirlo, no lo consintió el santo Prelado, sino que bolvió atrás, apeóse, y le confirmó, prosiguiendo despues su Visita. Y assi como baxó de caballo, assi tambien se huviera levantado de la mesa para dicho fin.

CAPI-

CAPITULO XII.

DE SU ORACION, Y TRATO con Dios.

LA oracion, dice San Agustin, es llave del Cielo, y por lo mismo, añado yo, que lo es tambien de la thesorería de Dios. Toda su vida fue inclinado à ella este devotissimo Prelado, y ella fue siempre su quotidiano alimento. Mas como esta luz del Cielo fue creciendo con la edad, nunca cessó hasta llenar de perfeccion el entero dia de su vida. Tenia mucha oracion, quando persona privada; tenia mas quando hombre de gobierno en Tarragona; pero muchissima quando Obispo.

Ya diximos en el cap. 5. la oracion mental, y vocal, que tenia cada dia con la Familia; su larga preparacion para la Missa; y su fervorosa accion de gracias despues de ella. Pero esta era como oracion pública, y destinada al exemplo, y edificacion de los domesticos. La que

era propria, y unicamente suya, se seguia despues de cena, que como esta era tan parca, no le impedia levantar el corazon à Dios. A esta oracion se entregaba sin medida, porque aunque nadie à punto fixo averiguó su duracion, pues nunca admitió en ella testigos de vista; sin embargo, todos los que moraron cerca de su Persona, singularmente los Pages de camara, que apenas dexan de rastrear accion alguna de su Dueño, asseguran que era mui larga, y ordinariamente de rodillas.

En esta oracion principalmente negociaba con Dios, representandole sus miserias, ofreciendole sus trabajos, consultandole sus dudas, è implorando los socorros de su gracia para acertar, y cumplir con las arduas obligaciones de su ministerio. Esta oracion no era manca, ni de solos afectos; passageros fervores, de quienes poco, ò nada queda, concluída la hora de oracion. Era pues
Thren. 3. v. 41. oracion de corazon, y manos, como nos la enseña, y manda el Profeta Jeremias,

mias, porque ponia constantemente por obra los propositos, que sacaba de la oracion. Se quejan muchos de las distracciones, y pocas medras en este santo exercicio, y no se quejan de que no cumplen lo que en él prometen, ni de lo mucho que se derraman entre dia en cosas contrarias, ò mal avenidas con la oracion. La continúa siempre, quien obra bien; y assi lo hacia el fervoroso Obispo, no desviandose en cosa alguna, que fuesse disonante à la perfeccion de su estado, y ministerio.

De esta oracion sacaba aquella prontitud, y grandeza de espiritu, con que emprendia, y llevaba al cabo las cosas del divino servicio. De la misma la perseverancia en una vida tan trabajosa, como la suya, sin aflojar con el tiempo, antes bien creciendo en la intension, y fervor, como en los años. De la misma aquella invariable igualdad de animo en todo genero de acontecimientos, ahora prosperos, ahora adversos, como se le echaba de ver, como en un espejo, en

residencia, si se acude à ella para cantar las divinas alabanzas. Assistia pues en el Coro todos los Domingos, y Fiestas, y en Quaresma todas las Ferias mayores; pero nunca con el bonete en la cabeza, y siempre sin casquete, menos al tiempo del Sermon, si no estaba expuesto el Santissimo Sacramento. Su modestia componia à los circunstantes, y su silencio era tal, que solo abria la boca para bendecir al Señor, à quien pedimos en el principio del Rezo, que nos despliegue los labios para alabarle. Cantaba acorde con los demás, pero mas acorde con Dios, acompañando con el corazon los afectos que respiran los sagrados Hymnos, y Psalmos, ya de temor, ya de gozo, ya de llanto, ya de alegria.

Finalmente pertenecen tambien à la oracion aquellas preces públicas, que llamamos Processiones, y se hacen, ò para pedir à Dios alguna gracia, ò para darselas por los beneficios recibidos, ò para renovar la memoria de algun Mis-

terio

terio de nuestra Redempcion, ò para exaltar el culto de la Santissima Virgen, y de los Santos. Cumplia el observante Prelado, con las que prescribe el Ritual, ò la costumbre; pero queria, que todas se hiciessen de dia, y ninguna de noche. Porque debiendose referir, y consagrar todas al honor, y gloria de Dios, Padre de las luces, y debiendose comenzar, y acabar en nombre de Jesu-Christo, que es luz del Mundo: le parecia cosa mui disonante, que se hiciessen de noche, enemiga de la modestia, puerta de la dissolucion, y capa de innumerables delitos. Sufrió por esta justificada providencia terribles contradicciones; pero tuvo firme, como coluna de hierro, y muro de bronce; y con el valor de su prudencia evangelica superó todos los esfuerzos de la mundana astucia, y tiros de la malicia.

Lo mismo, que recabó de las Processiones, procuró de las Novenas. En una de sus Doctrinas concedió quarenta dias de indulgencia à los que de dia acudiessen

diessen à la del Apostol de las Indias San Francisco Xavier, y ninguna à los que fuessen de noche. Hasta las fiestas, que se celebraban de dia, le gustaban mui poco, si eran de excessivo concurso, porque de ellas (tal es nuestra fragilidad, y miseria) sale ordinariamente ofendido el recato, y desatendida la piedad. Yo le oí estas formales palabras al acabar la Doctrina: *Ahora hijos, vosotros os ireis à visitar al glorioso Santo Thomás.* (Celebrabase entonces su fiesta en Vique con mucha magnificencia el Domingo de Passion.) *Os alabo por ello. Pero mirad, que no entreis en la Iglesia, si está mui llena, porque ya sabeis, que no me gustan las fiestas, en que se anda à empujones. Quedaos à la puerta, y desde alli rezad un Padre nuestro, y Ave Maria al bendito Santo; y despues idos enhorabuena à passear. Bien entendido, hombres con hombres, y mugeres con mugeres.* Con esta noble simplicidad, digna del zelo de un Apostol, era maravillosamente obedecido, y hacia increíble fruto en sus oyentes.

CAPI-

CAPITULO XIII.

DE LA MUCHA LUZ, QUE LE COmunicaba Dios en la oracion.

UNo de los dones, con que enriquece la divina Bondad à los que gobiernan, si solicítan el acierto por medio de la humilde oracion, es la anticipada luz de los sucessos futuros, ò para evitar el daño, que amenazan, ò para aplicar el remedio, que necessitan. Esta luz en general resplandeció tan clara en el gobierno del Venerable Don Raimundo, que casi se descubria con evidencia en todas sus disposiciones, principalmente en las mas graves, y dificiles; echandose de ver, que no se gobernaba precisamente por la prudencia de la tierra, sino mucho mas por la del Cielo.

En prueba de lo que digo traheré algunos casos, que me constan por el testimonio de Personas mui calificadas, y fidedignas, omitiendo otros, que no pu-

de averiguar à fondo, persuadido siempre à que la verdad es el alma, nobleza, y estimacion de la Historia. En cierto Lugar estando alli de Visita, encontró divorciados à dos Viejos. Llamóles aparte, y separadamente les exhortó à la union, y concordia, que pide el Santo Sacramento del Matrimonio, pero nada recabó de los tematicos Viejos. Mandó al Cura, que procurasse reducirles con suavidad, y dulzura: y se quedaron, no obstante, tan tercos, como antes. Dixole entonces el Varon de Dios: *Dexelos v. m. que quando menos piense, ellos le buscarán para lo mismo, à que ahora pertinazmente se resisten.* Assi fue, y no parece sino que el Venerable Obispo lo tenia previsto con la luz del Señor, con quien se entendia siempre, y con mas intension en las mayores dificultades.

Llamó una tarde à su Mayordomo, y le dixo con resolucion: *Vaya v. m. al Señor Gobernador, y digale de mi parte, que esta tarde à dos quartos para las tres han entrado por la puerta de Mayolas, y hos-*

hospedadose en la calle de la Ramada, tres Mugeres, que de ninguna manera conviene que vivan acá; y assi, que ruego à su Señoria las mande luego salir de Vique. Quedó espantado el Mayordomo, porque ni él, ni otro de Palacio tenian tal noticia, ni podian entender, como tan presto habia llegado à los oídos del Obispo, pues todavia no habian dado las tres. Obedeció no obstante, y fue à dar el recado al Gobernador. Mas como este no respondiesse à satisfaccion, y al Siervo de Dios se le abrasassen de zelo las entrañas, escribió lo que passaba al Capitan General. Y este, como si tuviesse presente la importantissima Ley de los Emperadores Honorio, y Theodosio, que se alega à la margen, alabó, como debia, el zelo del Obispo, reprehendió severamente la desatencion del Gobernador, amenazandole, que escribiría al Rey, si al punto no executaba lo que el Prelado disponia: y al punto lo executó. Ahora que en este caso fuesse su unica guia la luz de Dios, pa-

L. 8. Cod. de Episc. audit. & de var. cap.

ra ſaber tan preſto, y con tales circunſtancias, lo que humanamente no podia ſaber, me parece tan claro, como la miſma luz.

Deſpues de muchas, y ſoſegadas conſultas ſobre un punto de graviſſima conſequencia; y deſpues de haber practicado mui à tiempo todos los medios, que manda el Derecho, y pide la chriſtiana caridad, ſe vió forzado à deſcomulgar cierta Perſona, que aſombrada de un rayo tan temeroſo, ſe retiró luego à un lugar mui ſolitario. Nadie ſe atrevia à tratar con ella; pero dos Sugetos menos conſiderados fueron à verle, y uno de ellos, mas adulador, que corteſano, le dixo: Quando todos huyen de V.. noſotros le venimos à viſitar. Sorprendido al oir eſto el compañero, y remordiendole fuertemente la conciencia, ſe eſcapó luego que pudo de la caſa, y ſin parar, ni torcer camino, ſe fue volando al Obiſpo, para ponerſe en cobro. Mas el Siervo de Dios, antes de dexarle abrir la boca, le previno diciendo:

do: *V. m. viene ahora de visitar aquella Persona, de quien todos huyen*; y le refirió palabra por palabra quanto habian tratado los tres en aquella corta entrevisita. Al oir esto, quedó el pobre hombre tan atonito, y fuera de sí, que ni tuvo aliento para articular una palabra, ni valor para saludar, ni besar la mano à su Obispo. Tanta fue la turbacion de su animo, tanta la angustia de corazon.

A la misma particular luz de Dios, me parece que se debe reducir la seguridad, con que dixo al descomedido Page, de quien hablamos en el cap. 8. que no moriria tan presto, y que le acomodaria sin falta, antes de morir, como realmente le acomodó. A la misma aquella su tranquilidad de espiritu, y serenidad de rostro en los lances mas arriesgados, y que amenazaban horrorosas consequencias. Temblaban todos, mas el Siervo de Dios, ni aun de cara conocia al temor: atendiendo à las cosas de su alma, y buen gobierno de la Dio-

cesi

cesi con el mismo orden, y concierto, que si morára mas arriba del Olimpo. Y no parece sino que la soberana Magestad le estaba diciendo al corazon: Isai. 43. v. 1. & 2. *Noli timere, meus es tu. Cum transieris per aquas*, (en estas se significa la tribulacion) *tecum ero, & flumina non operient te.*

Por fin, esta fue la aprehension general de quantos le trataron de cerca, no pudiendo acabar consigo, sino que en muchas cosas era casi visible, que obraba con particular instinto, y luz de Dios. Y yo de buena gana añadiera, que lo mismo me parece à mi, segun lo que pude colegir de su interior en los muchos, y largos ratos, que en las dos Quaresmas logré de su confianza, y privada conversacion. Y que aquella continua repugnancia, que mostraba à la sangrienta accion de arrancarle la lengua despues de muerto, segun estilo, era como inspirada de Dios, el qual en ella misma le daba à entender, que no le sucederia, lo que tanto horror le causaba,

ba; como verdaderamente no le sucedió, por mas que se probó de muchas maneras. Esto, y mucho mas añadiera, à no tener presente, que en este, y en los demás puntos, es de poco, ò ningun momento mi dictamen.

CAPITULO XIV.

DE SU TEMOR DE DIOS, y delicada conciencia.

QUien mas conoce à Dios, mas le teme; y nadie le conoce tanto, como el que de veras se entrega à la oracion. La oracion es quien le descubre, y la que señala como con el dedo la grandeza, independencia, misericordia, justicia, y demás perfecciones de su divina Magestad, quanto es permitido en esta vida. Por esso la solicitud de nuestro Obispo nunca cessó de procurar, y mantener vivo en su alma, este conocimiento, y luz del Cielo, à fervorosas diligencias de la oracion. En ella se le

daba

dabá, à entender, quien es Dios, y quien es el hombre. En ella, quan graves eran las obligaciones de ſu miniſterio, y quan eſtrecha cuenta habia de dar de todas ellas al Principe de los Paſtores. En ella finalmente aprehendia en quan alto grado eſtaba, y quan à rieſgo de caer: y eſta conſideracion aſſombroſa le infundia tanto temor, que apenas le dexaban reſpirar las anſias de ſi cumplia, ò no cumplia con ſu deber. Y por mas que ſu vida era un continuo exercicio de buenas obras, ſe rezelaba de todas, y ninguna le parecia haber hecho, afanandoſe por lo que debia hacer.

La vehemencia de eſte ſanto temor ſe leía como en cifra en ſus confeſſiones. Convienen, los que mas le confeſſaron quando Obiſpo, en que nunca en toda ſu vida cometió pecado mortal: y con todo eſſo, eran tales los ſuſtos, y apreturas de ſu conciencia, tales los miedos, eſcrupulos, y compuncion de ſus confeſſiones, que no cauſaban menos láſtima, que confuſion, à los que

ſe

ſe las oían. Eſte trabajo lo padeció deſde muchacho, pero ſe le agravó ſobre manera, quando fue hombre de gobierno. Y es que la providencia le diſponia para Obiſpo, eſto es para Director de Directores de almas, y Medico de innumerables enfermos: y quiſo, que en ſus proprias afliccionės aprendieſſe à compadecerſe de los demás, y ſupieſſe por experiencia los medios, y remedios, que les habia de enſeñar, y aplicar, como ſabio, y exercitado Maeſtro. Y à la verdad ſalió tan dieſtro, y cabal Maeſtro de eſpiritu, que en todo el tiempo de ſu Obiſpado nadie le conſultó, que no ſe llevaſſe el mas oportuno conſejo, y ajuſtada medicina. Tanta, y tan práctica doctrina le valió el trabajo, y anguſtia de ſu afligida, y atribulada conciencia.

Hallabame yo en Tarragona, quando le hicieron Vicario General Apoſtolico: confeſſabaſe diariamente en nueſtra Caſa junto à la Sacriſtia, donde acudiamos los Novicios para ſervir las Miſſas, y nos cauſaba grande admiracion,

y no poca edificacion, ver quan contrito, y humillado ſe poſtraba à los pies del Confeſſor, los ſuſpiros que deſpedia, y las veces, que ſe le habia de mandar, que lo dexaſſe, y ſe fueſſe à decir Miſſa, la que ordinariamente decia en la Cathedral.

Era entonces ſu Confeſſor el Padre Franciſco Alemany, natural de Barcelona, Varon de ſimplicidad columbina, ſingular prudencia, y eſcogido moral. Eſte, como el Penitente era docil, le exercitaba de muchas, y diverſas maneras, pero ſiempre al compáz de la diſcrecion. Unas veces le reñia con aſpereza, otras le conſolaba con ternura, moſtrandoſe ya Padre amoroſo, ya reſuelto Juez. A ratos le oía à la larga, à ratos le atajaba, y deſpachaba apriſſa; no ſoltando, ni tirando demaſiado las riendas, para contenerle en un medio de razon. Eſcarmentado ſin duda en aquellos, que deſpues de haber ſido mui eſcrupuloſos, paran en relaxados, por haberles enſanchado la conciencia con

ex-

excesso. Unas veces le oía antes de decir Missa, otras se la mandaba decir sin oirle, añadiendo que le oiria despues. Y en todo el humilde Penitente le obedecia como un niño.

Por la experiencia de tan bellas partidas amaba tanto el Venerable Don Raimundo al Padre Alemany, que no quiso partir à Vique sin él; y los Superiores de la Compañia se lo concedieron con gusto, sin que el buen Padre replicasse una palabra, por mas que aquel clima en el invierno fuesse mui contrario à su avanzada edad, y achaques del pecho. Vivió poco en Vique, y el santo Obispo acompañó su muerte con muchas lagrimas, quando ninguna habia derramado, ni dado exterior señal de sentimiento en la de su hermano el Marqués; notable prueba del grande amor que tenia à su Padre espiritual. Y verdaderamente que le sobraba el motivo: porque descansaba enteramente en sus resoluciones, estando bien assegurado de su grande erudicion, y maduro juicio, y viendo por

otra parte, que era de vida exemplar, limpio de manos, è irreconciliable con la adulacion.

Aunque el Venerable padecia casi continua batalla de escrupulos, y temores, ninguna muestra daba de ello à la parte de fuera: mui al revés de aquellos escrupulosos figureros, que à cada passo menean la cabeza, y hácen gestos, ù otras exterioridades ridiculas, y por esso tal vez falsos escrupulosos, y verdaderos hipocritas, ò maniaticos. Las angustias de su conciencia solo las hacia presentes à la divina Misericordia, y al Confessor: con los demás se mostraba siempre tan racional, y sosegado, como si viviesse en la region de la paz. Sufria su cruz, y no la hacia pesada à los hombros agenos.

Visitabale Dios, como acostumbra con algun consuelo; mas este nunca entraba de manera, que el temor no quedasse dueño absoluto de su alma, hincandole sus clavos con tal violencia, que le tenia en casi continuo susto de

ofender à Dios. Este temor le abismaba à los pies de la soberana Magestad; este le aplicaba la espuela, y hacia andar aprissa en el camino de la virtud. Mas este mismo temor le infundia igualmente tales brios en las empressas del divino servicio, que una vez llegó à decir, *No desistiria de ellas, aunque encarassen à su pecho todas las artillerias del Mundo.* Y no lo admiro, porque como dice oportunamente San Juan Chrisostomo, no hay hombre tan animoso, y valiente, como el que tiene fixo en su alma el santo temor de Dios. Por mas que le acometan el hierro, el fuego, las bestias fieras, y el resto de los tormentos mas horribles, se reirá de todo, y no hará de ello mas caso, que de mosquitos.

CAPITULO XV.

DE SU RARA PRUDENCIA.

ESculado podrá parecer, que hagamos mencion de esta virtud en la vida del Venerable Don Raimundo de

Mary-

Marymon, quando toda ella, principalmente en el gobierno de su casa, y Obispado, no respira otra cosa, que prudencia. Sin embargo, quiero tratar de la suya, como de una prenda mui rara, admirable, y preciosa, diciendo primero lo que no fue, è insinuando despues lo que fue. Para lo qual no escribiré aqui, que en los dos Concilios Tarraconenses, en que se halló, presidido el uno por Don Manuel de Samaniego, y el otro por Don Pedro de Copons, Arzobispos entrambos de mui piadosa, y respetable memoria, su voto fue el mas consultado, y el mas seguido. Porque no es mucho que suceda assi, donde se busca puramente la verdad, que se considera tal à la vista de Dios. En lo demás es tan rara, como dificil la prudencia, y por esso diré primero lo que no fue la de nuestro Venerable.

Era de suyo mui capáz, y de grande penetracion. Habia visto, y oído mucho, y no ignoraba aquellas artes, que

el Mundo califica de prudencia, y San Agustin llamó infeliz astucia: porque calla, quando hay fuerte oposicion, y levanta la voz, quando todos son de su parecer. Galantéa el aire, que corre, y se acomoda con la opinion, que predomina, aunque esta intitule à lo bueno malo, y à lo malo bueno. Pues de esta prudencia espuria, y tan contraria al Oraculo del Espiritu Santo, como à la verdadera sabiduria, ni rastro tuvo el Venerable Don Raimundo; sabiendo por la canonica infalible voz del Apostol, que es muerte del alma, y enemiga de Dios. Assi que su prudencia no era de la carne, y sangre, sino de la que enseña en el Evangelio el divino Maestro, y tiene por fruto la vida de la gracia, y paz del corazon.

Sap. 7. v. 15.

Rom. 8. v. 6.

Tampoco era, como la de aquellos prudentes contemplativos, que reparan en todo, y nada reparan; que tienen siempre los expedientes en consulta, y la resolucion en idéa: largos de vista, y cortos de brazo, y por esso de manera

pru-

prudencia: Conocen lo que les cumple hacer, mas les falta el animo para executar. Y para esconder esta su baxeza, pretextan inconvenientes, que solo son perjudiciales à sus interesses, ò à su ambicion. Miserables hombres! Mucho mas les valiera ser ciegos. No era pues la prudencia de nuestro Venerable como esta cobarde, omissa, y delinquente prudencia, y por esso indigna de tener tan honrado nombre. Era pues de ojos, y manos; de conocimiento, y execucion, y por esso tan rara, como verdadera, y evangelica prudencia.

Amos 5. v. 13. Isai. 56. v. 10. & 62. v. 7.

Sabía callar, quando el silencio era virtud; mas quando convenia à la gloria de Dios, no era tan mudo. Levantaba la voz hasta el Cielo, aunque ella fuesse disonante à la tierra. Tomaba el punto, no à lo que dice el Mundo, sino à lo que dirá el supremo Juez al fin del Mundo: y por esso aunque no consonasse con los hombres, consonaba con Dios, y no le daba *silencio*, sino primorosa harmonía. En cierta ocasion de empeño

peño le escribió un Personage de distincion, que mirasse que la prudencia es virtud cardinal; y le respondió el magnanimo Don Raimundo, que tambien lo es la fortaleza, y de la misma classe, que la prudencia. Y cierto es tan de la misma, que sin ella la prudencia no es virtud, sino vana especulacion.

Nada emprendia sin antecedente, y larga consulta con hombres doctos, pero precediendo siempre la consulta con Dios en larga, y fervorosa oracion. Nada por tema, sino por la obligacion de su cargo. Nada por su honor, y gloria, sino por el honor, y gloria de la divina Magestad; en cuyo tribunal serán reprobadas como bastardas, las que el Mundo califica de legitimas escusas. A los rayos pues de esta soberana luz examinaba su deber, y descubria las calidades de la verdadera prudencia, sufriendo lo que ella cuesta con la viva consideracion de lo que vale. Sabía bien, que habia de ser fiel, y prudente, si queria merecer la aprobacion del Salva- Matt.24. v. 45. & 46.

 dor:

dor: y para obrar con prudencia toda la vida, le guardó fidelidad hasta la muerte. A esta prudencia no la medía por la seguridad del sucesso, sino por la precision de su oficio. Cumplia pues con su oficio, y remitia el sucesso à la Providencia. No corre à cuenta del General la victoria, sino el buen orden, y manejo del Exercito. Al Angel le toca la direccion, y no la salvacion del que Dios encargó à su custodia. Assi procedia nuestro Venerable. Si lograba el fin daba rendidas gracias al Señor; si no lo conseguia, se conformaba con su santissima voluntad, persuadido à que ni à él, ni à otros les pide Dios la curacion, sino el cuidado.

No se le escondia, que los hijos de este siglo le tenian tal vez por extravagante, y aun por tematico, è imprudente. Pero respondia con el Apostol: *Si yo tratasse de complacer à los hombres, no seria Siervo de Christo.* Sea enhorabuena tenido por loco; que si obro segun Dios, es mas sábia esta locura, que toda la sabiduria

Galat. 1. v. 10.

duria de los hombres. Pablo fue tenido por dementado, Christo por furioso; y no de los estraños, sino de los que debian ser mui suyos. Pues quien se correrá de parecerse à tan divinos exemplares, sino quien se corre de ser discipulo del Señor, y nada siente, que el Señor se corra de reconocerle por suyo delante de los Angeles? De la terrena prudencia es Juez el Mundo; pero de la evangelica no lo es otro, que el soberano Juez de aquel Tribunal, que ni al de la Misericordia tiene, ni admite apelacion. Marc. 3. v. 21.

Con esta prudencia se abrazaron estrechamente los Ambrosios, los Basilios, los Chrisostomos, los Thomases, y todos los Padres de la Iglesia, por mas que alguna vez el Mundo les trató de temerarios, imprudentes, y aun de sobervios. Y con esta misma procuró abrazarse el Venerable Marymon, dixesse lo que dixesse el Mundo. Que los tiros, y balas no dan en los cobardes, y fugitivos, sino en los que defienden la Grey, que

Dios les encomendó, y son firme muro de su Casa. Que les hieran, que les derriben, que les igualen con el suelo, esto mismo es credito de su constancia, y por consiguiente de su evangelica prudencia.

Ni piense alguno, que nuestro Venerable solo era prudente en las cosas grandes: lo era tambien en las medianas, y minimas, y con igual cordura, que en las mayores. Quando alguno de la Familia faltaba à la oracion, en llegando la hora de comer le enviaba à decir, si estaba bueno, ò sentia novedad en su salud? Fuerte, y suave medio, para que se corriesse, y enmendasse de su falta. Deteniendose en si ordenaria à uno, de quien le informaban, ser algo aficionado à cazar, y diciendole el Secretario: Por tan poca cosa se detiene V. S. Ilma? Le respondió: *Quando à mi me dicen algo, mas que algo será.* Quejabanse con él de su Retor ciertos Feligreses injustamente, porque el acusado cumplia mui bien con su obligacion.

cion. Y deſpues de haberles oído con el ſoſiego que acoſtumbraba, les atajó diciendo: *Pues que vueſtro Cura es tan ruin, que no quiere jugar, ni fumar con voſotros?* Dióles en lo vivo, y en la raiz de la acuſacion, y con eſto deſiſtieron.

Varias veces hacia preguntas, que parecian deſacordadas, è impertinentes, y ſe hallaba al fin, que eran ſobre manera prudentes. Supo en tiempo de la Viſita, que un hombre de guerra vivia en cierto Lugar con graviſſima ofenſa de Dios. Y como huvieſſe procurado que le ſacaſſen de alli, y con él, el eſcandalo; no acababa de creer el Prelado zeloſiſſimo, que huvieſſe ſalido. Para ſalir de ſu congoja, y averiguarlo con la debida cautela, iba preguntando à quantos encontraba, como por via de converſacion, ſi la Tropa habia ſalido de los demás Lugares, corriendolos todos haſta que lo preguntó del que le daba tan fiera peſadumbre. Y como le dixeſſen, que tambien hab ſalido de aquel Lugar, ſe le ſerenó tablemente el roſtro, mudó de co

fac

ſacion, y deſpues ſe ſupo el motivo. O que la prudencia evangelica nunca ſe ſepara de la fidelidad: y como eſta ſe prueba en lo maximo, y lo minimo; en lo miſmo ſe conoce tambien la evangelica prudencia.

CAPITULO XVI.

DE SU FE, Y CONFIANZA en Dios.

EL glorioſo San Bernardo dice, que quando vieremos alguno, que es diligente, y activo en el exercicio de las buenas obras, y que anda ſantamente alegre en el fervor de la vida, de ninguna manera pongamos duda en ſu viva fé. Quien trató de cerca à Don Raimundo de Marymon, no puede menos de verle retratado en eſta ſentencia de San Bernardo: porque en ſus acciones publicas, y privadas, nunca fue remiſſo, deſcuidado, ni moroſo; ſino pronto, vigilante, y executivo. Eſta fé, que ſe hacia

hacia reparar en la constante série de sus buenas obras, resplandecia mucho mas en las funciones sagradas de Missa, oracion, rezo, y administracion de Sacramentos: porque las obraba todas con tal pausa, atencion, y reverencia, como quien tenia presente la soberana Magestad de nuestro gran Dios.

De aqui se derivaba su fé à las demás acciones suyas, siendo el mismo todos los dias, y estando siempre pronto, y dispuesto à executar lo que le mandaba el Señor. Y esto sin el menor indicio de congoja, ni fatiga; sino con tanta paz, y suavidad, que bien se echaba de ver el superior espiritu, que gobernaba su alma. Un rato de conversacion suya valia por licion espiritual; aunque en esto era tan economico, que nunca lo gastaba sin justa causa, codicioso del tiempo, que tantos inconsideramente desperdician. Debíle mucho, y no le traté vez alguna, que no saliesse edificado, y aun enseñado de sus santas palabras. Oíle mui importantes documentos, y no

quie-

quiero callar el que se sigue, porque espero que será de gran provecho. Hallabame yo, à peticion suya, y por mandado de la obediencia, predicando la Quaresma de la Cathedral; y era por la bondad de Dios tan bien oído, que se seguian las confessiones, como suelen seguirse à una Mission. Complaciase en ello el santo Prelado. Pero atento no menos al bien del Predicador, que à la conversion de los Oyentes, me dixo varias veces, inflamado el rostro, y pene-
2. Cor. 3. v. 5. trante la voz: *Non sumus sufficientes cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est.* Saludable aviso, de que no puedo acordarme sin grave susto de haber sido ladron de la divina gloria: atribuyendome à mi, lo que era pura merced de la liberalidad del Señor.

Que diré de la grande esperanza de nuestro Venerable? Que arrimo, ni apoyo tuvo en lo mas arduo de sus empressas, que ancora en las desechas tempestades, y que asilo en todo genero de

tri-

tribulaciones, sino su filial recurso à la proteccion de Dios, que nunca desampara à los que confian en él? Esto, aunque no lo diga yo, lo está diciendo su misma vida. En cierta ocasion, hablandome de la exhortacion, que habia hecho à una persona pusilanime, de aquellas que estrechan demasiado el camino del Cielo, y luego piensan que todo está perdido, concluyó assi: *Yo espero salvarme.* Y al punto, encendido el rostro como unas asquas, añadió con ardiente, y animada voz: *Y creo que me salvaré. Sin embargo &c.* Hizome tal impression el fervor, y tono, con que lo dixo, que juzgué entonces, y soy ahora del mismo parecer, que rebosaba por la boca la esperanza de que estaba lleno su corazon, segun el oraculo de la Magestad de Christo: *Ex abundantia cordis os loquitur.* Matt. 12. v. 34.

De esta confianza en la infinita Bondad de Dios le venia aquella anchura de pecho, con que recibia los pecadores, aunque fuessen escandalosos, y rematados,

dos, y esto especialmente en las Visitas de la Diocesi: à los quales exhortaba, y reducia, animandoles con esta confianza, y recabando de ellos lo que no habia podido recabar el zelo, y aplicacion de los Curas. Y es que en las dulcissimas entrañas de su caridad veían como un retrato de la divina Misericordia, y tocaban como con las manos, no el ceño pharisaico, sino la paternal compassion, con que se dolia de sus llagas, y les aplicaba el remedio con blandura. Movidos pues, y casi arrebatados de tan amorosa benignidad, lloraban amargamente sus culpas, y se dexaban sin reserva en las manos de tan caritativo Pastor.

De la misma confianza en Dios procedia aquella su propension, y rara facilidad, no solo en dar limosna à los que se la pedian, sino tambien en aumentarla, quanto mas crecia el numero de los pobres, por la estrechéz, y penuria de los tiempos. Como si anduvieran à competencia la miseria, y la misericordia,

quedando esta siempre vencedora, y aquella tan consolada, como vencida. Y cierto que si por una parte se considera, que mantenia con decencia toda la Familia; que siempre se costeaba el viaje, y alguna vez todo el gasto de la Visita; y por otra se repara, que no son pingues las rentas de aquella Mitra: que buen juicio no se verá obligado à concluir, que no pudo dar cabo à tanta limosna, sino movido, y aun socorrido de la confianza en Dios? En Dios, buelvo à decir, que sabe sacar miel de la piedra, aceite de la peña, y abundante cosecha del campo, que nunca se sembró: el Mayordomo, que era mui advertido, y nada facil, reparó una vez, que sin haver añadido provision, se habia aumentado el granero, y se lo dixo à su Amo; pero el Siervo de Dios, no se dió por entendido, y mudó de conversacion.

CAPITULO XVII.

[illegible] DESTIA.

[illegible] despues de
[illegible] esperan-
[illegible] Obis-
[illegible] que
[illegible] consi-
[illegible] corona
[illegible] y
[illegible] mas re-
[illegible] mas al-
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] tiempo tan [illegible] que to-
[illegible] el
[illegible]
[illegible] maqui-
[illegible] quiza la
mas

mas terrible) la altura del nacimiento, ſutileza de la ſangre, gallardía de la preſencia, y belleza de roſtro. Mas à todo ſe moſtró incontraſtable aquel valiente eſpiritu: mantuvo intacta la azucena de la caſtidad, ſiendo buen olor de Chriſto en todo lugar, à imitacion del Apoſtol. Se auxiliaban de continuo ſu caſtidad, y oracion. Eſta le iluſtraba el alma, y aquella como criſtal limpio, recibia de lleno los rayos de ſu luz.

Por ſu rara modeſtia, antemural de la caſtidad, porque la defiende de innumerables peligros, ſe podrá colegir el zelo, y eſtimacion, que mereció al ſanto Obiſpo eſta angelical virtud. Siendo niño prefirió ſiempre el recogimiento, y eſtudio à los juegos, y traveſuras de aquella edad, no dando mas tiempo, que el regular à las diverſiones, que de ſuyo ſon inocentes. Confeſſar, y comulgar à menudo, ſervir las Miſſas, y aplicarſe con cuidado, y teſon à las letras, eran ſu principal ocupacion. Creciendo en edad, creció tambien en el amor de

 eſta

esta virtud, y siendo Canonigo, Arcediano Mayor, y Vicario General Apostolico en Tarragona vivió quanto se lo permitia el oficio en un sumo retiro sin visitar, ni ser visitado de mugeres, ni de esta, ni de aquella classe.

Esta misma abstraccion la guardó severissimamente quando Obispo, porque en su Palacio nunca entró muger alguna, ni aun à titulo de lavandera, menos aquellas que querian ser Monjas: porque entonces, como à todas las queria examinar en la vocacion, y salud, como diximos en el cap. 7: era forzoso que entrassen en Palacio, y el modo era este. Desde la primera puerta interior hasta la sala, donde esperaba el Siervo de Dios, de tal suerte tenia apostados, y distribuídos los Pages, y Capellanes, que mutuamente se viessen, y le viessen. Entraba entonces la Pretendiente del Velo con una compañera proporcionada; y el buen Prelado con breves, y compendiosas preguntas, dispuestas con la debida gravedad, y suavidad, se infor-

maba del origen, y fin de su vocacion, y de la experiencia, que ella misma tenia de su robustéz. Haciale dar algunos passos de ida, y buelta, mover, y levantar los brazos ya ácia la cabeza, ya ácia las espaldas, para averiguar si estos eran agiles, y aquellos firmes. Y quedando satisfecho de todo lo que era necessario, y dandole algunos buenos consejos con su paternal bendicion, la enviaba en paz, acompañandola dos Capellanes hasta la escalera. Assi lo practicaba con todas, fuessen, ò no fuessen de distincion, para el Coro, ò para Legas, porque igualmente era Pastor de todas.

Tambien es cosa cierta, y notoria, que siendo Obispo nunca visitó à muger alguna, menos à dos Deudas suyas, una de doce, y otra de catorce años, que fueron desde otro Obispado à despedirse, y tomar su bendicion, para entrarse Monjas del Gran Patriarca San Benito en el Real Convento de San Daniel extra muros de la Ciudad de Gerona, donde hoy viven, no menos hermanas en el

espi-

espiritu, que en la sangre, y que no saben hablar de su Obispo pariente, sino con suma veneracion. Pues ellas, y todo Vique juzgaron entonces, que solo las visitó, porque se consagraban à Jesu-Christo: honor, y dicha, en que las habian precedido quatro hermanas, de las quales, quando esto escribo, viven las tres: bonificando todas la discreta, y devota sentencia del Doctor Maximo: *Sancta virginitas fructus est nuptiarum.*

En la Visita Pastoral de las Monjas, que hacia à sus tiempos, las oía à todas en particular, sin fixar los ojos en ninguna, segun el cuerdo, è importante documento del citado Doctor Maximo. En estas Visitas despachaba presto, y llevaba la mano blanda. Y como cierto Eclesiastico le hiciesse cargo de ello, respondió, que muchas cosas, que en ellas parecen faltas, mas son fragilidades del sexo, que efectos de la malicia.

Nunca entró en Convento alguno de los cinco que hay en el Obispado, ni las fue jamás à visitar, sino quando lo pedia

la

la obligacion del oficio; ſiguiendo en eſto la práctica de San Aguſtin, del qual refiere Poſidio, que no iba à Convento alguno de Monjas, ſino en caſo de pura neceſſidad.

En la adminiſtracion del Sacramento de la Confirmacion es tambien conſtante, que nunca miró en la cara de alguna muger; que en las veces innumerables, que lo adminiſtró en la Viſita, y en la Capilla, es coſa que pone admiracion. Pero eſta miſma modeſtia, junto con la gravedad, y reverencia, con que lo adminiſtraba, de tal ſuerte componia, y tenia à raya el concurſo, aun quando era mui numeroſo, que en ninguno de tales actos ſe atrevió à introducirſe la riſa, ni el menor deſorden. Antes al contrario, guardaban todos tanto ſilencio, que no parecia concurſo de Seculares, ſino una ſagrada ordenacion de Cartuxos. Tanto puede con las ovejas, y ſubditos el exemplo de ſu Cabeza, y Paſtor; y de tanta edificacion ſon las coſas ſantas, ſi

ſe tratan con la debida ſantidad.

Mas que mucho, fueſſe tan recatado con toda eſpecie de mugeres, el que lo era en extremo conſigo miſmo? Nadie le vió, ſino decentemente veſtido, porque para deſnudarſe, y veſtirſe, nunca admitió Page, ni Criado. Haſta en la enfermedad de ardor de orina, que le fatigó mucho, y al fin le mató, nunca permitió, que el Page de camara le miniſtraſſe el vaſo correſpondiente, ſiendo en tal caſo tan frequente, y peſado ſu uſo. Y quando ya no ſe podia valer, no queria que ſe lo ſirvieſſe, haſta tener entera ſeguridad de una total excluſiva del regiſtro. Viven todavia los que ſon oculares teſtigos de eſte puriſſimo recato, y no pueden acordarſe de él, ſin grande aſombro, y edificacion.

Que diré de ſu mortificacion de ſentidos, negados à todo genero de diverſion, y guſto; medio admirable para mantener la caſtidad? Que de ſu religioſo amor al eſtudio de la ſagrada Eſcritura,

critura, y Libros santos, que segun San Geronimo, son el defensivo de esta virtud? Que de su humildad profunda, y que los Santos Padres contemplan compañera inseparable de la pureza de cuerpo, y mente? Que finalmente de la fuga del ocio, mortal enemigo de esta hermosura del espiritu? Todas estas partidas concurrian en el castissimo Prelado, y nada se veía en él, que no oliesse à una mui delicada castidad. El candor de los ojos, la sobriedad de la boca, la gravedad de las palabras, y la moderacion de sus acciones, todos eran indices de un cuerpo sujeto enteramente à los dictamenes del alma, y de una alma, que tenia mas comercio con los Angeles, que con los hombres; cumpliendo con lo que debia à los hombres, sin dexar por esso de ser familiar à los Angeles.

CAPITULO XVIII.

DE SU PROFUNDA HUMILDAD.

CAstidad sin humildad es edificio sobre arena, que al primer viento de una recia tentacion, se convierte en ruína. Pero apoyada, y defendida por la humildad, permanece tan segura, como fundada sobre firme piedra. Por esso el Venerable Marymon fue tan casto, como humilde. En los assumptos arduos nunca partia de carrera: siempre le retardaban la resolucion dos consultas, como ya diximos. Era la primera con Dios en su larga, y fervorosa oracion, considerandose en ella, como un niño, que no sabe la entrada, ni salida de los negocios, y esperando unicamente la luz, y guia del que tiene el acierto en su mano. La segunda con hombres doctos, y llanos, y que no decian su parecer, sino segun lo que sentian delante de Dios. Estos buscaba siempre el humilde, y cuerdo Prelado, y la divina

Providencia siempre se los deparó.

Aunque era de gran caudal, y penetracion, versado en buenos libros, y nada forastero en el trato con personas mui instruídas, pues toda su vida las trató, fue mui amigo de pedir consejo, recibiendole con igual estimacion, quando era contrario, que quando era favorable à su dictamen. No queria salir con la suya, sino con la de Dios. Tenia invisceràda la resolucion canonica, y mucho mas la divina autoridad, *Ne innitaris prudentiæ tuæ*, en que ella se funda; y assi estaba mui lexos de tenerse por prudente. Prov. 3. v. 5.

Nunca emprendió pleito, sin que antes le asegurassen de la justicia de su causa, los que tenian obligacion de conocerla. Si lo ganaba, daba rendidas gracias al Señor; mas si lo perdia, (que no es cosa desusada, tener buena causa, y perder el pleito) se conformaba con la divina voluntad: quedando tan contento, como si lo ganára, pues en todo caso ya ganaba el merito de la paciencia.

ciencia. Sabía mui bien, que las suertes están en las manos de Dios; y fuessen las que fuessen las suyas, adoraba la soberana mano.

De sus dictamenes, por suyos, hacia tan poco caso, como de su nobleza, pues siendo como era de ilustre cuna, nunca dió à entender que lo fuesse, ni hizo presa de su juicio. Oíle alabar à muchos, pero à sí proprio nunca se lo oí. Tratéle con bastante familiaridad, porque le debí un gran cariño: pero confiesso con verguenza de mi cara, que nunca le tuve por hombre de muchas letras, hasta que la experiencia, à pié forzado, me lo mostró. Tan lexos estaba de hacer del docto, siendo tan sabio. Preciabase solo de saber à Christo crucificado, no tanto con palabras, como con obras. Para dar peso à lo que decia en sus Sermones, y Doctrinas, siendo tan relevante su autoridad, y concluyente la razon, se quitaba la gloria à sí proprio, para darsela al Autor, que producia, añadiendo: *Y esto*

lo no penseis que sea de mi cabeza, no lo digo yo, sino (v. g.) *que lo dice el Padre Señeri*, (este era el Autor, que alegaba con mas frequencia) *que fue un hombre santo, un Predicador apostolico, un gran Missionero.* Lo mismo hacia con los demás Autores.

Daba gracias à los que le avisaban sus faltas, como San Juan Chrisostomo à los que le dixeron, que era prolixo en sus exordios. Como antes de ser Obispo no se habia exercitado en predicar, ni enseñar la Doctrina, y despues obligado de este oficio consiguiente à la Dignidad, y que el Tridentino lo llama *el principal de los Obispos*, lo emprendiesse con tantas veras, como de San Carlos Borromeo lo advierte San Francisco de Sales: era natural, que cometiesse algunos defectos. Conocialos su perspicacia, mas no se detenia por esso; persuadido à que para este ministerio, salva la bondad de la doctrina, mucho mas sirve el fervor del espiritu, que sale de la oracion, que todas las leyes de

Sess. de Reform. cap. 2.

la Oratoria. Sin embargo, como era justo, que deseasse hacerlo bien, preguntó un dia à uno de sus Curas, que le parecia? Y este le respondió con abertura: (que al humilde todos se atreven à decirle la verdad) Se va enmendando V. S. Ilma. mejor lo hace ahora, que al principio. Si prosigue, lo hará mui bien. Estimó el Siervo de Dios estos avisos; rogóle que se los continuasse; y fueron mui celebradas en la Diocesi de Vique, y fuera de ella, la humildad del Obispo, y la gallarda entereza del Cura.

Decia mui à menudo, y con notable ingenuídad: *A mi me cuesta mucho esto poco, que hago; pero mientras sirva de algo, estoy contento.* Y verdaderamente sirvió tanto, que ni el Pueblo se cansaba de oírle, por largo que fuesse en la Doctrina, ò Sermon, ni en su tiempo huvo Predicador alguno en su Obispado, que hiciesse igual fruto. Y es que no solo predicaba la energía de su voz, ni lo respetable del Pectoral, sino mucho mas el exemplo de su santa vida, que era

un

un perpetuo, y eficacissimo sermón.

Essa misma humildad le socorria, quando era menester, con brios, y fortaleza de animo, porque la desconfianza de sí proprio iba siempre auxiliada de la confianza en Dios: que en la union de estos extremos consiste la humildad evangelica; y de su firme concordia sale la heroica magnanimidad. Esto quiso significar el Apostol, diciendo por una parte: *Nada soy*. Y por otra: 2.Cor.12. v. 28. & Philip. 4. v. 3. *Todas las cosas puedo, confiado en el Señor, que me da alientos para todo.* Y semejante à esta humildad magnanima fue la de este Venerable Obispo. Mirandose à sí mismo, era para nada; pero confiando en Dios, era para todo. Y sirva esto de desengaño, si lo quisieren tomar, à los que imaginan, que la humildad es baxeza de animo, ò que los humildes son de cobarde corazon; que yo veo, à la luz de la mas cierta historia, que nadie entró en mas dificiles empressas, ni salió tan felizmente de ellas, como los verdaderos humildes.

Tenia especial gusto en oir predicar en castellano, como varias veces me lo dixo; pero atendiendo al Decreto del Concilio Tarraconense, mas que à su gusto, nunca permitió, que en su Obispado se predicasse en otro idioma, que el catalán. Propusieronle diferentes razones, se aplicaron mediaciones, mas todo en vano. No ignoraba, que era notado, y aun murmurado, por esta que los inconsiderados llamaban extravagancia: pero no se le daba nada, respondiendo à toda contradiccion
1. Cor. 4. con el Apostol: *Ningun caso hago del jui-*
v.3.& seq. *cio del Mundo, y solo temo el juicio de Dios.* Pidieronle en cierta ocasion, que dispensasse en esto por una sola vez con el Superior de una Religion, à la qual amaba entrañablemente, porque era forastero, y no sabía la lengua del país. *Pues que no le pongan en tal país, ni en tal empleo*, respondió con mucha paz; y de ninguna manera dispensó. Fidelissimo con la ley, no quiso cargar con delitos proprios, por complacer al gusto de los oídos agenos.

CAPI-

CAPITULO XIX.

DE SU POBREZA DE ESPIRITU.

LOs Santos Padres de tal suerte entienden, y tratan aquella sentencia del Salvador: *Bienaventurados los pobres de espiritu*, que igualmente la aplican à la humildad, que al desapego de los bienes temporales. De este desapego pues tratarémos ahora, porque en este Siervo de Dios, que habia nacido Señor, y se hallaba entonces en tan elevada cumbre, circunstancias, que parece se resisten à una, y otra virtud, no fue menos notable, que su humildad.

Fue pues tan pobre nuestro Obispo, que segun la regla del Apostol, no tuvo mas en este Mundo, que el sustento, y vestido; y con ello se contentó: absteniendose por eleccion de toda pompa, regalo, y opulencia, como los mendigos por necessidad. Su mesa era vulgar, y comun, como se refiere de San Agustin. Ni aun el dia de San Raimun-

do Nonát, que era ſu glorioſo Patron, aunque ſe aumentaba, y mejoraba la limoſna à los pobres, no ſe mejoraba la meſa del Obiſpo, ni de la Familia. Subſtituía la viſita, que aquel dia hacia al Santo en ſu propria Igleſia, à la corriente gula, y oſtentacion. Al Cocinero daba poco que hacer, porque habiendo cumplido con la ſazon, no tenia que contar con la delicadeza del paladar, ni extravagancias del apetito. Comia el exemplar Obiſpo para trabajar, y no para darſe à regalada vida. Quizá por eſta razon nunca convidaba à comer, ſino quando lo pedian la caridad, ò urbanidad: y entonces ya ſabía el Mayordomo, que eſta habia de ſer cumplida, y aquella generoſa.

La pobreza de ſu interior veſtido, como eſte no era comun con la Familia, era mui ſuperior à la de la meſa. En el tiempo que fue Obiſpo, nunca ſe puſo camiſa nueva, trayendolas ſiempre viejas, y remendadas. Y quando eſtas, que no podian durar mucho, no eſ-

taban de ſervicio, ſe ponia las nuevas, que ya muchas veces habia llevado la Familia. Si el humilde Prelado entendia eſta, que à los ojos del Mundo parece gran diſonancia, que paciencia! Sino la entendia, que candor de eſpiritu!

Deſde que fue Vicario General Apoſtolico, haſta que dió el alma à ſu Criador, traxo ſiempre un miſmo jubon; y era de ropa tan ordinaria, como la que ſuele uſar el vulgo. Quantas veces ſe habria remendado, y recoſido? Lo dexo à la conſideracion del Letor. Todo lo demás de ſu interior veſtido era de ſuyo pobre, y ſalpicado de remiendos. Aconteció varias veces, que de dos piezas mandó hacer una, porque ni una, ni otra podian aguantar mas. Imitó en eſto à Santo Thomás de Villanueva, Arzobiſpo de Valencia, que por no gaſtar en mangas nuevas, de unas calzas viejas ſe mandó hacer mangas. Nunca ſiguió à la que llaman *Moda*, viſtiendo ſiempre al uſo antiguo.

Sus

Sus medias en invierno, y verano, eran de lana, y tan basta, que las distinguia mui poco de las que vulgarmente llamamos de *Municion*. Los zapatos llanos, y ramplones, prendidos de un boton del mismo cuero, como los trahen los Jesuitas. Por abreviar, el que en su primera edad habia rozado sedas, y galas, en fin como hijo de quien era, ahora siendo Principe de la Iglesia, iba tan mal arropado en lo interior, que quitado el vestido episcopal, nadie le distinguiera de un mendigo. Confusion, y exemplo grande de los que votaron pobreza, y se corren de vestir como pobres. Como si el lucimiento no fuesse tan improprio de la mortaja, que esso es todo habito religioso, como el aseo del cilicio.

Su cama distaba poco de las que se usan en los Hospitales. Se reducia à dos colchones, sabanas, y almohadas comunes, y dos mantas de lana tan grossera, como las de la infima plebe. Alguna vez se reparó, que él mismo recogia las hilachas,

lachas, que se caían de los colchones, (que tales serian ellos!) y las bolvia à su lugar: sin que por esso ni mandasse, ni permitiesse jamás, que se renovassen. En tan ordinaria, y pobre cama durmió Don Raimundo de Marymon, todo el tiempo que fue Obispo, y en ella murió!

En su Palacio (digo lo que ví por mis ojos) no habia halajas de valor, ni otra plata, que la que ya tenia, siendo Arcediano Mayor de Tarragona, y se completaba en un velon, tinteros, y doce cubiertos. Cucharas de plata tambien las tenia San Agustin, sin menoscabo de su espiritu de pobreza, como refiere Posidio. El primer coche, que usó, fue regalo de su hermano el Marqués, quando tuvo la complacencia de verle consagrar en Barcelona; y no lo continuára, bien que con un solo par de mulas, como diximos, sino le huvieran obligado las instancias de Personas de autoridad, y el voluntario trabajo, de que hablarémos al fin. Pero el era tan vul-

vulgar, y deslucido, que claramente daba à entender, no servia à la pompa, sino à la necessidad.

Pero como todas las virtudes quieren modo, y deben subordinarse à la prudencia, esta pobreza del Obispo de ninguna manera se estendia à la Familia. Toda ella, alta, y baxa, en lo interior, y exterior, vestia con la correspondiente decencia. Tampoco se estendia à su ropage exterior: porque aunque no era de seda, à imitacion de San Carlos *Borromeo*, tampoco era de corte despreciable, sino mui proprio, y que hermanaba en sí la modestia eclesiastica, y la Dignidad episcopal. En este vestido no queria remiendo alguno, diciendo con gracia, que no era Capuchino. Parecia Obispo, mas no Señor al estilo del Mundo, guardando todos sus fueros al *Decoro*. Mucho menos se estendia à los Pontificales, que los tenia ricos, y de buen gusto; mostrando en ellos su amor, y reverencia al culto divino, como diximos en el cap. 4.

En su Palacio nunca consintió que se hiciessen obras, que no fuessen del todo necessarias. Y porque en ausencia suya dispuso el Mayordomo; que se mejorassen la puerta, y el zaguan, porque à su parecer, y lo tenia mui bueno, estaban indecentes: le reprehendió despues, diciendo, que aquellas obras se habian hecho à costa de los pobres. Tan aprovechado era para estos, como un avaro para sí; impidiendo qualquier extravío, sin admitir en ello parvedad de materia.

A los principios de su Obispado le presentaron variedad de regalos, quizá expressiones de la atencion, ò liberalidad, quizá tentativas de la codicia, ò ambicion, que todo cabe en la muchedumbre de los afectos humanos. Pero ninguno admitió, viniesse de donde viniesse; y solia añadir alguna vez: *Timeo Danaos, & dona ferentes.* Y porque para el total credito de la casa no basta, que Eliseo sea limpio de manos, sino lo es tambien Giezi: tenia severamente man-

dado à la Familia, que de nadie recibiessen regalo alguno, por ningun titulo, con apercebimiento de que al que se le probasse lo contrario, sería luego despedido. Y con razon, porque aunque la lepra no se pegue al Dueño, obscurece no obstante su buen nombre, si no zela en efecto, que tampoco se pegue à los de su casa.

CAPITULO XX.

SU DESAPEGÒ DE LA CARNE, y sangre.

ESte es el orden, que prescribe el Salvador en su Evangelio, à los que quieren entrar en el camino de la perfeccion: primero dexar los bienes temporales, que cuesta menos; y despues los Padres, Parientes, y Deudos, que de su naturaleza cuesta mucho mas, porque en los que tienen sangre, viene à ser lo proprio, que dexarse à sí mismos. Y este mismo orden siguiò yo en

la vida de tan venerable Obispo. Vimos ya su desapego de los bienes temporales: veremos ahora el de sus nobilissimos Parientes, mui conforme à lo que dispone el sagrado Concilio de Trento, el qual llama à este desordenado amor à la carne, y sangre, *Seminario, que llena de males à la Santa Iglesia.* Sess. 25. cap. 1. de Reform.

Atento pues el fiel Obispo à una prevencion tan importante, miró en este punto à sus Parientes, como si no fuessen suyos. Nunca les dió cosa alguna, ni admitió su mediacion, ni hizo gracia à su contemplacion. Porque la que notamos en el cap. 7, no se concedió al mediador, sino al merito del recomendado. Ni de este desapego, que à los ojos del Mundo parece ingratitud, y tal vez inhumanidad, se ofendió jamás su ilustre Casa; antes bien edificada de la entereza de Don Raimundo, desde el desengaño de Tarragona, que referimos en el cap. 8, y persuadida al mismo tiempo, que mas honor le hacia un Obispo santo, que un Eclesiastico bizarro, y con-

 tem-

templativo: resolvió no cansarle más en este assumpto, dando el primer exemplo el Marqués Don Joseph, que era como el Padre de todos sus hermanos.

Tampoco se acordó de regalarles por titulo de cariño, memoria, ù otro pretexto, de los quales facilmente halla muchos la carne, y sangre, y la turba de los aduladores halla luego hermosa capa, que ponerles, llamandolos expressiones de un animo agradecido, atento, bizarro, y caballeroso. Esta perversa generacion, contagio de la mas distinguida porcion del Mundo, nunca tuvo entrada en el pecho, ni oídos de nuestro Obispo. Quando se casó el Mayorazgo de su casa Don Juan Antonio, sobrino à quien el Venerable Tio amaba mucho, por su christiandad; y candor de animo, y del qual no puedo acordarme sin ternura: creyeron todos, que haria algun lucido regalo à la Marquesa Novia, Señora de tales, y tan escogidas prendas, que la ultima es la Nobleza de su Casa, tan antigua, acendrada, y notoria, co-

mo de Boil. Hizo pues el regalo, pero como Obispo santo, enviandole un Crucifixo de Roma con indulgencia plenaria para la hora de la muerte, y un librito del Catecismo: diciendole en la carta de felicitacion, que toda su vida fixasse los ojos en aquel divino Señor, que era el unico Esposo de su alma, y estudiasse bien aquel librito, para saber enseñar à sus hijos, si se los daba el Cielo, la Doctrina Christiana. Acceptó uno, y otro la Marquesa con singular piedad, y lo ha cumplido con la perfeccion, que está diciendo su exemplar vida.

Su hermano Don Bernardino, Teniente General de los Exercitos de su Magestad, y su Embajador à la Corte de Lisboa, le pidió por cierta urgencia prestada una suma de dinero: empeñandole su palabra, y la huviera desempeñado con la honradéz, y garbo, que le era natural, que quanto antes se le debolveria sin falta alguna. Pero le respondió con mucha serenidad, que no tenia dinero; y dixo la pura verdad, porque

se-

ſegun ſu conciencia; el dinero, que fructaban las rentas del Obiſpado, ſacada ſu congrua, y la de la Familia, no era ſuyo, ſino enteramente de los pobres.

Luego que, deſpues de conſagrado, ſalió de Barcelona para Vique, nunca mas bolvió à ella. Y como à la ida, y buelta del Concilio Tarraconenſe, paſaſſe tan cerca, que casi tocaba los muros de ſu Patria, y le importunaſſen, que entraſſe por lo menos à ver al Marqués ſu hermano mayor, que eſtaba ya mui viejo, y valetudinario, y al agraciado fruto de bendicion, de que el Cielo le havia hecho merced à ſu nueva Sobrina la Marqueſa; nada alcanzó, ni le retardó un paſſo de ſu viaje. Llamaban aqui la ternura, y curioſidad, la compaſſion, y laſtima, y nada menos la natural complacencia, que todos ſon blandos alicientes, y terribles tentadores del corazon humano. Pero como el ſanto Obiſpo para la carne, y ſangre le tenia de bronce, no ſe pudo acabar con él, que torcieſſe de camino, pareciendole ſin

sin duda, que era mucha tibieza con su sagrada Esposa la Iglesia de Vique qualquiera voluntaria ausencia, por minima que fuesse. Y no estrañaré, que en tal caso tuviesse presente el exemplo heroyco de Santo Thomás de Villanueva, el qual yendo à su Arzobispado de Valencia, y passando cerca el Lugar, donde vivia su anciana, y devotissima Madre, por mas que se lo instaba el compañero, no quiso rodear un poco, y visitarla: dando por razon, que lo que Dios habia dicho del primer hombre, respecto de su muger, tambien se entendia de los Obispos, respecto de sus Iglesias. Gen. 2. v. 24.

Este carnal desamor, que à los mundanos les parece grande injuria de la Naturaleza, de ninguna manera era parte para que el Siervo de Dios no amasse intensamente à sus Deudos en las entrañas de Jesu-Christo, como se verà en este caso, que me contó el mismo Marquès Don Juan Antonio. Subió este Caballero de Barcelona à Vique, para visitar, y besar la mano à su venerado Tio,

y estando una vez à solas, le preguntó este: *Como te hallas de conciencia?* Me parece, respondió, que por la misericordia de Dios, no me remuerde de pecado mortal. *Y, te atrevieras*, replicó el Obispo, *à morirte ahora de repente, y sin confession?* A tanto como esso, respondió sobresaltado el Marqués, no me atreviera. *Pues hijo*, concluyó entonces el fervoroso Tio, *no te des por seguro, hasta que por beneficio de la infinita Misericordia, te halles con semejantes alientos; y assi esfuerzate mas, y mas à crecer en el santo temor, y amor de Dios.* Copióse à sí mismo el gran Prelado en este consejo; y nos leyó la mas alta, y provechosa Philosofia de querer bien.

CAPITULO XXI.

DE SU ARDENTISSIMA CARIDAD.

LImpio el corazon del amor à la carne, y sangre, y demás aficiones terrenas, recibe sin embarazo el amor de Dios,

Dios, y del proximo, que son los dos nobles empleos de la christiana caridad. Esta, como todas las demás, y sobre todas las demás virtudes, se conoce por las obras; y en las muchas, y excelentes obras, que hizo este Siervo fiel, echarémos de ver su caridad. Enseñó à los ignorantes, consoló à los afligidos, socorrió à los pobres, y zeló hasta la muerte el honor, y decoro de la Casa de Dios. Mas como en el amor del proximo, segun el Apostol, se conoce el amor de Dios; y en el proximo, ò en el hombre, es primero lo animal, que lo racional, pues primero vivimos à la tierra, que al Cielo: comenzáre por la caridad, con que socorrió à los pobres con sus largas, y continuas limosnas.

Cada dia mandaba hacer olla de maiz gruesso, ordinario potage de los labradores de aquel país; y demás de procurar con efecto, que estuviesse bien cocida, la sazonaba con media arroba de sal. Por la mañana acudian al patio de Palacio, donde se repartia, las mugeres

y niñas, y por la tarde los hombres, y niños: porque tenia invencible horror al promiscuo concurso de uno, y otro sexo, y en lo que dependia de su arbitrio, nunca lo consintió. Precedia una, y otra vez un quarto de Doctrina Christiana, que explicaba un Capellan de la Familia, y luego se les daba su racion. Esta se estendia à los presos de la carcel, y à las niñas de la Misericordia, para las quales costeaba tambien Medico, y medicinas. A los estudiantes pobres les daba racion doble, ganandoles de tiempo para el estudio lo que les aumentaba de limosna. De està olla, que nadie dexaba por insipida, comian regularmente cada dia mil personas.

Como los pobres son muchedumbre sin crianza, alguna vez metian tanta bulla, que no podia descansar un breve rato despues de comer, necessidad, y no regalo en una tan fatigada cabeza. Y entonces se asomaba à una ventana del patio, y llamando al cochero le decia en alta voz: *Toma el latigo, y al que metiere*

rui-

ruido, pegale bien recio; pero en voz queda añadia: *No hagas mas de amenazarles, que en su casa estan, y en su casa cada uno hace lo que quiere.* Prudente, y caritativa diligencia, cuya misericordia no admiro, porque la tenia hasta con los perros, mandando, que si entraban en Palacio, los ojeassen, pero que de ninguna manera les pegassen.

Los dias de fiestas classicas casi siempre se duplicaban los convidados, porque à la sopa comun mandaba añadir un costal de arroz, y dos, ò tres reses gruessas con la correspondiente sal. Acudian à tomarla muchos, que no tenian necessidad, mas no se detenia en esto la derramada caridad del buen Prelado, acordandose de que el Salvador no dixo: *Examina si es pobre el que te pide limosna,* Luc. 6. *sino: Dasela de buena gana à todos los que* v. 30. *te la piden.* Assi lo enseña el gran Predicador, y Promotor de la limosna San Chrisostomo, y assi lo practicaba este Siervo de Dios, cuyo corazon habian robado los pobres.

Quando el concurso era mui numeroso, acechaba desde unas celosias, y se entretenia en contarlos, lo que podia hacer con facilidad, por ser mucho el orden, y concierto, con que se repartia la limosna. Y assi que reparaba ser mui crecido, parece, que no se sabía contener, haciendo tales demostraciones de júbilo, como suelen los del Mundo, quando logran una mui rica, y deseada conveniencia. Siempre que oía alabar la olla à los pobres, daba albricias al guisandero, que para ella tenia conducido con pingue salario: resuelto à despedirle al momento, si por culpa suya le faltasse la correspondiente sazon.

Los dias de nieve, ò lluvia, que para los pobres, principalmente en invierno, siempre son dias de la mayor tempestad, salía como fuera de sí, y arrebatado de la solicitud mas compassiva, todo era discurrir, y aplicar providencias para el socorro de sus amados pobres; ocupando en esto no sólo todos sus domesticos, sino tambien los Parrocos,

y otras personas caritativas: Exclamaba entonces, sin poderlo disimular, *Que harán ahora los tristes sin un bocado de pan, ni leña para calentarse? Quando hace buen tiempo, pueden trabajar, ò venirse à mi; mas ahora que lo hace malo, ay de mi, si no voy en busca de ellos!* Entre estas olas de temores, y ansias gemía su corazon, sin hallar puerto, ni descanso, hasta que le aseguraban de que todos quedaban ya socorridos.

De los mendigos, que no se podian valer, vestia un gran numero todos los años. Y diciendole con santa libertad el Dean de Manresa, que por que no hacia otro tanto por los pobres invalidos de aquella Ciudad, pues no era menos Obispo de Manresa, que de Vique? Estimando el aviso, señaló al punto la proporcionada limosna para dicho efecto. El Jueves Santo, despues de haber lavado los pies à los Canonigos, los lavaba tambien à doce pobres, les daba una abundante comida con una gruessa limosna à cada uno, y él mismo les bendecia la mesa.

No

No sólo empleaba en beneficio de los pobres todo el dinero de los derechos de Visita, como ya diximos, sino tambien todo el que sacaba de la Curia, sin quedarse para sí ni una blanca. Y quanto era por su parte, la huviera eximido de toda tassa, y dado de balde quantos papeles se sacan de ella, à no haber temido, como él decia, perjudicar à sus Successores. Porque claro està, que si bien ellos podian tassarlos despues, y exigir por su salida lo que es justo, siempre quedaban expuestos à la censura, y quejas de que no lo hacia assi el Señor Marymon. Que ni es decente todo lo que es licito, ni siempre conviene, lo que de suyo es licito, y decente.

De las limosnas ocultas sabemos mucho en comun, y mui poco en particular, porque en ellas seguia la maxima del Salvador, que dice: *No sepa tu mano izquierda, lo que en esto obra tu derecha.* La misma seguian tambien todos sus limosneros. Pero ellas se pueden colegir del caso, que no quiso ocultar, el que la

Matth. 6. v. 3.

reci-

recibió. En cierta ocasion supo que un Caballero de Vique se hallaba en apreturas, por uno de aquellos lances, que no puede evitar la humana prudencia. Mandóle llamar, y estando à solas con él, le dixo con mucha naturalidad: *Sirvase v. m. de darme recibo de estos docientos ducados, que le entrego.* Preguntó el Caballero, que por que motivo se los entregaba? *Porque son suyos*, respondió el Siervo de Dios, *y para mi resguardo, necessito de que v. m. me haga el recibo.* Hizolo el Caballero, tomando los docientos ducados. Y el buen Obispo mudando luego de conversacion, como quien acaba de pagar una deuda, le envió contento, y alegre à su casa.

Semejante estilo guardaba con los que le iban à pedir algun socorro: para lo qual, que lo conocia mui de lexos, interrumpia qualquiera conversacion, como se saca de la respuesta, que dió à uno que adolecia de curioso. Este reparando, que el Obispo, al vér à cierto hombre que le queria hablar, se levantó al

pun-

punto; se retiró un breve rato con él, y bolvió à sentarse: le preguntó, que queria aquel hombre? *Ha venido à cobrar lo que es suyo*, respondió el Venerable Prelado. Proveyó de un Curato à un habil concurrente, y como le dixessen que era mui pobre, le dió un doblon de à ocho, ayuda de costa para halajarse en lo preciso. En representandole algun Parroco, que alguna honesta Doncella necessitaba de algun socorro para colocarse, era segura buena limosna, ò vestido entero segun su estado.

A los Artesanos, que por alguna desgracia no tenian en que trabajar para mantener su familia, les daba cumplidamente con que surtir su tienda: mas para que tuviessen horror al ocio, y destemplanza, les prevenia, que si por holgazanes, ò desordenados, bolviessen à semejante miseria, no esperassen de su mano otro tanto socorro. Queria el prudente Obispo, que la limosna fuesse asilo de la necessidad, mas no queria, ni podia querer, que fuesse capa, ò tercera de los delitos.

Este

Este gravissimo inconveniente le representó el Ayuntamiento de Vique, enviandole à decir por dos Caballeros Regidores, que se sirviesse de moderar las limosnas, porque eran ocasion de que el Publico padeciesse escaséz de trabajadores, y aguantasse la sobrecarga de ociosos, y holgazanes. Oyóles atentamente el Obispo, y les respondió con igual verdad, que discrecion: *A mi me toca hacer limosna, y al Magistrado politico limpiar la Republica de mala gente.* Con esta respuesta les envió no menos edificados, que instruídos, y satisfechos. La Republica no puede cerrar las puertas à la Misericordia, pero las debe tener abiertas à la Justicia.

A las Madres menesterosas, si eran escasas de leche, se la costeaba el Prelado compassivo, y les daba al mismo tiempo la ropica necessaria para empañar, y vestir las criaturas. Y si en las tales era el parto duplicado, ya era cosa fixa, que por lo menos la leche, y vestido de una de las criaturitas corria à

cuenta del Obispo: cumpliendo en esto con lo que dice San Bernardo, que los Prelados no solo deben mostrarse Padres, sino tambien Madres de sus subditos, y feligreses.

A las infelices mugeres, que para comer sin trabajar, hacen descarado abandono de su alma, y honra, si despues de haberles dado suficiente limosna, y repetidas correcciones, no dexaban su desdichada vida; entonces valiendose del Brazo seglar, las hacia meter en la carcel, que para gente tan contagiosa hay en Barcelona, y vulgarmente se llama *la Galera*, pagando diariamente un real por cada una de ellas. Con esta diligencia es increíble, quanto limpió el Obispado de canalla tan perniciosa. Deseaba de corazon la salud espiritual de sus feligreses, y sabía mui bien, que esto no se logra sin mucha solicitud, gasto, y fatiga.

Tantas, y tan continuas limosnas llegaron à espantar al Mayordomo, que lo era entonces el Doctor Alberto Ma-

driguera,

driguera, y al presente es Cura proprio del Lugar de San Fructuoso en las cercanías de la Ciudad de Manresa su Patria. Acudió pues à su Amo, de cuyo agrado era mucho, porque trataba bien à la Familia, y à los pobres, y le dixo, que por instantes desfallecia la bolsa, y al fin, y postre, que no quedaba en ella un dinero: y assi que se hacia necessario reformar la limosna. *De ninguna manera*, respondió el Siervo de Dios. *Si no hay dinero, vendase la plata de los Pontificales.* Y como el Mayordomo, al oir esto, se sonriesse, se levantó el santo Obispo, y tomandole por el cuello de la sotana, prosiguió con voz imperiosa, y encendido el rostro como unas asquas: *Piensa v. m. que yo me burlo? Vendanse digo, los Pontificales, antes que se quite la limosna à los pobres: que à mi para las funciones del ministerio tanto me serviràn los azafates de papel plateado, como los de plata fina.* No fue menester, porque la divina Providencia socorre à los limosneros por caminos, y medios,

que nunca entenderán los avaros.

En este, y otros lances, en que Dios hacia prueba de su caridad con los pobres, decia con mucha gracia à los Eclesiasticos, que le trataban familiarmente: Este Mayordomo todo me lo gasta, y gastára tambien, si las tuviesse, las rentas del Arzobispado de Toledo. Estoy, no obstante, mui satisfecho de él, porque da bien de comer à los pobres, y à la Familia: *Qui, si saturati non fuerint, murmurabunt.* Era esto mui celebrado de los circunstantes, y pienso yo, que se lo dexaba caer, para aficionarles à la limosna; pues no solo favorece à los pobres quien les da, sino tambien quien procura que otros les den, y mas si va delante con el exemplo.

CAPITULO XXII.

DE SU ZELO EN LA EXPLICACION de la Doctrina Christiana.

AUnque la instruccion del espiritu es posterior en el orden del tiempo à la refeccion de la carne, pero en la estimacion la excede tanto, quanto el alma vale mas, que el cuerpo. Buena es la limosna corporal, pero mucho mejor la espiritual, porque no està en solo el pan la vida del hombre, sino en oir, y guardar la palabra de Dios. Esta palabra de Dios, esta limosna espiritual, esta instruccion, en nuestro caso, consiste principalmente en la explicacion de la Doctrina Christiana; Ministerio apostolico, porque los sermones de los Apostoles eran casi siempre explicaciones del Catecismo.

Tenia esto mui sabido el Siervo de Dios Don Raimundo, como tan dado à la oracion, y versado en libros, que manifiestan esta verdad; y nada menos lo

que ſobre eſte punto manda tan eſtrechamente el ſagrado Concilio de Trento. Por eſſo lo que mas encarecidamente ordenaba à ſus Parrocos era el cuidado, y diligencia en explicar à ſus feligreſes eſtà celeſtial Doctrina: previniendoles, ſin embargo, que fueſſe con brevedad, y claridad, como lo manda el miſmo Concilio, porque lo obſcuro no ſe entiende, y lo prolixo canſa, y faſtidia, y en uno, y otro ſe pierde el fruto, como nota San Gregorio Nazianzeno.

Seſſ. 24. c. 4. & 7.

Ni ſe contentaba con hacerles eſte encargo quando les elegia Curas: porque inſtruir hombres no es inſtruir Angeles, que ni ſe mudan con el tiempo, ni ſe olvidan jamás de lo que una vez ſe les ordenó. Repetiales con igual urgencia lo miſmo, ſiempre que les llamaba, ò le iban à ver, ò tratar algun negocio con él. Ni ſolo eſto, ſino que cada vez que ſalia, y topaba con algunos ſeglares de la Dioceſi, ò eſtos venian à hablarle, ſabido de que Lugar eran, y

con-

concluído el negocio, solia decirles: *Teneis allá un gran Parroco, docto, exemplar, y sólicito de vuestra salvacion. Guardadle bien, que si muriere, con mucha dificultad os podré dar otro, que le iguale.* Si por el semblante, ò por la respuesta, deducia lo contrario, añadia al punto: *He que vosotros à ratos tambien soys incontentables, quejandoos que los Parrocos con sus Doctrinas, y Sermones os quitan el tiempo, ya de la sementera, ya de la trilla, ya de la vendimia, ya de otras faenas. Pues que han de hacer los pobres, si quieren estar en paz con vosotros? Dadle, no obstante, mis memorias, que le quiero mucho; y decidle en mi nombre, que tenga paciencia; y que de ninguna manera dexe de explicar la Doctrina cada Domingo, por mas que haya en el Lugar quien se queje.* Con esta santa industria, y su bendicion les despedia contentos, remediaba el daño, y salvaba el honor del ausente, y negligente Cura.

Pero donde le dió mas cuidado este punto de la Doctrina, desde el principio

cipio de ſu Paſtoràl Oficiò, fue en la Ciudad de Vique. Porque ello es aſsi, que por lo comun en los Pueblos mui numeroſos hay mas ignorantes de eſta divina ſabiduria, que en las Poblaciones pequeñas. En aquellos hay mas Mundo, y por lo tanto domína mas à ſus moradores la vanidad, y delicia, por cuyo medio les ſugiere el demonio, que aſsiſtir donde ſe enſeña la Doctrina Chriſtiana, es coſa de niños. Si por cierto. Como ſi ſolos los niños ſe debieran preciar de chriſtianos, ò la ſoberania de nueſtros inefables Miſterios, y Sacramentos no excedieſſe la capacidad de los niños: ſiendo conſtante, que ſon la veneracion, y paſmo de los mas altos, y purificados entendimientos.

La Compañia, como lo tiene de eſtilo en todas partes, cumplia cada Domingo con eſte ſagrado Miniſterio, en el acoſtumbrado Lugar, deſtinandole ſiempre un operario de ſatisfaccion. Mas la gente no acudia en tanto numero, como deſeaba el juſto zelo del Prelado.

Diſ-

Discurrió mucho, y tuvo varias consultas con Personas de mucha virtud, y letras, y principalmente con Don Ivon Casañas, Sacristan Dignidad de la Santa Iglesia Cathedral, y Preposito de la Casa de San Phelipe Neri de Vique, que al fin de sus años me lo contó. Pero como nunca ocurriesse eficaz expediente, le dixo este con modesta resolucion: Enseñela V. S. Ilma, y acudirán todos. *Soy para ello?* Preguntó el humilde Prelado. Sí Señor, respondió la entereza del Consultor, que era verdaderamente sabio, y exemplar Sacerdote. No fue menester mas. Al punto se determinó el fervoroso Obispo à exercitar este apostolico Ministerio todos los Domingos de Quaresma en su Iglesia Cathedral, sin que por esso cessassen las demás Doctrinas del año.

Su modo era este. Por la mañana enviaba uno de sus Capellanes al Predicador de la Quaresma de la dicha Iglesia, para que convidasse al Pueblo para la Doctrina de la tarde, que se empe-

zaba al punto de las tres. Quando vino el recado à mi, (que le debí la honra de hacerme predicar dos Quaresmas, y me hiciera predicar todas las suyas, si yo huviera sido capáz de admitirlas) respondí, como debia, que el tal convite era de mi obligacion, y assi que podia Su Illustrissima ahorrarse el recado los demás Domingos. Pero replicó el Capellan, que la urbanidad de su Prelado no omitiria aquella atencion los siguientes Domingos, como realmente no la omitió: con harta confusion mia, que baxo el velo de aquella, que parecia atencion, descubria los fondos de su recatada humildad.

Al punto de las tres daba principio à la funcion con algunas preguntas à quatro, ò cinco niños señoritos, que los Caballeros sus Padres le enviaban à porfia, assistiendo ellos mismos, y tambien las Señoras, con un concurso inmenso de toda suerte de gentes. Explicadas las preguntas clara, y sencillamente, tomaba de ellas el assumpto, que le parecia

mas

mas importante, para persuadirselo al auditorio. Y entonces, no ya sentado, sino en pie, y con la caña en la mano, era de ver la llaneza, energía, y fervor de espiritu, con que lo ibà ponderando, inflamado el rostro, y sentida la voz, por espacio de una hora entera, sin que à nadie se le hiciesse gravosa.

Assistí, como era justo, todos los Domingos, y confiesso, que su estilo me parecia ser aquel, con que deseaba explicarse el Apostol San Pablo con los de Galacia, quando les escribió: *Quisiera ahora estar con vosotros, y manifestaros con la viva voz aquellos afectos del corazon, que no puedo derramar en la carta.* Porque ya exhortaba, ya reprehendia, ya rogaba; exhalando por la boca el zelo de su abrasado pecho, ansioso de la salvacion de sus oyentes. Estos le escuchaban con reverencia, y devocion sensible, y ninguno salia de tan santa Doctrina, que no mostrasse en la cara herido su corazon.

Galat. 4. v. 20.

El primer Domingo (lo mismo hi-

ce todos los demás) fui à darle la enhorabuena: y estrañandolo su modestia, por el baxo concepto, que tenia de sus cosas, me preguntó, *que me habia parecido?* Respondí, que mui bien. *Ingenuamente*, replicó el sincerissimo Prelado, enemigo mortal de la lisonja. Señor, repetí entonces, ingenuamente dixe, y buelvo à decir, que me ha parecido mui bien. *Pues me alegro*, añadió entonces, *que à mi me cuesta mas, que à v. m. y supuesto se logra, no me pesa de que me cueste.* Con tales palabras me dexó tan edificado de su humildad, como corrido de mi tibieza: viendo que preferia el aire de mis voces, que no passaban de los oídos, al fervor de sus afectos, que pegaban fuego à las almas. O quan meditada tenia aquella sentencia de Santo Thomás de Villanueva: *De pecho frio no pueden salir palabras calientes*!

CAPI-

CAPITULO XXIII.

DE SU ZELO POR LA CASA de Dios.

EL zelo es primogenito de la caridad, y en él no fue menos parecido nuestro Venerable Obispo al citado Santo Thomás de Villanueva, que en la profusion de las limosnas. Lo primero de la Casa de Dios son sus Domesticos, porque desde la Tonsura están dedicados al honor, y culto de la soberana Magestad. Por esso era tan remirado en la colacion de los sagrados Ordenes, y provision de Curatos: y solía decir, que su credito, y estimacion es de la mayor importancia. Y decia bien, porque segun San Pedro Chrisologo, y lo vemos todos, falta la autoridad del Magisterio, donde falta la opinion de la vida.

Para no exponerse à rebajar à nadie de esta opinion, nunca fue facil, y mucho menos codicioso de oir delacio-

nes,

nes, porque si se les abre la puerta (tal es la flaqueza, y malicia del corazon humano) unas alcanzan à otras; las quejas, y testimonios se introducen à porfia, y à manera de tempestad desecha, sacan de tino al Prelado, y llenan la Diocesi de confusion.

Si llegaban à su noticia por la via regular, las oía con cuidado; pero al estilo del citado Santo Thomás, salia siempre à la defensa del acusado, alabandole ya de docto, ya de limosnero, ya de otra honesta partida, contraria, ò mal avenida con los terminos, en que se presentaba la acusacion. Averiguaba despues el caso con rara, y delicada cautela, y si encontraba reo al delatado, le daba el castigo correspondiente al delito, sin perder de vista la misericordia: y enmendado una vez, le trataba del mismo modo, que si nunca huviera sido delinquente.

Lo que no podia tolerar, era que los Ministros del Señor fuessen atropellados de los del siglo, mostrandose siem-

pre

pre constante defensor de sus agravios. Tocar à los Eclesiasticos era herirle en las niñas de los ojos. Y si tal acontecia, se arreglaba entonces con lo que disponen los sagrados Canones, sin permitir que en ningun caso quedasse vulnerada la ley, como se verá en los sucessos que ya refiero.

Siendo Vicario General Apostolico en Tarragona, uno de los Gefes de la Plaza maltrató sin causa, y mui contra la piedad, y Ordenanzas de nuestros Catholicos Monarcas, à un Sacerdote, Fiscal de la Curia Eclesiastica. Tomada juridica informacion del caso, mandó Don Raimundo, que se le hiciesse sumaria al agressor: el qual luego que lo supo, pidió misericordia, ofreciendose à dar cumplida satisfaccion al Sacerdote ofendido. Convino el benigno Juez, y el penitente, remordiendole su conciencia, la dió tan cabal, que à las diez del dia, (el agravio habia sido publico) à vista del mercado, y cerca las puertas de la Cathedral, se arrodilló à los pies

del

del injuriado Sacerdote, le besó la mano, y pidió perdon. Alabaron à Dios, quantos ſupieron eſta noble, y chriſtiana accion, y por ella quedó mas acreditado el Oficial, que ſi huviera aſſaltado una brecha entre la fiera tempeſtad de balas, y aceros enemigos. Que ſemejante empreſſa no es de eſpiritus cobardes, ſino de magnanimos corazones, como lo hizo ver à cielo, y tierra la pública penitencia del Rey David, heroe ajuſtado al corazon de Dios.

Otro lance mas ſenſible, y ruidoſo le aconteció en Vique. Eſtaba oyendo Miſſa un Oficial de la mas diſtinguida Tropa; y llevando mal, que un Clerigo ſe arrodillaſſe delante de él, le dixo una palabra mui peſada, y ſe la rebatió el Clerigo, que debiera ſer mas ſufrido por la modeſtia de ſu eſtado, y ſantidad del lugar. Enojado el Oficial, le eſperó fuera la Igleſia, y eſtando mucho mas fuera de sí, apenas ſalió el Clerigo, echó mano à la eſpada, pero el otro le ganó la accion. Luchando los dos, acertó à

paſſar

passar el Gobernador, y diciendo al Oficial: *Que hace v. m. que se pierde!* Los separó, tomando cada uno por su camino. Informado juridicamente del hecho el zelante Obispo, le mandó hacer processo. Reíase el agressor: mas quando supo, que estaba ya substanciado, y expuesto él à ser declarado incurso en la excomunion, aplicó muchos, y respetables intercessores, pero en vano. Ofreció un bolson de doblones para los pobres, que para un Obispo tan limosnero era demasiada tentacion: mas no fue oído. Que la justicia no se vende, ni puede vender, aun por el alto precio, y especioso titulo de la limosna. Viendose pues en tan fuertes apreturas, se ausentó. Pero avisado de su Comandante, que si no se sujetaba, el Domingo proximo le pondrian en tablillas, bolvió corriendo à Vique, y se presentó al Obispo, pidiendole misericordia. Admitióle el benigno Prelado en su Capilla vestido de Pontifical, y habiendole dado una breve, y amorosa reprehension, le absol-

vió, con la ligera penitencia de servir tres dias à los enfermos del Hospital.

La resulta fue, que el mismo reo, la Tropa, y toda la Ciudad, y mas allá de la Ciudad, porque voló mucho la fama de este sucesso, todos à una llenaron de alabanzas al Venerable Marymon; viendo, y confessando, que sòlo echaba mano de las armas de la Iglesia por precisa necessidad, y movido del puro zelo de la Justicia. Que à esta la sabía suavizar con las blanduras de la Misericordia, mezclando la dulzura del aceite con la fortaleza del vino, la piedad con

Luc. 10. v. 34. el rigor, segun el consejo de la Magestad de Christo.

El Clerigo, no porque se defendió, que este derecho nace con cada uno de nosotros, sino porque no sufrió, ò por lo menos no dissimuló aquella palabra dura, llevó tambien su merecido. Los de su classe aprendieron à no ser tan delicados, y los seglares à ser mas atentos con los Ministros del Salvador; concluyendo, que si en este assumpto no goza-

ba de impunidad la bravura de los ace-
ros, mucho menos la podia esperar la
debilidad del junco. Por fin en toda la
Diocesi se vió renovada aquella dulce
alianza de la Justicia con la Paz, anun-
ciada por el Real Profeta, y que tan ne- Psal. 84.
cessaria es al buen orden, y estado de la v. 11.
Republica.

Pero donde se descubrió mas el va-
lor de su zelo, fue en el casual empe-
ño, que tuvo con uno de los Ministros
Reales. (No te apresures, Letor mio,
y mucho menos te precipites; que si la
diversidad de pareceres, quando no cons-
ta de la voluntad de Dios, tiene lugar
entre los Angeles, sin menoscabo de la Dan. 10.
santidad, mucho mas lo puede tener en- v. 13.
tre los hombres, sin ofensa de la justi-
cia.) Pensaba el Ministro, que procedia
bien en la instancia, porque assi lo pe-
dia el servicio del Rey. Pensaba el Obis-
po, que procedia bien en la resistencia,
porque de lo contrario, temia ofender
á Dios. Duró esta contienda de entendi-
mientos, (que la voluntad nunca entró

en la batalla) hasta que la Suprema Canonica Autoridad la decidió, quedando las cosas en paz, y con la deseada harmonia.

Que la voluntad no entró en la batalla, es tan cierto, y notorio, que hasta el mismo Ministro, que corria con la instancia, quando supo la muerte del Venerable Obispo, exclamó assi: *Verdaderamente era hombre santo. O si yo lo fuesse, como el Señor Marymon!* Pero semejantes primores no los alcanzan aquellos, que sin distinguir de colores, confunden la opinion con el afecto; como si fuesse lo mismo formar este, ò aquel juicio, que caer luego en amor, ù odio. Solo lo entienden bien los que saben que Rom. 14. v. 5. el Apostol, que nos quiere unidos en caridad, da, sin embargo, licencia de que *Unusquisque in suo sensu abundet.* Los que conocen, quan separable es la disension de los juicios de la oposicion de las voluntades. Pues de otra suerte, no habiendo hombre, que en esto, ò aquello, no dissienta de otro hombre, no solo

lo el Mundo, sino los mismos justos, y santos estuvieran siempre en continua guerra.

En el discurso del litigio hizo el Ministro, como debia, recurso al Rey; y creyendo todos, que su Magestad se explicaria con alguna muestra de indignacion contra su favorecido Don Raimundo, no lo hizo; antes con la entereza, y piedad, que le era tan genial, dixo repetidas veces, pues otras tantas se hizo el recurso; *Dexad en paz al santo Obispo Marymon*. Y no lo admiro, porque su felicissima memoria, y soberana comprehension tenia muy presente la invariable fidelidad del Venerable Prelado. Estaba plenamente informado de su exemplarissima vida, y aplicacion al Pastoral Ministerio: y que incomerciable con la ambicion, solo atendia à la gloria de Dios, instruccion de los feligreses, y socorro de los pobres. Y como el religiosissimo Monarca no deseaba otra cosa en todos los Prelados de su Reino, por esso dixo una, y otra vez:

De-

Dexad en paz al santo Obispo Marymon. O Mundo ingrato à los tiempos presentes, por tu afectada veneracion à los tiempos antiguos! En nuestros dias visse restaurado el zelo de San Ambrosio en el Venerable Don Raimundo de Marymon, y la piedad del Gran Theodosio en nuestro amado Rey Phelipe V. rayo de la guerra, amparo de la Iglesia, y delicias de la virtud.

CAPITULO XXIV.

DE SU MORTIFICACION, y paciencia.

DE la caridad, y amor de Dios sale, como por consequencia, la mortificacion, y odio santo de sí mismo. Esta mortificacion fue tan continua en nuestro Venerable por lo menos desde que fue Arcediano Mayor, y Vicario General Apostolico, que nunca hizo treguas con sus sentidos, negandoles constantemente aun aquellas recreaciones, que se

tie-

tienen por licitas en los Eclesiasticos. Porque no solo nunca estuvo en theatro, bodas, saraos, ò visitas; pero ni admitió en su casa musica, juego, ni diversion alguna.

Nunca salió à casa de campo, desahogo, que suele permitir la austereza religiosa. En casi veinte y tres años que fue Obispo, nunca puso los pies en el jardin. Tampoco entró en oficina, ni quarto alguno de Palacio, sino es donde enfermaba alguno de la Familia, que entonces llevado de la misma caridad, iba con la frequencia, que es propria de un amoroso Padre, y buen Pastor. Finalmente murió, sin saber como estaba hecho su Palacio, grande argumento de su severa mortificacion; y no menos de quan reñido estaba con el ocio, à el qual atribuye la curiosidad el Angelico Doctor Santo Thomás.

El vestido interior, ya vimos, que fue mui pobre; mortificacion notable en quien habia rozado ricos vestidos; y el exterior ceñido estrechamente à la de-

cencia.

cencia. La mesa comun, sin entrar en ella regalo alguno, ni aun el dia de su glorioso Patron San Raimundo Nonát: cuya fiesta solo se conocia en visitar devotamente al Santo en su propria Iglesia de la Merced, y aumentar la limosna à los pobres, como ya diximos. El trabajo era continuo, sin conceder intervalo alguno à su pesada taréa: pues aun el corto passeo, que hacia por la tarde, necessaria respiracion, antes que alivio, de su fatigado cuerpo, era con la pension de enseñar media hora por lo menos la Doctrina à los pobres, sentado sobre una piedra; y siempre acudian no pocos, atrahidos de la instruccion, y mas de la limosna, que mandaba dar à cada uno. Todo lo qual, junto con la constante modestia de los ojos, el hablar quedo, y siempre tan humilde, que siendo varon docto, mas parecia discipulo, que Maestro, evidentemente concluye, que si su mortificacion no fue ruidosa, fue mui costosa mortificacion.

No sabemos que tomasse disciplina, ni

ni llevasse cilicio de los comunes; penalidad mui inferior à lo que acabamos de decir; pero sí sabemos, que llevó dias, y noches uno mui estraño, y singular, y que en su proprio recato manifiesta otro interior, y mas meritorio cilicio. Quando quisieron embalsamar su cadaver, se reparó con nó poca admiracion, que tenia las uñas de los pies tan excessivamente trecidas, que estaban dobladas, y como remachadas baxo los dedos: de lo qual se infirió, que por lo menos no se las habia cortado en todo el tiempo, que fue Obispo. Que callos tan dolorosos tendria en ellos! Y quanto le mortificarian à cada passo, y estando en pie, quando suele dar tanta pena un solo uñero, ò un solo callo? Infieralo cada uno por su experiencia.

Sin embargo, ni toda la mortificacion, que sabemos, ni la que no sabemos, le acredita tanto, como la paciencia, primera partida de la caridad, segun el Apostol. Sus trabajos en su enfermedad, y fuera de ella, fueron tan-

ros, y tan graves, que al fin acabaron con su preciosa vida. Que la virtud no nos quiere insensibles, sino sufridos, y que llegando el sentimiento al alma, esta se conforme con la voluntad de Dios. Nada de lo que hizo el Venerable en su vida, huviera sido plata acendrada, y oro puro, sino passára al fin por el fuego de la tribulacion. Assi lo dispuso la divina Providencia con este santo Obispo. Amabale mucho, y quiso purificarle à la medida de su amor, enviandole acerbissimos trabajos, para coronarle con la rica, y perfecta diadema de la paciencia.

Mui de antemano se habia prevenido con larga, y fervorosa oracion, pidiendo incessantemente al Señor, confirmasse con su gracia el generoso proposito, que habia hecho de no enojarse, ni dar entrada à la menor impaciencia, aunque las olas de la tribulacion se levantassen hasta las nubes, y se desplomassen despues sobre su cabeza. Una sola vez se descuidó un poco, pero assistido

tido

tido de la infinita Bondad, al instante se rehizo de manera, que en la serenidad interior, y exterior no parecia hombre, sino Angel. O quanto athesoró de meritos en este diluvio de penalidades!

En lo mas recio de ellas fue à verle uno de sus mas principales Curas, para tratar del remedio de cierto escandalo. Y viendole discurrir sobre el punto, como si nada padeciesse, arrebatado de tan no esperada novedad, le dixo: Como es esto, Illustrissimo Señor, que hallandose V. S. en tan furiosa borrasca de tribulaciones no se desahogue conmigo, dando por lo menos alguna seña de su afliccion? *A que fin?* Respondió el pacientissimo Obispo. *Importa mas impedir el menor pecado venial, que todos los trabajos del Mundo.* Y bolvió luego con mucha serenidad à la primera conversacion. O gran Prelado, imitador de San Juan Chrisostomo, que en el mismo destierro, solo passaba cuidado del buen gobierno de las Iglesias, que le habia en-

cargado el ſoberano Paſtor! Y aſſi ha de ſer verdaderamente, porque ningun trabajo es baſtante para eximirnos del zelo, à que nos obligamos, por el oficio. Y à la verdad, dice el miſmo ſanto Doctor, que ningun buen Piloto ſuelta el timon, haſta que, ò ſalva la nave, ò queda ſepultado con ella en lo profundo.

CAPITULO XXV.

SU SANTA MUERTE, Y ACLAMAcion univerſal.

LLegó en fin el ultimo dia de los trabajos, y primero del deſcanſo del Siervo de Dios. Pero mui triſte, y deſconſolado para Vique, que en ſu muerte perdió uno de los mejores Prelados, que iluſtraron ſu Sede. La raiz de ſu ultima enfermedad fue el inveterado ardor de orina; que en un ſugeto de complexion tan ignea, de cada dia cobraba mayores fuerzas. Quando ſe le empezó à agravar, le dixo el Jeſuita, que le aſ-

ſiſtió en la hora poſtrera, que ſe puſieſſe en cama, pues tan fatigado le tenia ſu mal. Mas aquel fervoroſo Prelado, cuya caridad no pudieron apagar, ni entibiar rios, ni mares, ni el fuego contrario de la tribulacion, y dolores, reſpondió: *Eſto es nada. Lo que me aflige es, no ſaber, ſi algunas ovejas mias eſtan ſin Paſtor eſtas fieſtas de Navidad, y ſi han oido Miſſa, ò dexadoſe de confeſſar por falta de Sacerdote.* Y cierto que en ello no podia tener culpa, por haber dado todas las providencias, que dependian de ſu arbitrio. Pero es proprio de las almas ſantas temer culpa, donde no la hay, como dice el Gran Pontifice San Gregorio.

El dia de la Circunciſion del Señor fue el ultimo, que reſidió, llevado à la Cathedral mas en los brazos de ſus Pages, y Capellanes, que por la debilidad de ſus pies. En tal dia habia de concluir ſu reſidencia, el que circuncidado eſpiritualmente por Chriſto comenzó, y acabó el curſo de ſu vida por el Santiſſimo

ſimo Nombre de JESVS. Lo que mas recomendó à uno de ſu Familia, fue que luego que dieſſe el alma, le tomaſſe una Bula de difuntos; al Fiſcal de la Curia, que al punto paſſaſſe aviſo à los Curas; y à los Pages, que le rezaſſen el ſanto Roſario: *Porque yo*, dixo, *he de dar cuenta à Dios de todo el Obiſpado, y no tengo para mandarme Miſſas.* Y decia la pura verdad, porque un doblon de à ocho, que tenia en caſa, pocos dias antes de morir, lo mandó dar à una perſona neceſſitada, y quando murió no ſe hallaron en la Mayordomía mas de doce ſueldos. Mas, que importa, ſi por mano de los pobres habia ya enviado toda ſu theſoreria al Cielo?

Apretandole mas el accidente, le forzó à ponerſe en cama, en la qual eſtuvo de catorce à quince dias; y en los que eran de fieſta ſe hizo decir Miſſa en el quarto, oyendola, deſcubierta la cabeza, y con notable devocion. Fue coſa admirable, que de repente ceſſaron los eſcrupulos, y anguſtias de corazon,

que

que le habian martirizado la mayor parte de su vida. Pero este es corriente estilo de la amorosa providencia de Dios; que à la borrasca sufrida con paciencia, suceda en aquella hora la bonanza, y serenidad, como adelantada prenda de la cercana gloria. Todos los dias à la hora acostumbrada, mandaba abrir la puerta, para oir el punto de la meditacion: que el orden, y concierto de Palacio no cessó hasta la muerte de su observante Obispo. A los que le preguntaban como se hallaba? Respondia: *El Medico dice, que mejor, pero vamos al Cielo.* El dia antes de morir le puso su mal en tanta opression, que costandole mucho de pronunciarlo, dixo: *Yo me muero, hagase la voluntad de Dios.* O que acto de tanto merito en aquella angustiada hora! Luego cerró los ojos, y no los abrió mas, sino quando se le administró el santo Viatico, sin duda para entenderse unicamente con Dios, que le avisaba de su proximo fin.

Quedóse el Medico aquella noche en

Pala-

Palacio, y entrando à verle por la mañana, y no reconociendo, à su juicio, imminente peligro, por mas que era mui habil, y acreditado en su Arte, no le mandó sacramentar. Pero el Enfermo, que se guiaba por otro superior juicio, llamó al Confessor, y se confessó para morir, como lo tenia de costumbre. Salió luego el Confessor, y dixo: *Temo, que nuestro buen Obispo se nos irá mui presto.* Bolvió entonces à entrar el Medico, y ordenó una sangria, al que dentro dos horas vió difunto. Preguntó el doliente, quien le havia de sangrar, y respondiendo el Medico, que el Cirujano, que estaba alli: por mas, que el santo Obispo no le tenia devocion, por ser notoria su impericia, no replicó, hecho obediente, y mortificado, hasta la muerte.

Dieronle immediatamente el Viatico sin pompa, porque no la permitia la prissa, con que se puso à morir, y le recibió con la misma reverencia, y ternura, que si dixera Missa. Luego la santa

ta Uncion, que acompañó con los afectos de piedad, que se manifestaban en el semblante. Agonizó cosa de un quarto de hora, y sin gestos, ni señas de la menor angustia, antes bien con la suavidad de quien toma un dulce sueño entregó el espiritu en manos de su Criador, dadas las nueve de la mañana el dia 16 de Enero, dedicado à San Fulgencio Obispo, año de 1744, à los sesenta y cinco, menos un mes, de su edad, y de su Obispado casi veinte y tres.

El dia era obscuro, y lluvioso, pero mientras agonizaba el Venerable Prelado, entró un rayo de sol, que le estuvo iluminando de cabeza à pies, hasta que espiró; y al mismo tiempo desapareció el rayo, y prosiguió el dia en su primera obscuridad. Pudo ser contingencia, mas tambien pudo ser indicio de la eterna luz, que le esperaba en la Gloria; y no menos de que se ausentaba aquel sol, que con el resplandor de su doctrina, y exemplo, habia ilustrado tanto la Ciudad, y Diocesi de Vique.

Pues claro está, que la divina Omnipotencia se vale de los simbolos, que quiere, para distinguir, y honrar à sus escogidos: y bien sabido es, que los *Justos* lucirán como el sol.

Luego que murió el santo Obispo, el ya citado Padre Ignacio Coromina, varon de gran juicio, y virtud, y que dexando en Vique un gran deseo de sí, se fue à la Provincia de Mexico, llamado de Dios, le besó la mano con profunda veneracion, y derramando copiosas lagrimas, dixo con alta voz: *Zelus domùs Dei comedit te.* Quedó el cadaver, no solo sin fealdad, sino al contrario, tan bello, agraciado, y flexible, à pesar de los rigores del frio en aquel país, como si todavia hospedára el alma, y gozasse de entera salud; novedad, que no solo se reparó entonces, sino muchos dias despues, como veremos en el capitulo ultimo.

Apenas se esparció la voz de muerte tan sensible, se llenó de luto toda la Ciudad, por la pérdida de tan excelente

Prelado. Los pobres se deshacian en lagrimas, y levantaban sus clamores al Cielo, viendo sin movimiento aquellas manos, que tan derramadas habian sido en hacerles limosna. Todo el Pueblo le aclamaba santo, sin que discrepassen de esta honorifica voz, aun aquellos, que en vida se mostraron quejosos, por no haber condescendido el Siervo de Dios con aquellas pretensiones, que su justificado zelo no tuvo por bien fundadas. Entre otros, el Marqués de Rupit, ultimo varon, por la linea catalana, de la nobilissima Casa de Bournonvile, exclamó con dolorosa expression: *Siento en el alma la muerte de este santo Obispo, aunque le quitó à mi casa un privilegio, que gozaba de tiempo immemorial.* (Era el estrado, que tenia en la Iglesia Mayor, con permission del Cabildo, y tolerancia de los Obispos antecedentes.) Por abreviar, el Cabildo, el Clero, la Nobleza, y toda la Ciudad todos à una se lamentaban de tan duro golpe, y daban al Venerable Difunto los renombres

de Gran Prelado, exemplar, zeloſo, li-moſnero, y ſanto.

El reſto del Obiſpado ſe moſtró eco fiel de la Ciudad de Vique en el ſentimiento, y alabanzas del Venerable Difunto, à todos dolia la pérdida, y à todos arrebataba el alto concepto de las virtudes de ſu Paſtor. Y aunque el tiempo era tan aſpero, como de alguna lluvia, y nieve, fue, ſin embargo, continuo el numeroſo concurſo à ver, y venerar el cadaver, los tres dias, que eſtuvo expueſto, beſandole las manos, y tocandole roſarios, medallas, y otras coſas de devocion, como ſi fueſſe cuerpo de un Santo canonizado: y eſto no ſolo lo hacian los de la Ciudad, ſino tambien los de muchas leguas fuera de ella. Y lo que cauſa mas admiracion es, que haſta de otro Obiſpado vinieſſen no pocos à eſte miſmo fin; que tanto ſe havia difundido el buen olor de ſu caridad, y zelo paſtoral. Los que lograban el conſuelo de verle, parece que no ſe ſabian apartar, porque les llevaba los

ojos,

ojos, y el corazon la hermosura, y amabilidad de su rostro, que daba como un publico testimonio de la mucha gloria, que posseía su alma. Esta aclamacion despues de su muerte fue consiguiente fruto, de la que havia merecido en su vida: pues tambien aqui tiene lugar la sentencia, que cada uno coge lo que sembró. Y bastará por prueba de lo que digo, el honorifico concepto, en que le tuvo el Ilustrissimo Señor Don Francisco Perez, Prado, y Cuesta, Obispo de Teruel donde fundó un insigne Colegio à la Compañia, Comissario General de la Cruzada, Inquisidor General en todos los Reinos, y Dominios de España, y lo que es mas, que todo esso, Varon doctissimo, y Prelado exemplarissimo, y à cuya memoria acompañará siempre la bendicion. Pues este esclarecido Heroe de nuestros dias apenas supo quien era el Venerable Marymon por informe de Don Bartholomé Camacho, Obispo de Tortosa, al punto se le aficionó de manera, que cada correo soli-

citaba mas, y mas noticias; y quando le faltaban, ya en el correo immediato eran consequencia segura las amorosas quejas. Todas las cosas de nuestro Obispo queria saber, porque todas le edificaban, y añadian fuego à su fervor. Se hacia lenguas en alabanza de su continuo exemplo, de su pastoral solicitud, de sus limosnas, de su zelo, de su constancia, y demás virtudes, admirando el agregado de todas ellas, como un prodigio, y teniendo à *Don Raimundo de Marymon* por digno de ser contado entre los Padres de la primitiva Iglesia. Assi sentia de nuestro Venerable en vida; que lo que sintió, dixo, y lloró en su muerte no cabe en el papel.

CAPITULO XXVI.

DE LAS EXEQUIAS DENTRO, y fuera de Vique.

LA Santa Iglesia Cathedral hizo las exequias à su Prelado segun estilo. Pero el Clero de la misma Cathedral,

dral, mal ſatisfecho de una funeraria comun para un Obiſpo tan ſingular, reſolvió hacerſelas por tres dias continuos. Para eſto diſpuſo, que en la Igleſia de la Piedad, con aprobacion del Cabildo, y aplauſo de todos los demás, ſe levantaſſe un tumulo de tanta grandeza, como ſimetría, y primor en la eſtructura. Adornóle à profuſion de cera, ardiendo en cada una de las hachas, y velas los agradecidos afectos de los que las hacian lucir. Colocó en la cima las inſignias Pontificales con eſte epigrafe, que ſe podia leer de mui lexos.

Diſcurrid por Mar, y Mundo
Que no le hallarèis ſegundo.

Piadoſo hiperbole, que deſcubre baſtantemente el elevado concepto, y eſtimacion, que les havia merecido ſu gran Prelado, y que no ſolo alude à ſu apellido, ſino tambien al texto del Sabio: *Unus eſt, & ſecundum non habet.* Celebró cada uno de los tres dias Miſſa ſolemne con toda la muſica de la dicha Eccl. 4. v. 8.

Cathe-

Cathedral, ſeguidas todas de eloquentes Predicadores: ninguno de los quales tuvo neceſſidad de ſu fama para llamar oyentes, porque les baſtaba ſaber, que habia de elogiar à ſu ſanto Obiſpo, y por mas, que los tres ſe eſmeraron en tributarle alabanzas, los oyentes por lo que habian viſto en ſu amantiſſimo Prelado, no ſolo aſſentian, ſino que las creían, y deſeaban mucho mayores.

Todos los Curas del Obiſpado ſe excedieron en eſta ocaſion: mas quien voló ſobre todos fue el Doctor Alberto Madriguera, Cura proprio de San Fructuoſo, Lugar vecino à la Ciudad de Manreſa, como ſe ha dicho. Levantó pues un tumulo proporcionado à la capacidad de ſu Igleſia, y le iluminó ſegun toda ſu capacidad. Convocó gran numero de Clerigos Sacerdotes, y entre quatro de ellos repartió las inſignias Pontificales de Mitra, Baculo, Miſſal, y Palmatoria. Al fin, ya que no podia ir el cadaver, diſpuſo que fueſſen dos lacayos con la almohada, y ſilla. Con eſta

pom-

pompa funeral, emula de la que usa la Iglesia Matriz, anduvo todo el Lugar, que hervia de gentes, y no pocas de mucha distincion, por una novedad nunca vista, y se entró en el Templo, donde se cantó Missa solemne con toda la musica de la Iglesia Colegiata de Manresa, y al fin de ella se predicó el sermon funebre. Concluyóse esta piadosa, y tierna funcion con la abundante limosna, que mandó dar à los pobres, que habian acudido de toda la comarca: y esta discurro yo, que fue la musica mas agradable à los oídos del Venerable Prelado, à quien se mostró entonces, y no cessa de mostrarse ahora tan finamente agradecido.

La Real Congregacion del Corazon de Jesus, fundada en el Colegio de la Compañia de la nombrada Ciudad, teniendo presente la dulce memoria de tan fervoroso Obispo, y de la mucha honra, y provecho, que le estaba debiendo, por haberle alcanzado en Roma los privilegios, que tiene, costea-

do los gaſtos, y aliſtadoſele Congregante: le hizo tambien un ſumptuoſiſſimo funeral con Miſſa ſolemne, muſica, y ſermon; dando exemplo à todos de la piedad, y garbo, con que deben portarſe los corazones agradecidos. Los ſufragios, que le hicieron las perſonas particulares, no ſe pueden reducir à numero, ſin contar el de ſus feligreſes. Todos deſeaban la eterna bendicion al Prelado; que à todos habia colmado de bendiciones.

CAPITULO ULTIMO.

DE LA ESTIMACION, QUE SE HIZO de ſu eſpolio, y de las coſas raras, que ſe obſervaron en ſu venerable cadaver.

AL punto que ſe ſupo en Vique, que ſe hacia almoneda de las halajas del Venerable Difunto, concurrió toda la Ciudad. Y aunque ellas, como ya diximos, eran humildes, y pobres, ninguna

guna huvo tan ruin, principalmente de las que habian servido à su persona, que no se pagasse al doble de lo que valiera recien cortada de la pieza. Pues claro está, que no se compraban por lo que eran en sí, sino por devocion al Sugeto, que habia usado de ellas. En lo que era divisible, aun aquellos mismos, que lo compraron, no fueron dueños de quedarselo por entero, viendose obligados à dividirlo en retazos entre los que no habian podido assistir à la almoneda, y con importunas instancias los pedian, y deseaban como reliquias.

Del ropage exterior tocó parte al Real Convento de Señoras Benedictinas de San Daniel de Gerona, las quales por haber sabido que yo escribia la vida del Venerable Don Raimundo, me han hecho la caridad de regalarme un retazuelo, que estimo mucho, y procuraré guardar con la debida reverencia. En el mismo Convento se halla el cordon de su sombrero, que con la aprehension de haber sido de un Obispo santo, lo pi-

den frequentemente, y ſe lo ciñen con devocion las mugeres, que van de parto, y experimentan ſeñalados favores. Eſte cordon con las porcioncitas del dicho veſtido, fue dadiva de la Reverenda Madre Doña Maria Joſepha de la Concepcion, (en el ſiglo de Tord) que al preſente es ſegunda vez Priora del Convento de la Preſentacion de Vique, Carmelitas de la antigua Obſervancia.

Por lo que mira à las coſas raras, que ſe obſervaron en ſu cadaver, *ya* inſinuamos en el cap. 13 el horror, que tenia, quando vivo, à que le arrancaſſen la lengua, deſpues de muerto. Es poſſible, decia él, que nos hayan de arrancar de la boca el inſtrumento, que nos dió el Señor, para predicar ſu ſanto Evangelio! Que hagan en lo demás del cuerpo el deſtrozo, que quiſieren, enhorabuena. Pero la lengua, que tuvo por principal oficio anunciar la palabra de Dios! Con eſtas, y ſemejantes expreſſiones moſtraba ſu horror en vida; y parece que la infinita Bondad ſe declaró

à

à favor de ſu ſentimiento: porque al tiempo de embalſamarle, por mas que forcejaron los Cirujanos, que en tales funciones no ſuelen tener la mano blanda, ſino de hierro, nunca pudieron abrirle la boca, y por conſiguiente ni ſacarle la lengua.

Eſte ſuceſſo, que parece no haber reparo en llamarle maravilloſo, no tiene en ſu abono uno, ù otro ocular teſtigo, ſino pública notoriedad, y que no ſolo reſonó en todo el Obiſpado de Vique, ſino tambien en todo el Principado de Cataluña, y no sé ſi diga en todo el Reino de Eſpaña. Yo no me atrevo à comentarle. Solo digo, que es admirable Dios en ſus eſcogidos; y que aſſi como por la notabiliſſima averſion, que tuvo San Phelipe Neri al vicio contrario à la caſtidad, diſpuſo, que quando lavaron ſu ſanto cuerpo, al eſtilo de Roma, tuvieſſe ſiempre tan pueſta la mano ſobre las partes, que por mas bueltas, y rebueltas que le dieron, ninguno de los que andaban en el oficio, las pu-

do ver; assi tambien pudo ordenar, que al Venerable Don Raimundo, por la disonancia, que le causaba tan sangrienta accion, no le pudiessen abrir la boca, ni arrancarle aquella lengua, que con tanto zelo habia sacrificado à la explicacion de la Doctrina Christiana, y anuncio de la palabra divina. *O lengua bendita*, exclamára yo con San Buenaventura, teniendo en sus manos la lengua entera, colorada, y fresca de San Antonio de Padua, *ò lengua bendita, que siempre alabaste à Dios, y fuiste causa de que otros le alabassen! Bien se conoce ahora de quanto merecimiento eres delante de aquel, que para tan alto oficio te criò, y conservò.*

Aumentará la admiracion, y veneracion del referido sucesso el testimonio jurado, y superior à toda excepcion, que se me remitió de Vique, con todas las circunstancias de authentico, y que traducido à la letra de catalán en castellano, es como se sigue, excepto los parentesis, que quise añadir para mayor claridad.

El

El dia 11 de Febrero, (veinte y seis despues de la muerte del Venerable) habiendose determinado poner el cadaver del Ilustrissimo Señor Don Raimundo de Marymon en el sepulcro, (que la piedad del Caballero Sacerdote Don Gabriel de Cols le habia mandado labrar) antes de sepultarle, se abrió el ataud en presencia de los Ilustres Señores Don Juan Pablo Senmartí, Don Antonio Crosas, Don Magin Cantacorps, (Cathedratico que fue en la Universidad de Cervera) Don Cayetano Rodoreda; (todos Graduados de Grado mayor,) Canonigos de la Santa Iglesia Cathedral de Vique; y del Doctor Antonio Combellas, Monge mayor de dicha Iglesia, y del Doctor Domingo Vallés, y Mosen Francisco Campredon, todos Presbiteros, con otros Residentes de la misma Cathedral, siendo Escribano Miguel Bosch, vieron, y observaron lo siguiente.

1. Al abrirse el ataud, se percibió un grande, y suavissimo olor, que no pudieron

dieron discernir de que calidad fuesse, conociendo, y confessando todos, que no era del balsamo, de que el cadaver estaba ungido.

2. Que habiendole palpado por todas las partes de su cuerpo, hallaron que conservaba un tacto mui blando de carne natural, de manera, que habiendole aplicado la mano, y apretadole las manos, y mexillas, al levantar aquella, bolvian estas à tomar el color natural de carne, como se experimenta en un vivo.

3. Se mostraban, y percebian las venas con mucha distincion.

4. La nariz, que está mas expuesta à la corrupcion, se mantenia en su estado natural.

5. Tenia los labios, y orejas, manos, y brazos encarnados.

6. Tenia abierta la boca, y se le veía claramente la lengua, que nunca se le habia visto desde que espiró. (Como si dixesse: Miradla mui enhorabuena, ahora que no me la podeis arrancar.)

7. Con-

7. Conservaba la misma flexibilidad, que antes, en todas las partes de su cuerpo, pues en todas se hizo la experiencia. (Y esto à pesar del rigor del frio en tal tiempo, y en tal país, que casi pone rigidos, y yertos à los vivos, y sanos.)

Todo lo qual habiendolo observado tambien los sobredichos, que lo afirman *in verbo Sacerdotis*, encerraron el cadaver en el ataud, metiendo en el mismo, dentro de una redoma de vidrio, escrito todo lo dicho *ad futuram rei memoriam, & ad maiorem Dei gloriam.* Assi es. Y firmó por todos el Doctor, y Canonigo Don Magin Cantacorps.

No ignoro, que estas cosas, aunque de suyo tan admirables, no son argumento de santidad; pero tampoco ignoro, que si se carean con la heroica vida de nuestro Obispo, no habrá hombre de sano juicio, que no las considere como proporcionado testigo de sus excelentes virtudes: confessando al mismo tiempo, que esta es una de las prerogativas, con

que Dios acostumbra honrar à sus Santos, y darnos à entender por estas señas lo mucho que le agradaron, y la gran gloria, à que les sublimó. Por *lo* menos à mi, que le ví, que le conocí, y que tan familiarmente le traté, assi me lo está diciendo el corazon, desde que empecé à escribir su vida: la qual me ha despertado no poco, siendo Fiscal severo de mi tibieza.

Yace su venerable cadaver dentro la Iglesia Cathedral de Vique, *al lado* de la Epistola de la magnifica, y preciosa Capilla de San Bernardo Calvó, honor de Cataluña, gran lumbrera del Real Cisterciense Monasterio de Santas Cruçes, y gloriosissimo Obispo, Protector, y Abogado de dicha Ciudad, que possee, y frequenta con suma veneracion su sagrado Cuerpo, colocado en una rica, y grandiosa urna de plata.

Fue el Venerable, è Ilustrissimo Señor Don Raimundo de Marymon de elevada estatura, y proporcionados miembros. Su color blanco, y ençarnado, el ros-

rostro bello, el cabello rubio, y que poblaba decentemente la cabeza, aunque con bastantes canas en su ultima edad. Los ojos azules, vivos, y graciosos, y por los quales se asomaba el candor de su animo. Todo lo qual, junto con su alegre modestia, afable circunspeccion, y continuo exercicio de buenas obras, le concilió el amor, y respeto de quantos le comunicaron. Era mui sano, y de robustas fuerzas, pero las quebrantó, y acabó con la incessante aplicacion à su ministerio. Dichoso cuerpo, que fue morada de tan noble espiritu! Pero mas dichoso espiritu, que fue morada de Dios. A quien sea gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

El mui Ilustre, mui grave, y atento Cabildo de Vique en el Menologio de sus Obispos, y Canonigos de ilustre memoria por sus virtudes, mandó poner el siguiente elogio à nuestro Venerable Difunto, que traducido de latin en castellano, dice assi, num. 147.

A 16 de Enero del año de 1744 consumó la carrera de su vida el Ilustrissimo, y Reverendissimo Señor Don Raimundo de Marymon, que siendo rico, se hizo pobre por el sustento, y alivio de los pobres, y peleó hasta la muerte como buen soldado de la Casa de Dios. Por estas, y otras esclarecidas virtudes, à instançia de Varones doctos, y piadosos no fue enterrado en la sepultura comun de los Obispos, sino en la magnifica, y devota Capilla de San Bernardo Calvó, Obispo de Vique, al lado de la Epistola. Este es el Prelado, que gobernó el presente Obispado por el largo espacio de veinte y dos años, diez meses, y ocho dias. Y no es de maravillar: porque en el Ministerio Pastoral buscó siempre la gloria de Dios, y de ninguna manera la suya. *Lo que sin* duda parece digno de admiracion es la constante flexibilidad de su cadaver, despues de tantos dias de su entierro, y que quando fue abierto para ser embalsamado, saliesse de él tanta sangre, como si

fues-

fuesse cuerpo vivo, y que siendo la estacion tan fria, mantuviesse el calor por mas de veinte y quatro horas.

SENTENCIAS
DE LA SAGRADA ESCRITURA, y Santos Padres, que el Venerable Señor Don Raimundo de Marymon llevaba consigo escritas en un papel, y mas en su alma, y que, añadidas algunas glossas para su mayor inteligencia, contienen como en cifra su edificante vida.

1. D*EUS numquam ita deserit Ecclesiam suam, quin inveniantur idonei Ministri sufficientes ad necessitatem plebis. Si digni promoverentur, & indigni repellerentur, etsi non possent tot inveniri, quot modo sunt, melius est habere paucos Ministros bonos, quàm multos malos.* S. Thom.

He aqui porque el santo Obispo, no que-

queria admitir à la Tonſura, Ordenes, &c. ſino à los mas examinados en la vocacion, y probados en las coſtumbres: los quales aunque ſean pocos, obran mucho, porque ſon como la levadura, que tiene virtud para fermentar, y ſazonar una gran maſſa de pan, como maravilloſamente lo demueſtra San Juan Chriſoſtomo. *Serm. de virt. & vit. prop. fin.*

2. *Domine ſuſcepi de manu tua crucem, portabo, & portabo eam uſque ad mortem.*

No sé de que Autor ſacó eſte fervoroſo afecto; pero ſu continua mortificacion, y paciencia convencen quan à la letra lo practicó.

3. *Non vos oportet timere hominum maledicta, ſed laudes.* S. Joan. Chryſoſt. hom. 15. in Matth.

De lo primero nunca hizo caſo, y lo ſegundo nunca lo admitió.

4. *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipſi te decipiunt.* Iſai. 3. v. 12.

Por eſſo fue ſiempre inacceſſible à todo genero de aduladores.

5. *Via ſtulti recta in oculis eius: qui*

au-

autem sapiens est audit consilia. Proverb. 12. v. 15.

Ya notamos en el cap. 18 quan sentada tenia la canonica resolucion, y mucho mas el texto: *Ne innitaris &c.* en que se funda.

6. *Non est Deus in conspectu eius: inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore.* Psalm. 10. v. 5.

En el papel que llevaba consigo se seguia este texto al antecedente: quizá, porque, como Dios dice: *Fili sine consilio nihil facias.* Eccli. 32. v. 24: parece que quien no quiere tomar consejo, no tiene à Dios delante sus ojos, y por esso todo lo yerra.

7. *Si filii Abrahæ estis, opera Abrahæ facite.* Joan. 8. v. 39.

Eficacissimo argumento para moverse à obrar bien; y mas si de aqui inferimos: luego quanto mejor debemos obrar, si consideramos, que somos hijos de Dios?

8. *Nihil unquam de te loquaris quod laudem importet, quantumcumque sit fami-*

liaris

liaris ille, cum quo loqueris. S. Bern. Form. honest. vit.

Este recato lo guardó con eminencia, pues siendo mui santo, no lo parecia, sino à quien le trataba mui de cerca, y observaba mucho. Alabanza propria nunca salió de su boca, siendo tan liberal en alabar à los demás.

9. *Ad consilium soli eligantur, qui & prudentes esse videantur, & benevoli.* S. Bern. epist. 42. ad Archiep. Senon.

Lo primero es claro, porque à quien se pedirá el consejo, sino à los que son prudentes? Lo segundo tambien: porque si amar es querer bien, siguese que el benevolo quiere, y procura el verdadero bien del que le pide consejo, y no es capáz, si lo conoce, de aconsejarle lo que le está mal.

10. *Tristitiam longè repelle à te. Multos enim occidit tristitia, & non est utilitas in illa.* Eccli. 30. v. 24. & 25.

De su persuasion à esta divina verdad procedia la constante serenidad de su rostro, y el orden, y sosiego, con que lo dis-

dispònia todo; manifiesto indice de la paz, y alegria de su corazon.

11. *Non est sensus ubi est amaritudo.* Eccli. 21. v. 15.

Porque la amargura de espiritu, esto es, la desazon, y la cólera, escurecen el juicio, y perturban la razon. Son como el agua turbia, à la qual nada penetra la mas clara luz.

12. *Tristatur aliquis vestrum? Oret.* Jac. 5. v. 13.

Por esso era tan afable, y placido, como dado à la oracion; y es error mui grossero, pensar que la oracion buelve al hombre triste.

13. *Vis nunquam esse tristis? Bene vive.* S. Bern.

Y es cierto, porque no hay alegria sólida, sin el testimonio de la buena conciencia.

14. *Vide ministerium, quod accepisti in Domino, ut illud impleas.* Coloss. 4. v. 17.

No hizo otra cosa, todo el tiempo que gobernó.

15. *Purga tribunal tuum, ne duorum*

tibi alterum contingat, ut aut malus fias, aut existimeris. S. Greg. Nazianz.

Gran documento! Porque no menos daña la mala fama, que aprovecha la buena: la qual nunca llegará à conſeguir, quien no es bueno.

16. *Ego autem libentiſſimè impendam, & ſuperimpendar ipſe pro animabus veſtris, licet plus vos diligens, minus diligar.* 2. Cor. 12. v. 15.

Copió la verdad de eſta altiſſima ſentencia en el continuo ſacrificio, que hizo de ſu ſalud, y vida, para cumplir con ſu miniſterio, aunque le bolvieſſen mal por bien, y averſion por amor.

17. *Omnia quæcumque petieritis in oratione credentes, accipietis.* Matth. 21. v. 22.

Su fé viva, y amor grande à la oracion pudo ſer el genuino, y práctico comentario de eſte texto.

INSTRUCCIONES QUE SOLIA DAR EL MISMO Venerable à los Curas, precediendoles respectivamente con el exemplo.

1. AMar el retiro, y no visitar à los feligreses, sino por caridad, ò necessidad. Quando estuvieren enfermos, verles con la frequencia possible; sin hacer diferencia de Amo à Criado, &c. cumplido con su oficio, despedirse.

2. Sea afable con todos, vulgar con nadie. Con las mugeres siempre sério, y nunca à solas, ni en parage oculto, aunque trate de cosas necessarias, sino donde pueda ser visto.

3. En su casa no admita juegos, ni passatiempos.

4. Nunca se meta en negocios agenos, que harto tiene con los suyos, si quiere cumplir bien: porque demás de enseñar à sus feligreses, y visitarles quando enfermos, debe estudiar, obli-

gacion indiſpenſable en un Parroco.

5. De nadie ſe haga parcial; y quando no pudiere eſcuſarſe de entrar en algun negocio, trate mucha verdad, *diciendo* lo que ſiente en ſu conciencia delante de Dios, ſin hacer empeño de que ſe ſiga ſu parecer.

6. Su Caſéra ſea de edad madura, y de buena fama, ſegun las Conſtituciones Provinciales, y Sinodales. No ſufra, que ella admita en caſa otras mugeres, ni que ſe meta en coſas de los feligreſes, *aunque* ſea en defenſa de ſu Amo; que eſſo no le toca.

7. Guardeſe mucho de que lleguen à dominarle los Parientes, y mucho menos, que ſe hagan dueños de ſu caſa, que eſto le pondria mal con ſus feligreſes.

8. Sea limoſnero ſegun ſu poſſibilidad.

9. No dexe engañarſe de aquella falſa voz, que importa poco omitir la enſeñanza de la Doctrina Chriſtiana, y explicacion del Evangelio algunas Fieſtas,

aun-

aunque la apoyen algunos Curas ancianos, ò la sostengan los feligreses con el pretexto de que los dias son cortos, ò larga la ocupacion. Tenga firme, pero no sea prolixo, sino breve; porque la continuacion, y brevedad evitan la molestia, y facilitan la inteligencia.

REGULACION PROPRIA.

1. LEvantarse cada dia lo mas tarde, despues de siete horas de descanso.

2. Luego de despierto, acostumbrarse à dedicar à Dios el primer pensamiento v. g. JESUS, y MARIA, os doy el corazon, y el alma mia, ù otros semejantes.

3. Despues de vestido tener oracion, que nunca se ha de dexar en tiempo de salud.

4. Despues de la oracion celebrar el santo Sacrificio de la Missa, si el dia lo sufre, y rezar Horas, si la tarde antes huviere rezado Maitines, y Laudes;

que

que ſe debe procurar todo lo poſſible.

5. Deſpues de Horas leer con reverencia el Teſtamento nuevo, aunque no ſea ſino un verſo: adorando aquella verdad pronunciada por la divina boca de Jeſu-Chriſto, percibiendo el ſentido de ella, y reſolviendoſe à ponerle por obra.

6. Acoſtumbrarſe à rezar Viſperas, y Completas deſpues del deſcanſo del medio dia, que ſe debe medir con la neceſſidad de la naturaleza. De ninguna manera ſe ha de interrumpir el Rezo por eſcrupulos, tentaciones, ù otras eſpecies, que ſe cruzen, aunque parezcan de coſas importantes; que todo es traza del maligno, para introducir la diſtraccion.

7. Deſtinar cierta hora del dia para la licion eſpiritual. Es mui util antes de acoſtarſe, porque en fuerza de aquellas ſantas eſpecies *recedunt noctium phantaſmata.*

8. Nunca omitir antes de acoſtarſe el examen de la conciencia.

9. Ob-

9. Observar lo sobredicho quanto possible fuere: y en ningun caso dexar la oracion, que à todo trance puede distribuírse en un quarto por la mañana, y otro por la tarde.

CADA SEMANA.

Confessarse dos veces; y por lo menos una, aunque no haya cosa grave en la conciencia.

CADA MES.

1. En su primero dia leer la sobredicha regulacion de vida, y examinar como se cumplió, y proponer de nuevo cumplirla con las mayores veras.

2. Exercitar alguna obra de misericordia, como visitar los enfermos del Hospital; si lo hay en su Parroquia, ò cerca de ella; instruir à los ignorantes; assistir en la Congregacion &c. Con esso se cumple en parte con el buen exemplo, siendo por otra parte supliendo

do

do de alguna penalidad corporal; como tomar disciplina, llevar cilicio, &c.

3. Inquirir la divina voluntad, para seguirla en todo, acostumbrandose con algun acto interior, como: *Domine, quid me vis facere? Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu.*

CADA AÑO.

1. Confession general de todo él, para examinar el estado de su alma, y ver si crece, ò mengua en la virtud, juzgandose severamente à sí mismo.

2. Hacer los Exercicios, para ordenar la vida de manera, que no nos desagrade en la hora de la muerte.

EN TODO TIEMPO.

1. Cuidar mucho de poner por obra los afectos, y resoluciones tomadas en los Exercicios, que este es el fruto de ellos.

2. Aplicar medios eficaces para arran-

car de raiz los malos habitos, y ruines inclinaciones.

3. Tener siempre presente la mayor necessidad del alma, como es, enmendarse de tal vicio, ò procurar tal virtud.

4. Hacer actos de fé en las funciones, y ministerios, que exercita; de esperanza en las tribulaciones, que padece; y de caridad en el trato con Dios, y con el proximo.

5. Combatido de distracciones, ò tentaciones, no debe inquietarse, ni desmayar, ni permitir que se le turbe la razon, sino considerarse fragil, y levantar con humildad el corazon à Dios con actos interiores, singularmente de confianza.

6. Hacerse familiar la presencia de Dios al toque de cada hora, diciendo en lo interior, y exteriormente tambien, si estuviere solo, alguna oracion jaculatoria, como: *Antes morir, que pecar. Dios mio, y todas las cosas. Hagase, Señor, vuestra santissima voluntad.*

7. *Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos.* Galat. 6. v. 6.

Y porque nuestro Venerable Obispo la siguió à la letra, debemos concluir con piadosa seguridad, que *Factus est in pace locus eius, & habitatio eius in Sion.* Psalm. 75. v. 3.

LAUS DEO.



INDICE

INDICE
DE LOS CAPITULOS
DE ESTE LIBRO.

CAP.

Aqes llibre e[illegible] 50
an Mariano C[illegible]
lux Dei noque Dios te
de muxos años de [illegible]
de

[illegible]

